

SIENDO TESTIGOS



EDITADO POR
CHARLES E. MOORE Y
TIMOTHY KEIDERLING

SIENDO TESTIGOS

SIENDO TESTIGOS

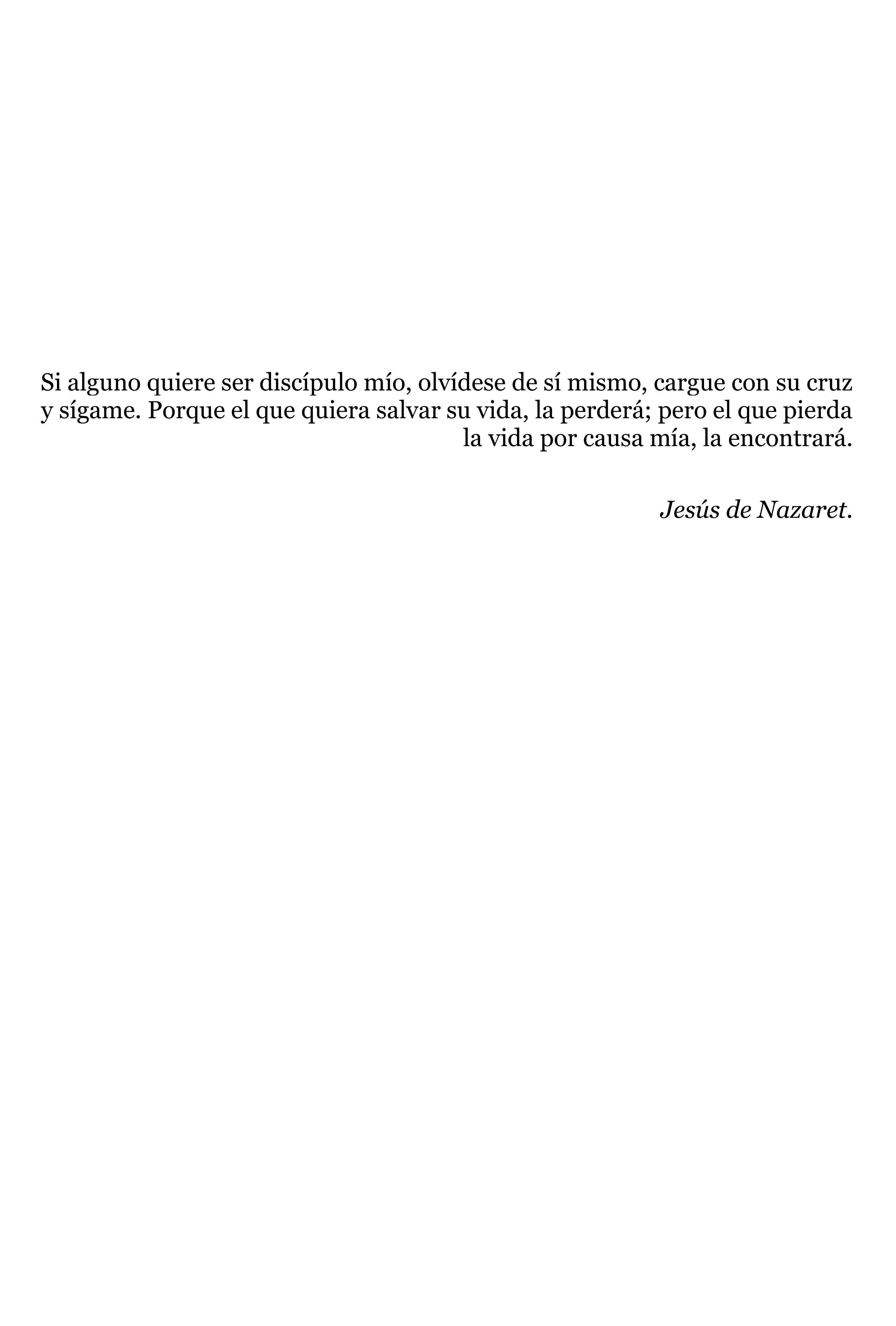
Relatos de martirio y discipulado radical

Editado por Charles E. Moore y Timothy Keiderling
Introducción por John Roth y Elizabeth Miller
Traducido por Rut Correa



Traducción al español de la versión original en inglés
Bearing Witness: Stories of Martyrdom and Costly Discipleship
publicado por Plough Publishing House
Walden, New York

Traduccido al español por Rut Correa para el *Instituto para el Estudio del Anabautismo Global*
Goshen,Indiana, Estados Unidos de América
2021
www.goshen.edu/isga



Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídese de sí mismo, cargue con su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda la vida por causa mía, la encontrará.

Jesús de Nazaret.

Índice

PARTE III: TESTIGOS DE LOS PRIMEROS AÑOS DE LA MODERNIDAD

PARTE IV: TESTIGOS EN LA ACTUALIDAD

Introducción

John D. Roth y Elizabeth Miller

Seguir a Jesús puede ser peligroso. El 14 de abril de 2014, miembros del *Boko Haram,* un grupo islámico radicalizado, atacó una escuela de niñas en Chibok y secuestró a la mayoría de las alumnas. De las casi trescientas niñas secuestradas, al menos 178 eran miembros de la *Ekklesiyar Yan'uwa a Nigeria* (EYN), un grupo de la Iglesia de los Hermanos cuyo compromiso con el bautismo de adultos y la no resistencia bíblica los sitúa dentro de la tradición anabautista. Desde 2013 unos diez mil miembros de la EYN han sido asesinados y muchos más han sido obligados a huir de sus hogares.

Durante dos milenios los cristianos de todas las tradiciones han honrado la memoria de personas y comunidades que han sufrido y con frecuencia han muerto por razones de su fe. Por ejemplo, los grupos anabautistas por mucho tiempo han sido inspirados por el Espejo de los Mártires, la cual es una colección de relatos y documentos que comienza con la crucifixión de Cristo y concluye con los relatos detallados de unos mil quinientos anabautistas quienes fueron encarcelados, torturados y asesinados por su fe durante el siglo dieciséis.

Las historias del costoso discipulado, relatadas en esta nueva colección, la cual abarca los siglos desde la iglesia cristiana primitiva hasta la Reforma Radical y la iglesia global contemporánea, ofrecen un nuevo recordatorio de que la decisión de seguir a Cristo a veces puede ser costosa. Las personas que estamos involucradas con el Proyecto de Siendo Testigos,

---

John Roth es profesor de historia en Goshen College, es también director del Institute for Study of Global Anabaptism (Instituto para el estudio del Anabautismo Mundial), la cual dirige el Bearing Witness Project (Proyecto Siendo Testigos). Elizabeth Miller, sirve como asistente administrativa en el instituto y maneja la página web de Bearing Witness (*martyrstories.org*).

pensamos que estos relatos necesitan ser contados una y otra vez a cada generación, especialmente a la luz del hecho que, para muchos en la iglesia global la persecución sigue siendo una realidad vívida en la actualidad.

Desde la lapidación de Esteban, registrada en Hechos 2, la iglesia cristiana siempre ha honrado a aquellos que han sufrido o muerto por el nombre de Cristo. Algunos padres de la iglesia como Cipriano y Eusebio reconocieron la importancia de recopilar las historias de los apóstoles y de otros cristianos primitivos, quienes sufrieron o murieron como mártires (testigos) de su fe, confiando en que estos testimonios de fidelidad a Cristo inspirarían a generaciones posteriores. Por supuesto que el modelo del martirio cristiano primitivo fue Jesús. Aunque fue acusado injustamente, no recurrió a la violencia para defender su causa, sino que soportó su sufrimiento con firmeza y dignidad. Al rendirse plenamente a Dios, Jesús perdonó a sus acusadores y aceptó la humillación de la crucifixión sabiendo que al final la resurrección triunfaría sobre la muerte.

Desde una perspectiva superficial, pareciera que el determinar las condiciones correctas que hacen que un martirio sea considerado cristiano es sencillo. Sin embargo, a medida que la iglesia primitiva luchaba por especificar las creencias ortodoxas, el definir qué es un martirio era cada vez más problemático. ¿Qué es lo que tenía que creer una persona condenada para que la consideraran un mártir cristiano? Y ¿quién tenía la autoridad para hacer tal juicio? A principios del siglo V, cuando los donatistas proclamaron como mártires a aquellos miembros que fueron asesinados por Constantino, por presunta herejía, Agustín los rechazó y declaró lo siguiente: “No es el castigo, sino la causa la que hace al mártir”.

La declaración de Agustín se convirtió en un punto de referencia para la Iglesia Católica en los siglos posteriores de modo a negar que los disidentes como John Wycliffe, Peter Waldo o Juan Hus, todos ellos ejecutados por acusaciones de herejía, pudieran ser considerados legítimamente mártires. El problema de la definición de quién es un mártir, se agudizó aún más en el siglo dieciséis

a medida que las diversas tradiciones religiosas, las que emergían de la reforma, comenzaron a desarrollar las listas de mártires en competencia. Era común conmemorar como héroes a personas a las que otra tradición religiosa habían declarado heréticas o sediciosas.

Otro desafío adicional, es la dificultad de separar los detalles reales que rodean a un evento de las narraciones heroicas que surgieron más adelante. En su mejor de los casos, los relatos de los mártires ayudan a las comunidades a validar su propia identidad cultural. En el peor de los casos, estos recuerdos pueden servir para justificar el resentimiento de un grupo contra otro e incluso llevar a la retribución negativa.

En la tradición anabautista, los mártires han desempeñado un papel central en la formación y el mantenimiento de una identidad colectiva, especialmente para grupos como los amish, los menonitas y los huteritas, quienes emigraron a los Estados Unidos y a Canadá en parte para escapar de la oposición religiosa en Europa y Rusia. Los relatos holandeses de mártires anabautistas, los cuales, surgiendo por primera vez como una serie de panfletos en forma clandestina, fueron reunidos en la colección *Het Offer des Herren* (Sacrificio al Señor). Entre 1562 y 1599, aparecieron al menos once ediciones, a menudo con nuevas narraciones de mártires, cartas de prisión o himnos.

Con la publicación de Espejo de los Mártires en 1660, esta dinámica tradición de libros de mártires llegó a su fin y el canon de los mártires anabautistas quedó prácticamente cerrado. Thieleman van Braght, un ministro menonita holandés de Haarlem, compilador y autor de Espejo de los Mártires, optó por una definición inclusiva de ortodoxia la cual podría encontrar apoyo entre todos los grupos anabautistas. Esta ortodoxia se refiere a un compromiso con el bautismo de los creyentes y la indefensión (o no resistencia) en la manera de Cristo (los editores de este libro han usado criterios similares a la hora de seleccionar las historias). Van Braght esperaba que Espejo de los Mártires pudiera servir como un punto de referencia compartido y una fuente de unidad dentro de una iglesia fragmentada. Así, se dedicó casi la

mitad del gran volumen del libro, a desarrollar un argumento detallado que se remonta a los cristianos de la época de Cristo, hasta el tiempo presente; a aquellas personas quienes se mantuvieron fieles a los principios del bautismo y la no resistencia.

Irónicamente, para 1660, los anabautistas en los Países Bajos ya vivían en relativa libertad religiosa y participaban plenamente del renacimiento artístico, económico y cultural de la "edad de oro holandesa". Por lo tanto, en lugar de instar a los lectores a mantenerse firmes ante la persecución, Van Braght advirtió sobre las seducciones de la riqueza, el respeto social y la autoridad política. Para él, las historias de los mártires sirvieron como relatos preventivos contra la amenaza de la aculturación.

Entonces, ¿por qué en Norteamérica todavía tenemos que contar historias de mártires hoy en día? Primero, en el contexto de las extensas libertades religiosas que disfrutan ahora los creyentes norteamericanos, el testimonio de los mártires proporciona un recordatorio útil de que seguir a Jesús todavía puede tener un alto precio. Sus historias nos advierten acerca de la tentación de justificar la violencia en el nombre de Cristo, como ciudadanos de un poderoso imperio "cristiano" que somos. Son testigos de la posibilidad de la no violencia y el amor al enemigo, incluso en las circunstancias más extremas. Estos relatos también nos llaman a una vida de compasión y humildad, mientras nos recuerdan que no es posible que el amor no resistente sea recompensado aquí en la tierra.

Además, debemos continuar relatando las historias acerca de los testigos valientes, porque la persecución no es solo una historia antigua, es también una realidad contemporánea. En la mayor parte del mundo fuera de América del Norte, específicamente en Asia, África y América Latina, el cristianismo está creciendo rápidamente, a pesar del hecho de que los cristianos en muchos países enfrentan la dolorosa realidad de la persecución y el sufrimiento. De hecho, muchas de los relatos contemporáneos incluidos en esta colección provienen de las iglesias y comunidades en estas regiones del mundo.

Un informe publicado en 2012 por el *Center for the Study of Global Christianity* (Centro para el Estudio del Cristianismo Global), estima que solo en el siglo XX, alrededor de cuarenta y cinco millones de cristianos "perdieron la vida prematuramente, en una

situación de en la que fueron testigos; esto es el resultado de la hostilidad humana". Además, el informe estima que al menos cien mil cristianos han sido martirizados cada año desde el año 2000. Claramente, dar testimonio de Cristo ante la adversidad, la persecución y el sufrimiento no es solo un antiguo recuerdo en la tradición cristiana, es también una realidad en curso. Como cristianos estamos llamados a soportar las cargas de los demás (Gálatas 6: 2), en cualquier lugar en donde una parte del cuerpo esté sufriendo por razones de dar testimonio de Cristo, el resto del cuerpo debe prestar atención. Los cristianos de América del Norte necesitan contar historias de persecución y martirio porque simplemente no es cristiano el permanecer en silencio, olvidar voluntariamente o desviar nuestra atención de la realidad del sufrimiento.

Los relatos de los mártires nos alientan a reexaminar nuestra propia fe. Si los cristianos occidentales han tendido a domesticar la fe, convirtiéndola en algo seguro o considerándola como una extensión de los gustos y preferencias de nuestros consumidores; el encontrarnos con estos relatos debería inquietarnos y hacernos recordar que hay algo de gran importancia en la afirmación de ser un seguidor de Jesús. Al igual que los mártires, debemos enfrentar la vida y la muerte, con la confianza de que la vida es en última instancia más fuerte que la muerte y que la historia siempre se está moviendo en dirección del reino de Dios.

Los relatos de los mártires unen a la iglesia. Los cristianos contemporáneos deben contar historias de fidelidad en medio de la adversidad, y especialmente las historias de hermanos y hermanas del Sur Global, porque al hacerlo fortalece nuestro sentido de identidad compartida. Las comunidades cristianas llegan a saber quienes son contando las historias de la fidelidad de Dios en el pasado y ubicándose en una larga línea narrativa, la cual se remonta a la historia de la iglesia primitiva, la revelación de Dios en Cristo, el pacto con los hijos de Israel, y el relato de la creación misma. Recordar a los mártires es una forma de hacer retroceder en el tiempo a la comunidad de fe, recordando a cada congregación que no está sola

en su viaje, sino que se une en compañerismo con fieles cristianos a lo largo de la historia de la iglesia.

Sin embargo, también reconocemos que contar estos relatos de sufrimiento y muerte requiere de mucha sensibilidad. Es de mucha importancia la manera en que se cuentan los relatos. Contar historias de mártires cristianos contemporáneos, por ejemplo, podría endurecer los estereotipos y prejuicios ya existentes contra los musulmanes, por ejemplo. Además, las historias de mártires pueden glorificar, sin querer, el sufrimiento, promover dicotomías simplistas de víctimas y agresores, fomentar la arrogancia religiosa o cegar a los cristianos al poder que ejercen dentro de la sociedad. También, existe el peligro que, al centrarnos en una tradición de mártires, animemos a aquellos que han sufrido abusos físicos a soportar ese dolor en silencio, o a perpetuar patologías que podrían resultar en una identidad arraigada en historias de sufrimiento, trauma y victimismo. Por otro lado, está la tentación de que al centrarnos en las historias de los mártires ignoremos las muchas ocasiones, en nuestra propia historia, en que los cristianos hemos sido los autores de las injusticias, por ejemplo, los colonos cristianos que desplazaron a los pueblos indígenas en las Américas.

Estas preocupaciones deben tomarse muy en serio. Pero la solución a estos peligros no es rechazar la historia, dejar de contar los relatos de mártires o pensar que podemos escapar de la carga de la memoria. Por el contrario, el desafío, como ha argumentado el teólogo Miroslav Volf, es "recordar correctamente", en la forma más básica. "Recordar correctamente" implica un esfuerzo consciente de modo a reconocer la complejidad de cada historia, reunir tantas fuentes como sea posible, poner esas fuentes a disposición de otros y resistir la tentación de conferir a los protagonistas en las historias con más santidad (o a los antagonistas con más maldad) de lo que la información disponible puede respaldar razonablemente. Incluso los mártires, cuyas acciones en el momento de su muerte consideramos ejemplares, con una mirada más detenida podemos ver que fueron personas profundamente imperfectas.

Recordar correctamente también incluye el compromiso de contar las historias con un espíritu empático, es decir, una postura conversacional

comprometidos a repensar nuestra historia y nuestros compromisos teológicos desde la perspectiva del otro. Tal compromiso no es fácil; requiere de un compromiso activo de la voluntad, el intelecto y la imaginación. En última instancia, la comprensión verdaderamente empática viene a ser como un don del Espíritu Santo. Una comprensión empática dentro del contexto no justifica la violencia de los que están en el poder, ni exonera a los actores históricos de las consecuencias morales de sus decisiones. Pero, recordar correctamente sugiere también que la forma en que contamos los relatos, de aquellos que sufrieron a causa de su fe, debe ser coherente con la compasión y el amor del enemigo que pretendemos defender, incluso si hacerlo complica la narrativa.

Finalmente, recordar correctamente significa que contamos los relatos de los mártires como una confesión de fe. Los cristianos que sufren y mueren por su fe dan testimonio del señorío de Cristo. A través de sus vidas, su testimonio verbal, su perseverancia y su valor, los mártires nos dirigen a Cristo, no solo al sufrimiento que Cristo soportó, sino también a la resurrección y la verdad fundamental de que la vida es más poderosa que la muerte. Cuando los cristianos recuerdan correctamente confiesan su propio deseo de vivir de maneras que sean consistentes con estas verdades. Pensar en los relatos de los mártires como confesión significa que nos resistiremos a usarlas para explicar, defender o argumentar cualquier otra cosa.

Con la esperanza de fomentar un espíritu de confesión y conexión entre los anabautistas de todo el mundo, el *Institute for Study of Global Anabaptism* (Instituto para el Estudio del Anabautismo Mundial) lanzó en 2012, el libro Siendo Testigos. Una colección dinámica y creciente de relatos sobre el discipulado costoso. El proyecto de Siendo Testigos sirve como un punto de recolección de narraciones de mártires bien conocidos, así como historias que pueden ser amadas dentro de una conferencia de iglesias en particular, pero poco conocidas dentro de la iglesia global. Al igual que la colección de van Braght, Siendo Testigos destaca historias que ilustran la no violencia de Cristo frente a la oposición. Esperamos que estos relatos puedan honrar y servir a la

iglesia global, que conecte a los creyentes en oración y a la acción de gracias, a través de las diferencias culturales, lingüísticas y geográficas. Recordadas correctamente, estas historias pueden desafiar a los cristianos de todo el mundo a una comprensión más profunda del discipulado, a establecer relaciones más estrechas con las congregaciones que experimentan la persecución hoy y a un mayor valor de su propio testimonio público.

Mantener estos relatos vivos y continuar contando nuevas historias es una afirmación de que aquellos que renunciaron a sus vidas no lo hicieron en vano. Al recordar sus muertes y el testimonio de sus vidas, afirmamos que la historia es significativa, que nuestra fe cristiana tiene un propósito más allá de la mera conservación de sí mismo, que la verdad no puede ser asesinada y que la resurrección finalmente triunfará sobre la cruz.

PARTE I

LOS PRIMEROS CRISTIANOS

I

ESTEBAN

Muerto circa 34 d. C, en Jerusalén



Después que Jesús resucitó de los muertos y ascendió al cielo, sus discípulos se llenaron del Espíritu Santo y salieron a las calles proclamando valientemente la resurrección. La gente venía corriendo de todas partes para ver lo que estaba sucediendo. Pedro, uno de los discípulos, les dijo: “Ustedes, con la ayuda de hombres malos, mataron a Jesús clavándolo en la cruz. Pero Dios lo resucitó de entre los muertos, librándolo de la agonía de la muerte, porque era imposible para la muerte el retenerlo”. Sus oyentes fueron “heridos en el corazón” con remordimientos por haberse unido a la multitud que pidió la crucifixión de Jesús. Ese mismo día, tres mil de ellos fueron bautizados y se unieron a los discípulos. De esta manera, la iglesia había nacido.

Cuando Pedro sanó a un lisiado en el nombre de Jesús, la noticia se difundió rápidamente. La gente común estaba encantada de que los poderes milagrosos de Jesús estuvieran todavía en acción en el mundo. Pronto los enfermos y

atormentados acudieron a los apóstoles tal y como lo hacían con Jesús, y muchos de ellos encontraban la sanidad. Los líderes religiosos estaban celosos y por eso tenían a los apóstoles en cárceles. Una noche, estando los apóstoles en la cárcel, un ángel apareció y los condujo directamente afuera, sin que los guardias notaran nada. "Ve y párate en los patios del templo", dijo el ángel, "y dile a la gente todo acerca de esta nueva vida". El Libro de los Hechos describe lo que sucedió después:

Habiendo oído esto, entraron de mañana en el templo y enseñaban. Entre tanto, vinieron el sumo sacerdote y los que estaban con él. Éstos convocaron al concilio y a todos los ancianos de los hijos de Israel, y enviaron a la cárcel para que los apóstoles fueran traídos.

> Pero cuando llegaron los alguaciles no los hallaron en la cárcel; entonces volvieron y dieron aviso diciendo: hemos hallado cerrada la cárcel con toda la seguridad, y a los guardias afuera de pie ante las puertas; mas cuando abrimos, a nadie hallamos dentro.
> Cuando oyeron estas palabras el sumo sacerdote, el jefe de la guardia del templo y los principales sacerdotes, se preguntaban en qué podría terminar aquello.
>
> Pero vino alguien y les dio esta noticia: he aquí, los varones que pusisteis en la cárcel están en el templo, y enseñan al pueblo.
> Entonces fue el jefe de la guardia con los alguaciles y los trajo sin violencia, porque temían ser apedreados por el pueblo.
>
> Cuando los trajeron, los presentaron ante el concilio y el sumo sacerdote les preguntó diciendo: ¿Acaso no les prohibimos estrictamente que no enseñaran en ese nombre? Y ahora han llenado Jerusalén con esa doctrina, y quieren echar sobre nosotros la sangre de ese hombre.
>
> Respondiendo Pedro y los apóstoles dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien ustedes mataron colgándole en un madero. A Éste, Dios lo ha exaltado como Príncipe y Salvador a su diestra, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos y de todas estas cosas, como también lo es el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen.

> Ellos, oyendo esto se enfurecieron y querían matarlos.
>
> Entonces levantándose en el concilio un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la ley y venerado de todo el pueblo, mandó que sacaran fuera por un momento a los apóstoles, y luego dijo: Varones israelitas, miren que es lo que harán con respecto a estos hombres.
>
> Porque antes de estos días se levantó Teuda, diciendo que era alguien. A éste se unió un número como de cuatrocientos hombres; pero, él fue muerto y todos los que le obedecían fueron dispersados y reducidos a nada.
>
> Después de Teuda, se levantó Judas el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a muchos del pueblo. Él también pereció y todos los que le obedecían fueron dispersados.
>
> Y ahora les digo: apártense de estos hombres, y déjenlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá. Pero, si es de Dios, no la podrán destruir; no sean hallados luchando contra Dios.
>
> Entonces el concilio convino con él; y llamando a los apóstoles, después de azotarlos, los intimidaron para que no hablaran en el nombre de Jesús y los pusieron en libertad.

El número de seguidores de Jesús continuó creciendo. Se reunían diariamente trayendo su comida, dinero y pertenencias para que los apóstoles distribuyeran a los pobres y enfermos de entre ellos. Los apóstoles pronto se dieron cuenta que esta tarea administrativa les estaba ocupando demasiado tiempo. Entonces, convocaron a todos y dijeron: “No sería correcto que nosotros descuidemos el ministerio de la palabra de Dios para servir a las mesas. Hermanos y hermanas, escojan a siete hombres de entre ustedes, conocidos por estar llenos del Espíritu y de sabiduría. Les entregaremos esta responsabilidad a ellos y nosotros persistiremos en la oración y el ministerio de la palabra”.

Con esto, uno de los siete hombres que el grupo escogió fue Esteban, “un hombre lleno de fe y del Espíritu Santo”. La Biblia dice que Esteban, “lleno de la gracia y del poder de Dios, realizó grandes maravillas y señales entre

la gente". Pronto, la popularidad de Esteban hizo que ganara enemigos, pero aquellos que trataban de discutir con él no podían ir en contra de su sabiduría, la cual había recibido del Espíritu Santo. Sus críticos entonces se pusieron a levantar falso testimonio en contra de él:

Entonces sobornaron a unos hombres para que dijeran: "Le hemos oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios".

> Estas personas incitaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas. Y se levantaron contra Esteban, lo arrebataron y llevaron al Sanedrín. Luego presentaron testigos falsos que decían: "Este hombre no deja de hablar palabras contra este santo lugar y contra la ley". Porque le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y cambiará las costumbres que Moisés nos dejó.

Luego de escuchar las ecuaciones, el sumo sacerdote preguntó: "¿Son verdaderos estos cargos?", y en lugar de dar una respuesta directa, Esteban respondió contando apasionadamente toda la historia del plan de Dios para salvar a su pueblo, desde Abraham, Isaac y Jacob a través de Moisés y David. No sabemos si sus oyentes estaban cautivados o si estaban cada vez más impacientes, pero Esteban terminó con estas palabras:

> ¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos! Ustedes resisten siempre al Espíritu Santo de la misma manera en que sus padres lo hicieron. ¿A cuál de los profetas no persiguieron sus padres y mataron a los que de antemano anunciaron la venida del Justo? Y ahora han venido a ser sus traidores y asesinos. ¡Ustedes que han recibido la ley por disposición de los ángeles y no la guardaron!

El libro de los Hechos cuenta lo que pasó después:

> Escuchando estas cosas, se enfurecían en sus corazones y crujían los dientes contra él. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo y puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba de pie a la diestra de Dios.
>
> Y dijo: ¡He aquí, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios!

> Entonces gritaron a gran voz, se taparon los oídos y a una se precipitaron sobre él. Lo echaron fuera de la ciudad y lo apedrearon…
>
> Mientras lo apedreaban, Esteban oraba y decía: “Señor Jesús, recibe mi espíritu.” Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado.” Habiendo dicho esto, durmió.

Hasta el día de hoy, se recuerda a Esteban como el primer discípulo de Jesús en seguir los pasos de su maestro, al dar su vida por el bien de la verdad. Muchos mártires más seguirían después; pero semillas nuevas habían sido plantadas ese día. Los que apedrearon a Esteban le pidieron a Saulo, un joven que estaba allí, que sostuviera sus abrigos. Poco tiempo después, Saulo se convertiría en un gran testigo de Jesús, llevando las buenas nuevas a nuevas tierras y pueblos.

2

POLICARPO

Muerto circa 155, en Esmirna

(Izmir, Turquía en la actualidad)



Cuando un joven cristiano llamado Ireneo se encontró por primera vez con el anciano Policarpo, quien estaba enseñando en la metrópoli de Esmirna, quedó cautivado y no es difícil entender por qué. Según Ireneo, el obispo Policarpo fue uno de los pocos discípulos vivos del apóstol Juan quien fue el "discípulo amado" de Jesús mismo.

Policarpo predicaba lo que había aprendido directamente de los testigos oculares de Jesús. Su conexión con los primeros apóstoles de Cristo sirvió de puente entre la primera generación de creyentes y los que siguieron, incluyendo pensadores influyentes y teólogos como Ireneo, quien viviría para ser un prominente padre de la iglesia por derecho propio.

Policarpo guió a la iglesia en Esmirna con sabiduría y autoridad, habiendo sido él designado al liderazgo por hombres que habían visto y

oído al Señor. Con frecuencia Policarpo era llamado a resolver disputas o a corregir falsas enseñanzas. Incluso otros líderes de la iglesia primitiva valoraban su visión. Cuando visitó Roma, el obispo, como señal de honor y respeto, le consultó sobre cuándo celebrar la Cena del Señor.

Escuchando las advertencias de Juan contra los falsos maestros, Policarpo defendió fielmente la enseñanza de los apóstoles contra los primeros herejes, incluyendo a un tal Marción, quien sostenía que el Dios del Antiguo Testamento y el Padre de Jesús eran entidades separadas. Policarpo podía ser vehemente, sobre todo cuando enfrentaba errores tan peligrosos como estos. En su única reunión cara a cara, Marción le preguntó: "¿Me conoces?" "¡Te conozco, primogénito de Satanás!", le respondió Policarpo. Fue capaz también de alejar a muchos de tales herejías, y así fortalecer el testimonio de la iglesia.

Pero el trabajo de Policarpo como pastor y líder no seguiría libremente por mucho tiempo. Cuando estalló la persecución en Esmirna, algunos cristianos fueron interrogados y obligados a renunciar a Cristo y así rendirse ante el emperador romano como condición para su libertad. Cuando se negaban, eran torturados y ejecutados.

Los relatos de testigos oculares de esta época ponen de relieve la brutalidad pública de la persecución. Los creyentes eran azotados hasta que sus músculos quedaban al descubierto; eran obligados a acostarse sobre capas afiladas y arrojados en las arenas para ser devorados por animales salvajes frente a la gente del pueblo. Hay ejemplos sorprendentes de los primeros mártires acogiendo estos sufrimientos en el nombre de Cristo. Tal es el caso de un germánico quien abrazó a una de las bestias salvajes y lo trajo hacia él para que de esta manera pudiera encontrar la muerte lo más rápido posible. Pero no todos resistieron la tortura brutal. Un ejemplo de esto fue el de un hombre llamado Quinto, quien se había manifestado por voluntad propia en lugar de esperar a ser arrestado, éste renunció a Jesús y prestó el juramento de fidelidad al emperador, esto fue después de enfrentarse a las bestias.

A pesar de que algunos espectadores lloraban de compasión por los cristianos perseguidos, estos espectáculos de muerte y drama en la arena también servían para agudizar el gusto de la gente por la sangre cristiana. Finalmente,

la multitud adoptó el estribillo que decía: “¡aléjense de los ateos! ¡Busquen a Policarpo!” (“Ateo”, era un término popular para referirse a los cristianos, quienes, al negar las divinidades romanas, en favor de un Dios que no se podía ver, eran considerados ateos).

Sin embargo, a Policarpo no le preocupaba la creciente demanda pública de su muerte. En lugar de huir, el viejo obispo resolvió permanecer en la ciudad, donde podrían encontrarlo fácilmente. Sus compañeros lo convencieron de ir a una granja fuera de la ciudad, donde la amenaza a su vida no era inmediata. Allí pasó tiempo en oración, intercediendo por los miembros de la iglesia de todo el mundo.

Tres días antes de su arresto, Policarpo cayó en un profundo trance; luego de recuperar la conciencia, contó que había recibido una visión. En esta visión, había visto su almohada estallar en llamas alrededor de su cabeza. Policarpo no tenía dudas sobre el significado de su visión y volviéndose hacia sus compañeros, dijo: “Voy a ser quemado vivo”.

Poco después de este suceso, las autoridades romanas capturaron a dos esclavos. Uno de ellos no resistió la tortura y reveló la ubicación de la granja donde se alojaba Policarpo. Cuando los soldados llegaron a caballo para capturarlo, Policarpo se negó a huir. En vez de esto, ofreció a sus captores hospitalidad y comida, pidiendo que solamente le concedieran una hora para la oración. Cuando los soldados se pusieron de acuerdo, Policarpo oró con tanta vehemencia que una hora se convirtió en dos, y varios de los soldados lamentaron haber tenido participación en la captura de un anciano tan honorable.

Estos soldados pusieron a Policarpo sobre un burro y lo llevaron de regreso a la ciudad. A su llegada, sus captores lo llevaron hasta el carruaje de un hombre llamado Herodes, capitán de las tropas locales. Herodes trató de convencer a Policarpo de salvar su vida preguntándole: "¿Qué mal hay en decir: “César es Señor” y ofrecerle un incienso?" Pero, Policarpo rechazó la sugerencia de renunciar a Cristo, el funcionario se puso amenazador y lo obligó a salir del carruaje tan bruscamente que quiso que se lesionará la espinilla.

Sin darse siquiera la vuelta, Policarpo avanzó rápidamente mientras lo escoltaban hasta el estadio, donde un rugido ensordecedor surgió de la multitud de espectadores. Cuando entró, sus compañeros cristianos oyeron una voz de arriba, diciendo: "Sé fuerte Policarpo y compórtate como hombre". Entonces, Policarpo fue llevado ante el procónsul, éste le insistió a que negara su fe y a hacer una reverencia ante el emperador: ¡Jura por el espíritu del César! Arrepiéntete y di: "¡Fuera los ateos!"

Entonces, volviéndose con una mirada sombría hacia la multitud que pedía por su muerte, Policarpo les hizo un gesto. (Aléjense de los ateos, dijo secamente). Inconsciente, el procónsul lo volvió a presionar a que negara a Cristo, pero, Policarpo declaró: "He sido su siervo ochenta y seis años, y no me ha hecho mal. ¿Cómo puedo blasfemar al rey que me ha salvado?"

Pero, una vez más el procónsul insistió a Policarpo a que jurara por el Cesar, entonces Policarpo respondió: “¿Cómo pretendes no saber quién y qué soy? Óyeme mi declaración con fuerza: soy un cristiano y si deseas aprender más acerca del cristianismo, estaré feliz de darte una cita”.

El procónsul muy furioso con esto, dijo: “¿Acaso no sabes que tengo bestias salvajes esperando?” te tiraré a ellos a menos que te arrepientas”; Policarpo le respondió: déjalos salir entonces, porque no estamos acostumbrados a arrepentirnos de lo que es bueno, para adoptar lo que es malo". Entonces el procónsul lo amenazó con quemarlo vivo, a esto Policarpo respondió: “tú me amenazas con fuego, el cual quema por corto tiempo y después se extingue, pero no sabes nada del fuego del juicio y castigo eterno que está reservado para el impío. ¿Qué estás esperando? Haz lo que te plazca”.

Con esto, el procónsul mandó a su mensajero a la arena para anunciar que Policarpo había confesado ser un cristiano. La multitud reunida se agitaba en furia incontrolable y exigía que Policarpo sea quemado vivo. Rápidamente, reunieron una pira, recogiendo leña de los talleres y los baños públicos. Policarpo se quitó la ropa e intentó quitarse los zapatos, pero se le hizo difícil debido a su avanzada edad.

Los guardias se prepararon para clavarlo en la estaca, pero él les dijo calmadamente: "déjenme como estoy, el que me da fuerzas para soportar el fuego, me dará fuerza para permanecer en la estaca sin ser clavado a ella". Ellos entonces ataron sus manos detrás de él. Policarpo ofreció un salmo de alabanza y acción de gracias a Dios, entre tanto sus captores encendían la madera.

De acuerdo con algunos observadores, a medida que las llamas se extendían, no consumían a Policarpo como se esperaba que ocurriera. El fuego formó un círculo a su alrededor y su cuerpo no se quemaba. Entonces, como las llamas no quemaban el cuerpo de Policarpo, como era esperado, ordenaron que uno de los guardias lo apuñalara con una daga hasta matarlo. La sangre de Policarpo apagó las llamas.

Ese día, los observadores quedaron sorprendidos al ver el contraste entre el martirio de Policarpo y la muerte de los no cristianos que ellos habían presenciado antes. La multitud contempló que la fidelidad que había caracterizado la vida de Policarpo, fue la misma fidelidad que presenciaron en su muerte: una humilde aceptación de la voluntad de Dios; alabanza a Dios en el juicio más extremo; y un compromiso gozoso e inquebrantable con Cristo, incluso cuando se enfrentó a la muerte.

Policarpo fue uno de los primeros mártires cristianos registrados. Su firme obediencia a Cristo fue un testimonio poderoso, una inspiración no solo para la iglesia que él pastoreó tan fielmente en Esmirna, sino también para todos los cristianos a lo largo de los siglos.

3

JUSTINO MÁRTIR

Muerto cica 165, en Roma



Después de la muerte del último apóstol, comenzó una nueva era para los cristianos. A medida que la fe se extendía a lo largo del imperio Romano, esta fe también enfrentó muchos desafíos para su práctica y afirmaciones.

Expresiones tanto heréticas como también sectarias internas comenzaron a confundir y dividir la iglesia, demandando así repuestas a los teólogos. Externamente, la persecución crecía, pero en realidad esta persecución nunca se había alejado desde los primeros años del cristianismo. El imperio romano había dejado a la religión cristiana fuera de la ley. La razón principal por la que el gobierno romano, típicamente tolerante a las diversas creencias de los pueblos conquistados por ellos, despreciaba a los cristianos fue por la devoción que estos hombres y mujeres demostraban a la figura hebrea rústica de Cristo a quien adoraban como el Hijo de Dios.

Acostumbrados a los espíritus de grandes y pequeñas divinidades, los romanos hubiesen tolerado la religión cristiana si estos no se hubieran resistido a participar de la adoración obligatoria al emperador, una demostración de lealtad no solo a dios sino al emperador mismo. Negarse a ver al

César como señor era visto como traición, la cual era castigada con torturas y posterior ejecución.

Fue dentro de este mundo que nació Justino. Él provenía de una familia pagana y gentil de Flavia, Nápoles (la ciudad bíblica de Siquem). Su educación no lo satisfizo y sus profesores no pudieron entender la mente brillante del niño. Siempre curioso acerca de Dios, Justino se movía de una escuela a otra, buscando la respuesta a sus preguntas, sus maestros pertenecían a refinadas escuelas de tradición filosóficas estoicas, aristotélicas, pitagóricas y platónicas.

Las ideas de Platón eran las que más se acercaban a sus intereses. Pero, no fue sino hasta que un día, caminando cerca de la playa (posiblemente Éfeso) que encontró la verdad que estuvo buscando, al platicar con un hombre anciano y cristiano. La conversación que tuvo con el cristiano anciano convenció a Justino de que los antiguos profetas eran fuentes de verdad más confiables que los filósofos. Justino cambió el curso de su pensamiento y de sus estudios, dando su corazón y su muy buena educación a Dios. Viajando y enseñando, él comenzó a hablar del cristianismo y de la "verdadera filosofía". Adoptó la vestidura tradicional de un filósofo, y viajó a Roma, donde fundó una pequeña escuela según la costumbre de los filósofos clásicos. Esto dio comienzo a un período de trabajo y enseñanza pública.

Justino fue un apologeta de la fe, hizo su *Primera Apología* frente al emperador, en respuesta a la persecución a los cristianos. Versado en filosofía y religiones comparadas, él discutía con sus oponentes en ambos lados, los de la fe y los de fuera de la fe, refutando las herejías y defendiendo a los cristianos en las atmósferas públicas. Su creencia de que "las semillas del cristianismo" antecedía a la encarnación de Cristo, le permitía considerar de manera positiva algunos de los pensamientos paganos que apoyaban o coincidían con los principios cristianos, y así podía refutar las acusaciones inclusive de los más elocuentes paganos de su época.

Pero, este combate por la defensa de la fe hizo que Justino adquiriera enemigos en la ciudad. Tal fue el caso de un filósofo cínico llamado Crescencio con el que Justino había discutido, éste

se volvió un enemigo acervo de Justino. De acuerdo con Taciano, uno de los estudiantes de Justino, Crescencio conspiró contra Justino y probablemente lo traicionó con las autoridades.

En todo caso, cualquiera que haya sido el motivo de su arresto, Justino y un grupo de sus compañeros cristianos (posiblemente sus estudiantes) fueron capturados y llevados ante el prefecto romano Junius Rústico. Éste se dirigió a Justino, quien fue el portavoz evidente del grupo diciéndole: "Obedece a los dioses de una vez", "y sométete a los emperadores".

Justino, quien estaba acostumbrado a defender su fe, respondió inmediatamente: "El obedecer los mandamientos de nuestro salvador Jesucristo no es merecedor de culpa o de condenación".

Entonces, Rústico le preguntó: “¿En qué tipo de doctrinas crees?”. Respondió Justino diciendo, “he estudiado todo tipo de fe”, “pero creo en las verdaderas doctrinas, las de los cristianos muy a pesar de que no agradan a aquellos que sostienen opiniones falsas”.

Rústico sintió la punzada de su respuesta y dijo: "¿Son esas las doctrinas que te agradan a ti, hombre completamente miserable? “Así es”, contestó Justino.

Pero, ¿en qué crees tú?, volvió a preguntar el prefecto.

Justino contentó entonces: “Adoramos al Dios de los cristianos, quien creemos que es uno desde el principio, el creador y el diseñador de toda la creación visible e invisible, y en el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, que ha sido predicado de antemano por los profetas como el heraldo de la salvación. Como solo soy un hombre, pero, cualquier cosa que yo pueda decir es insignificante comparado con una divinidad ilimitada como la del Hijo de Dios”.

Rústico lo interrogó todavía más diciendo: “¿En dónde tienen ustedes los cristianos sus encuentros?”

“Donde cada uno elija y puede”, dijo Justino quien continuó diciendo, “¿te imaginas si todos nos encontramos en un mismo lugar? ¡Claro que no! ¡El Dios de los cristianos no está limitado por el lugar, sino que, siendo invisible, llena el cielo y la tierra! Él es adorado y glorificado en todas partes por los fieles”.

"Pero dime ¿dónde te reúnes?", insistió Rústico, "o ¿en qué lugar reúnes a tus seguidores?".

Entonces, Justino le explicó: “Vivo en casa de un hombre llamado Martín, en el baño de Timiolino, y no sé de ninguna otra reunión en Roma aparte de esta. Pero, si alguno desea unirse a mí, yo puedo enseñarle las doctrinas de la verdad”.

“¿No eres, entonces, cristiano?” insistió Rústico. “Sí”, dijo Justino. “Soy cristiano”.

Pero, no solo Justino fue interrogado, también sus compañeros lo fueron. Estos dieron un firme testimonio de Cristo a través de sus fieles convicciones. El prefecto se dirigió una vez más a Justino diciendo: “Escucha, tú que eres llamado erudito y que crees saber la verdad. Si te azotan y decapitan, ¿crees que subirás al cielo?”

Justin respondió: “si aguanto esas todas esas cosas espero recibir los dones de Dios. Porque sé que todos los que han vivido fielmente permanecerán en su favor hasta el fin del mundo”.

“¿Entonces crees que ascenderás para recibir una recompensa?” Siguió preguntando Rústico.

“No lo “creo”, lo sé, y estoy completamente persuadido de ello”, declaró Justino.

“Entonces vayamos al centro del problema”, continuó el prefecto. “Han venido aquí juntos, así que ofrezcan un sacrificio de común acuerdo a los dioses”.

“Ninguna persona con sentido común se aleja la piedad para tomar la impiedad”, dijo Justino. “Pero a menos que todos obedezcan, serán castigados sin piedad”, amenazó Rústico. “Mediante la oración”, respondió Justino, “podemos ser salvos a través de nuestro Señor Jesucristo, incluso cuando hemos sido castigados”. “Esto se convertirá en salvación y confianza para nosotros en otro tribunal, el más temeroso y universal, el de nuestro Señor y Salvador”. Sus compañeros cristianos estuvieron de acuerdo con el testimonio de Justino y dijeron entonces: “Haz lo que quieras, somos cristianos y no hacemos sacrificios a los ídolos”.

Con esto, el juicio concluyó y Rústico pronunció su sentencia diciendo: “Aquellos que se niegan a hacer sacrificios a los dioses y a rendirse ante el emperador sean azotados y llevados a sufrir el castigo de la decapitación, de acuerdo con las leyes”.

Después de esto, Justino y sus compañeros fueron llevados al lugar habitual de ejecución y de acuerdo con su sentencia, fueron golpeados y luego decapitados. Al terminar la ejecución y en secreto, sus compañeros cristianos recuperaron los cuerpos y les dieron un entierro honroso, como mártires, regocijándose de que sus compañeros se habían mantenido fieles y habían heredado la vida eterna.

4

Agatónica, Papilo y Carpo

Muerta 165 D.C, en Pérgamo

(Bergama, Turquía en la actualidad)



Parada en el estadio lleno de gente, en Pérgamo, una mujer joven miraba como dos de sus compañeros cristianos, Papilo y Carpo, eran traídos ante el procónsul para ser interrogados.

El procónsul romano a cargo del procedimiento preguntó el nombre de Carpo, a lo que este respondió: “mi primer nombre y el que elegí es Cristiano”. Entonces, enojado el procónsul ordenó a Carpo que siguiera las órdenes del César y haga sacrificios a los dioses de Roma. Carpo le respondió diciendo que los dioses de Roma no son más que “fantasmas” y “demonios”, también advirtió a su interrogador que “los que les brindan sacrificios, se vuelven como ellos”.

“Debes hacer sacrificio”, continuó el procónsul. “El Cesar lo exige”.

Carpo respondió diciendo que no había razón para hacer sacrificio a algo que está muerto: “Ello ni siquiera fueron hombres, nunca han tenido vida y por ende no pueden morir. Créanme, ustedes están atrapados en una terrible ilusión”. Volviéndose entonces hacia Papilo, el procónsul probó una táctica diferente y preguntó: “¿Tienes hijos?”.

Papilo contestó la pregunta sin dudar: “Si, muchos, a través de Dios”. Al escuchar esto, uno de la multitud que observaba gritó: “¡lo que él quiere decir es que tiene hijos a través de su fe cristiana!”. Furioso el procónsul dijo: “¿harás sacrificio …. o qué? ¿Qué dices?” Al igual que Carpo, Papilo también se rehusó a conceder esta petición.

Entonces, Carpo y Papilo fueron colgados y desollados con instrumentos de tortura, pero a pesar de eso, ambos se mantuvieron firmes en su fe.

Viendo que ellos no dejarían a Cristo para adorar a las deidades romanas, el procónsul decidió eliminarlos. Éste ordenó que sean quemados en la estaca; los guardias obedecieron la orden y clavaron en la estaca primero a Papilo y después a Carpo, y fueron quemados vivos.

Agatónica, la mujer que estaba parada entre la multitud mirando, fue conmovida por la devoción de los dos mártires, ella reconoció la gloria de Dios en sus acciones y a pesar de ser madre de un niño pequeño, sintió el llamado de dar un paso adelante y unirse a los mártires. Agatónica gritó desde el medio de la multitud diciendo: “este alimento fue preparado para mi. Debo tener parte en el. Debo recibir el alimento de la gloria”.

Los que estaban alrededor de ella le rogaban que guardara silencio y de esta manera no abandonar a su hijo. Ella contestó a esto: “mi hijo tiene a Dios, quien puede cuidar de él, pues Dios es el proveedor de todo. Pero yo ¿por qué estoy parada en este lugar?” Entonces ella se quitó la ropa y dio un paso adelante para unirse a los demás en el martirio.

Como lo hicieron con Papilo y Carpo, los romanos clavaron a Agatónica a la estaca. Muchos de entre la multitud se lamentaron al ver la escena y otros rogaban a gritos que cesara tal crueldad. Pero cuando los verdugos prendieron fuego a la madera, Agatónica gritó tres veces: “Señor, Señor, Señor, ayúdame, porque ahora vuelo hacia ti”. Estas fueron sus últimas palabras.

5

Perpetua

Muerta 203 D.C. en Cartago

(Túnez en la actualidad)



Perpetua, era una joven cristiana de la ciudad africana de Cartago; ella estaba culminado el entrenamiento que cada nuevo creyente recibía. Junto con muchos otros nuevos creyentes como Saturnino, Segundo, Revocato y Felicitas, se preparaba para ser bautizada. El pequeño grupo al que pertenecían era el claro ejemplo de la diversidad dentro del cuerpo de Cristo. Perpetua tenía veintidós años, nació en una familia bien acomodada y era madre de un pequeño niño. Revocato y Felicitas, quien estaba embarazada, nacieron en la esclavitud.

Pero, este entrenamiento del grupo de nuevos cristianos fue interrumpido cuando las autoridades romanas, de la provincia, los arrestaron por negarse a adorar a las deidades del imperio. Aunque el emperador de entonces era más tolerante con los cristianos, en relación a lo que fueron sus antecesores, todavía existían grandes persecuciones locales. Perpetua y sus nuevos amigos

fueron encarcelados para esperar su juicio. Perpetua mantenía a su pequeño niño con ella y en solidaridad con ellos, Saturo, quien no había sido arrestado, se entregó para ser encarcelado y así estar cerca de sus amigos.

No mucho después de su arresto, el padre de Perpetua la visitó en la cárcel; sabiendo el peligro que corría su hija, trató de convencerla de abandonar su fe. Ella respondió a esta petición señalando un cántaro de cerámica que tenía en su celda y dijo: "Padre, ¿ves este contenedor acostado aquí? ¿Es un pequeño cántaro, o es algo más?"

"Es un jarrón", respondió Perpetua a su padre, luego continuó diciendo: "¿Se lo puede llamar con otro nombre que no sea ese?"

"No", respondió su padre.

Entonces, Perpetua respondió: "Tampoco yo puedo ser llamada de otra forma que no sea por lo que soy, una cristiana". Su respuesta enfureció a su padre y la atacó físicamente y cuando él finalmente se fue, Perpetua dio gracias a Dios.

A este tiempo, los prisioneros habían sido bautizados en prisión y también fueron bienvenidos a la comunidad de cristianos. El bautismo fortaleció a Perpetua en gran manera. Sin embargo, no mucho después, los prisioneros fueron trasladados a un sector mucho peor dentro de la mazmorra. Temiendo por su hijo en esa obscuridad y el ambiente insalubre, Perpetua pidió a su madre y a sus hermanos que lo llevaran con ellos fuera de ese lugar. Afortunadamente no mucho después los prisioneros fueron llevados a una mejor parte de la prisión, allí Perpetua pudo nuevamente cuidar y alimentar a su pequeño niño.

El hermano de Perpetua le sugirió pedir a Dios que le de una visión del propósito divino de su encarcelamiento. Confiada ella en que recibiría alguna respuesta dijo: "mañana te lo diré" Esa noche, Perpetua tuvo una visión en la que vio una escalera de oro increíblemente alta y angosta que alcanzaba hasta el cielo. La escalera era hermosa excepto por una cosa, tenía todo tipo de armas crueles como: espada, ganchos y dagas, incrustadas a los lados poniendo en peligro a los escaladores imprudentes. Esas armas no eran los únicos peligros, por debajo de la escalera

ella vio un enorme dragón agachado y esperando comerse a todo aquel que no consiguiera subir por esa escalera. En esta visión, Saturo fue el primero en subir por la escalera, al alcanzar la parte más alta animó a Perpetua a que subiera junto a él. Cuando ella se acercó, el dragón alzó la cabeza, pero esto no inmutó a Perpetua; por el contrario, ella pisó su cabeza con la primera zancada hacia arriba. Subió la escalera y llegó a la cima donde se encontró en un inmenso jardín y a un pastor de pelo blanco estaba sentado en el medio, ordeñando sus ovejas. A su alrededor se reunieron miles de personas con túnicas blancas. El pastor miró a Perpetua y le dijo: "bienvenida hija". Le ofreció un poco de queso que él mismo había hecho. Ella lo comió, y las personas que la estaban mirando dijeron: "Amén".
Cuando Perpetua despertó de su visión, todavía podía saborear el sabor indescriptible de la comida que le habían dado en el sueño. Después de compartir la visión con su hermano, acordaron que eso significaba que ella terminaría sus días en la cárcel como mártir.

Casi agotado por la ansiedad, pero habiendo recuperado cierta compostura, el padre de Perpetua vino de nuevo a visitarla. Éste dijo a su hija: "ten piedad de tu padre", "si soy digno de que me llames padre entonces no me hagas un objeto de tu desprecio. Piensa también en tu hijo, él no puede vivir sin ti". Él besó su mano, cayó al suelo, y se lamentó. Esto también afligió a Perpetua, pero por una razón diferente. A parte de toda su familia, solo su padre no podía regocijarse por el compromiso de Perpetua con Cristo. Pero, a pesar de esto, ella estaba decidida. Su padre se fue llevando nuevamente al pequeño con él.

Después de esto, los cautivos fueron llevados al ayuntamiento para ser interrogados públicamente, no mucho después se reuniría una gran multitud. Ellos fueron interrogados uno por uno y cuando llegó el turno de Perpetua, su padre se paró en frente de la multitud sosteniendo a su hijo pequeño diciendo: "¡Ten piedad de tu bebé!"

El procurador a cargo, ordenó a Perpetua ofrecer sacrificios pidiendo el bienestar de los emperadores. "No lo haré", respondió Perpetua a esta petición. El procurador entonces le preguntó: "¿Eres cristiana?", Perpetua respondió: "Sí, lo soy."

El procurador ordenó que el padre de Perpetua fuera golpeado con varas, a pesar de que el anciano había venido a convencerla de que abandonara el cristianismo. Perpetua observó horrorizada cómo se llevaba a cabo la brutal orden. Finalmente, el fiscal ordenó que los prisioneros fueran arrojados a una arena con bestias salvajes en la próxima celebración del cumpleaños del hijo del emperador.

Después del juicio, los prisioneros fueron llevados nuevamente a la mazmorra. Perpetua pidió que su hijo permaneciera con ella en prisión, pero su padre no lo permitió. Ella notó que el niño fue destetado excepcionalmente rápido, esto alivió la preocupación de Perpetua por haber alejado a su hijo en forma tan abrupta. Muy pronto, los cristianos condenados fueron trasladados a un campamento y así esperar su ejecución.

En el campamento de la prisión, los cristianos encontraron varias maneras de pasar sus últimos días. Perpetua escribió en un diario las crónicas de su cautiverio, algo que eventualmente sería utilizado para alentar a otros.

Estando en dicho campamento, Pudente, uno de los guardias que supervisaba a los prisioneros se encariñó con ellos. Impresionado por su coraje frente a la tortura y la muerte, éste, permitió que otros cristianos los visitaran. Estas reuniones refrescaron y alentaron a los prisioneros. Sin embargo, no todas las visitas fueron edificantes; el padre de Perpetua vino nuevamente, se arrancó trozos de la barba y se tiró al suelo en su dolor por su hija. Para su sorpresa, ella no fue conmovida a salvar su propia vida, en cambio, ella se afligió por su padre.

En los días previos a su ejecución, Segundo, uno de los cristianos, murió en prisión. Los otros agradecieron a Dios que se haya salvado de una muerte violenta. También se esperaba que Felicitas quedara fuera de la terrible experiencia con las bestias salvajes, ya que ahora tenía ocho meses de embarazo y era ilegal ejecutar a una mujer embarazada. Sin embargo, lejos de sentirse aliviada, le dolía que su embarazo pudiera evitar que se uniera a sus compañeras en el martirio.

Pero, unos tres días antes de la fecha de la ejecución, Felicitas y los otros presos se unieron en oración; suplicaron a Dios que le concediera el privilegio de enfrentar a las bestias con sus compañeros cristianos y así ella

no tuviera que enfrentar esta prueba sola más tarde. Felicitas entonces entró en trabajo de parto inmediatamente, este parto temprano fue extremadamente doloroso por lo que uno de los sirvientes que asistió al parto dijo: “estás sufriendo ahora, ¿y qué harás cuando te arrojen a las bestias?”

Felicitas respondió al sirviente: “sufro lo que estoy pasando ahora, pero luego habrá otro que sufrirá por mí, porque estoy a punto de sufrir por Él”. Dio a luz a una niña y la bebé fue entregada a una mujer cristiana para ser criada.

El día antes de su ejecución, Perpetua, tuvo una visión final. Vio a Pomponio, un diácono que la había visitado antes, llamando a la puerta de la prisión. Perpetua salió y le abrió la puerta, vio que éste llevaba una túnica blanca y escucho que Él dijo: “Perpetua, te estamos esperando; ¡ven!”, él entonces la tomó de la mano y la condujo a través de los túneles y pasajes torcidos hasta que llegaron a la arena. Salieron al centro y dijo, “no temas, estoy aquí en la lucha contigo”. Luego se fue.

La visión continuó, Perpetua miró asombrada a la gran multitud. Los animales salvajes no estaban por ningún lado; en cambio, un gladiador egipcio sería su oponente. Entonces apareció un hombre gigante, más alto que el anfiteatro y pidiendo silencio anunció: “si este egipcio vence a esta mujer, él debe matarla con su espada; pero si la mujer lo vence, ella recibirá este ramo”.

Seguido de este anuncio, Perpetua y el egipcio comenzaron a golpearse el uno al otro. Él la agarró de los pies, ella le dio una patada en la cara, luego el egipcio la levantó en el aire, ella lo golpeó con los puños, entrelazó nuevamente sus dedos y bajó ambos puños sobre él en un golpe final. Él se desplomó y Perpetua pisoteó su cabeza, todo esto mientras la multitud aplaudía. Al final de la pelea, Ella recibió el ramo que declaraba su victoria.

Cuando Perpetua despertó, se dio cuenta del significado del sueño, su verdadera batalla no sería contra las fieras, sino contra el demonio mismo. Aunque podría perder su vida con los animales, triunfaría en la batalla que realmente importaba.

Finalmente el día del siniestro cumpleaños llegó y los cristianos fueron llevados de la prisión hasta el anfiteatro, caminado con gozo en sus corazones y en sus rostros. Cuando se les ordenó ponerse la ropa usada por los sacerdotes de las deidades romanas, como parte del espectáculo enfermo de la fiesta, Saturno y Ceres se negaron a hacerlo. La tribuna, que supervisa los procedimientos, estuvo de acuerdo entonces en que podían usar sus propias ropas.

Cuando fueron conducidos más allá de donde se encontraba el procurador que los había condenado, los cristianos gritaron: "¡ustedes nos han juzgado, pero Dios los juzgará a ustedes!". Debido a esta impertinencia, la multitud exigió que los cristianos fuesen azotados antes de que los animales salvajes fueran liberados.

Entonces, un oso, un leopardo y un jabalí fueron seleccionados para enfrentar a los hombres. Cuando se lanzó al jabalí, éste en lugar de atacar a los cautivos, se volvió y corneó al cazador que lo había traído. El oso y el leopardo atacaron a Saturnino y a Revocato. Saturo por su parte fue sacado solo y atado al suelo cerca del oso, pero el oso no salió de su guarida; en cambio el leopardo (el animal que Saturo había predicho que lo mataría) con una sola mordida, le infligió una herida mortal. El moribundo Saturo llamó a Pudente, el guardia que se había encariñado con los prisioneros, y le dijo: "Adiós y sé consciente de mi fe, no dejes que estas cosas te molesten, sino al contrario, que esto te afirme". Luego pidió que le dieran su anillo a Pudente, como recordatorio de su muerte, después de esto murió.

Las dos jóvenes madres fueron desnudadas y a cambio de sus ropas le dieron redes para usar; luego fueron arrojadas a la arena con un toro salvaje con ellas. Sin embargo, mientras el animal las pisoteaba y pateaba, Perpetua parecía despreocupada por el brutal animal, atando cuidadosamente su desaliñado cabello para así enfrentar la muerte con la mayor dignidad posible.

Después de haber sido brutalizadas por los animales, los cristianos sobrevivientes se reunieron, se dieron un beso de la paz una última vez y luego cada uno de ellos fue apuñalado con una espada.

Pero Perpetua, apuñalada entre las costillas por un gladiador novato cuya mano temblaba, no murió; ella entonces gritó en voz alta y agarró la espada de las manos del gladiador y se la llevó a la garganta. De esta manera ella ocasionó su propia muerte.

6

Taraco, Probo y Andrónico

Muertos el 290, en Cilicia

(Turquía en la actualidad)



Durante la persecución de los cristianos bajo el emperador Diocleciano, tres hombres fueron arrestados y traídos a tribunales ante Numério Máximo, procónsul de Cilicia. Taraco, nacido en la ciudad de Claudianópolis, era un soldado y ciudadano romano por nacimiento. Los soldados romanos de esa época estaban obligados a dar juramentos y a hacer sacrificios en favor de las deidades romanas, por este motivo Taraco había pedido una baja del ejército, y se lo concedieron. Tanto Probo como Andrónico provenían de familias adineradas.

Máximo, procónsul de Cilicia, pidió entonces que estos hombres sean traídos uno a la vez para ser interrogados. Cuando Taraco fue traído, Máximo preguntó por su nombre, él contestó: “soy un cristiano”.

Siendo un hombre impaciente y al escuchar la respuesta que el soldado le dio, Máximo gritó a su guardia: "¡quiébrale la mandíbula y dile que no vuelva a contestarme de esa manera nunca más!" El guardia apeló a Taraco diciendo: "quiero que tú también seas uno de nosotros, los que obedecemos las órdenes de nuestros señores los emperadores".

Taraco respondió: "Pero ellos cometen terribles errores; son seducidos por Satanás". Por decir que los emperadores podían equivocarse, Máximo hizo que los guardias golpearan al prisionero en la mejilla, pero Taraco no se inmutó y respondió: "sí, lo dije, y lo digo otra vez, los emperadores son solo hombres y están expuestos a cometer errores".

El procónsul entonces exigió a Taraco a que ofreciera sacrificios a los dioses de Roma como demostración de su lealtad al emperador, pero él se negó. Máximo lo golpeó con varillas, pero entre esos golpes, el prisionero le dijo: "verdaderamente, me has hecho más prudente, ya que por estas llagas fortaleces mi confianza en Dios y en su Hijo ungido, Jesucristo".

Los espectadores, indudablemente perturbados por la brutalidad infligida a un ciudadano de Roma, ya se estaban sintiendo incómodos con el proceso en curso. Demetrio, el centurión que supervisaba la golpiza, dijo a su víctima: "¡miserable! ¡sálvate, sigue mi consejo y ofrece el sacrificio!"

Pero Taraco le respondió: "¡vete, sirviente de satanás, y sigue tú tu propio consejo!" Al ver que no estaban llegando a ninguna parte, Máximo ordenó a Taraco que volviera a la cárcel encadenado.

Luego de interrogar a Taraco, el procónsul llamó a Probo, cuando Máximo preguntó su nombre, Probo respondió: "mi nombre más noble es Cristiano. Pero la gente me conoce con el nombre de Probo".

Tratando de ser más suave de lo que fue con Taraco, el procónsul dijo a Probo: "no te beneficiarás demasiado con ese nombre. En cambio, escúchame y ofrece sacrificio a los dioses. Serás honrado por los príncipes y serás nuestro amigo".

Probo respondió al procónsul y dijo: "no deseo ni el honor de los emperadores ni su amistad, ya que no es poca la riqueza que dejé para servir fielmente al Dios viviente".

Máximo lo hizo desnudar y colocar en una rejilla, luego mandó a atormentarlo con flagelaciones. Demetrio, el centurión, le suplicó a voces: "¡miserable! Mira cómo tu sangre se derrama en la tierra". Probo le respondió: "mi cuerpo está en tus manos; pero todos estos tormentos son un bálsamo precioso para mí".

Mientras torturaban e interrogaban a Probo, Máximo pidió una tortura aún más dolorosa. "Denle la vuelta y flagélenle el estómago", y mientras lo estén azotando, pregúntenle, "¿Dónde está el que te ayuda?"

Pero incluso siendo flagelado de esa manera, Probo respondió: "Él me ha ayudado, y me seguirá ayudando". Entonces Máximo ordenó que lo llevaran de vuelta a la prisión, y llamó al tercer cristiano.

Cuando Demetrio trajo a Andrónico, Máximo repitió la misma línea de preguntas. "¿Cuál es tu nombre?" Andrónico respondió: "¿Quieres saber quién soy? Soy un cristiano".

El procónsul vio que este intercambio de palabras probablemente sería igual que con los últimos dos. Aún así, trató de disuadir a Andrónico diciendo: "quédate tranquilo, y escúchame como lo harías con tu padre". "Aquellos que han balbuceado esas mismas tonterías antes que tú no han ganado nada. En cambio, honra tú a los príncipes y a los padres y sé obediente a nuestros dioses".

Andrónico respondiendo a esa petición dijo: "has acertado al llamarlos padres; porque perteneces a tu padre, el diablo y habiéndote convertido en uno de sus hijos, estás haciendo su trabajo". Máximo le replicó: "No eres más que un jovencito, ¿desprecias y te burlas de mí? ¿Crees que soy un tonto?" acaso ¿conoces las torturas que ya están listas para ti?

Entonces Andrónico preguntó: "¿estaría yo dispuesto a ser encontrado inferior en sufrimiento a mis predecesores? al contrario, estoy preparado para soportar todos tus tormentos".

El procónsul hizo que lo atormentaran, golpearan en la boca y lo voltearan para que lo torturaran en los costados. En todo ese tiempo, Máximo continuó cuestionando a Andrónico, mientras que Demetrio y los espectadores le suplicaban que cediera y pusiera fin a su sufrimiento. Después de la terrible tortura y antes de enviarlo de regreso a

prisión, Máximo ordenó a sus hombres que rasgaran las heridas de Andrónico con trozos de cerámica rota. Luego, fue encadenado y llevado.

Después de un tiempo de haber interrogado y torturado a los cristianos e insatisfecho con el resultado de sus esfuerzos, Máximo llamó nuevamente a los tres hombres ante él, uno por uno, para ser nuevamente interrogados y torturados. A Taraco lo golpearon en la boca con piedras hasta que le salieron los dientes; sus manos fueron quemadas con fuego, lo colgaron de sus pies sobre un humo espeso y asfixiante, vinagre y sal fueron vertidos en su nariz. Los otros dos prisioneros sufrieron horrores similares cuando fueron interrogados. Los tres prisioneros fueron encarcelados por separado para que no se sintieran alentados al ver que sus compañeros habían soportado la tortura a través de su fe.

Una última vez, Máximo hizo que los tres hombres fueran traídos ante él. Cada uno de ellos permanecía desafiante. El cuerpo de Taraco fue colgado, su mandíbula fue rota una vez más al igual que sus labios. Su cuerpo estaba quemado con planchas calientes. Le afeitaron la cabeza y le echaron brasas sobre la piel en carne viva, hasta que en un momento gritó y exclamo: “¡que el Señor mire desde el cielo y juzgue!”.

Al escuchar esto, Máximo se burló de él diciendo: “¿A qué señor llamas, maldito hombre?”

“El Señor ¿no lo sabes?” “Él es quien paga a cada uno según sus obras” dijo Taraco.

Finalmente, el procónsul condenó a Taraco a ser arrojado a los animales salvajes. No contento con castigar a Taraco en vida, Máximo agregó un último insulto: “Si crees que tu cuerpo será embalsamado por mujeres, estás muy equivocado. Es mi intención que nada quede de ti” y mientras era llevado, Taraco respondió: “Haz lo que quieras con mi cuerpo, ahora y después de mi muerte”.

Máximo colgó a Probo de los talones y lo marcó con hierros candentes en los costados, la espalda y las piernas. Probo entonces le dijo: “Tu gran poder no solo te ha vuelto loco, sino también ciego, porque no sabes lo que estás haciendo”.

Máximo le respondió: “Has sido atormentado en todo tu cuerpo excepto en los ojos, y ¿te atreves a hablar de esta manera a mí?” Entonces se volvió hacia los torturadores y les ordenó: “Pellízquenle los ojos, para que se vuelva ciego”.

Probo respondió a esto diciendo: “Mira, me has privado de mis ojos corporales, pero nunca se te permitirá destruir los ojos de mi fe”. Ante esto, el procónsul condenó a Probo a ser arrojado a los animales de igual modo que Taraco.

Cuando trajeron a Andrónico, Máximo hizo que sus guardias le pusieran manojos de papel en llamas sobre su cuerpo. Andrónico habló y dijo: “Puedo ser quemado de pies a cabeza, pero el espíritu está vivo en mí. No me vencerás; el Señor a quien sirvo está conmigo”. Entonces, Máximo ordenó colocar hierros calientes entre los dedos de Andrónico, luego ordenó también a sus hombres que introdujeran carne y vino sacrificados a los dioses romanos en la boca del prisionero. “¡Mira!”, se burló Máximo, “¡ciertamente has comido alimentos sacrificados a los dioses!”

“¡Malditos sean todos los que honran a los ídolos, usted y sus príncipes!” gritó Andrónico.

El procónsul contestó a eso diciendo: “Desvarías, ¿maldices a los príncipes, quienes nos han dado una paz tan duradera y tranquila? Pongan un hierro en su boca, rompan todos sus dientes, y corten su lengua blasfema, para que aprenda a no blasfemar a los príncipes”. Después de esto, Andrónico ya no pudo responder a los cuestionamientos de Máximo. El procónsul lo condenó a muerte.

Al día siguiente, una gran multitud se reunió en el anfiteatro de Cilicia. Máximo presidió los sacrificios públicos. Un grupo de cristianos, amigos de Taraco, Probo y Andrónico, se escondieron entre la multitud para observar la muerte de sus hermanos en las macabras festividades. Cuando el procónsul ordenó que trajeran a los tres prisioneros, los soldados tuvieron que buscar personas para sacar a los cristianos, los tres hombres quedaron tan mutilados por sus torturas que ya no podían caminar por ellos mismos. Ellos fueron lanzados como basura en el medio de la arena.

Y cuando la multitud los vio, se asustaron. La gente murmuraba entre sí, impresionada por la crueldad de Máximo, tan visible en los cuerpos de los cristianos. Muchos se levantaron para irse, pero Máximo ordenó a sus soldados que recordarán a quienes se estaban yendo del anfiteatro, así para que pudiera interrogarlos más tarde.

Entonces un oso y una leona fueron liberados para devorar a los tres hombres. Los animales rugieron y se revolcaron por la arena tan ferozmente que los espectadores estaban aterrorizados en sus asientos. Sin embargo, las bestias no se acercaban a los tres mártires.

Furioso por haber sido privado de su espectáculo programado, Máximo ordenó que mataran a los animales. También ordenó a los gladiadores que mataran a los tres cristianos y luego que lucharan entre ellos hasta la muerte. Los gladiadores entraron a la arena y apuñalaron a Taraco, Probo y Andrónico a muerte en el lugar donde yacían.

Después del asesinato, los cuerpos de los cristianos fueron arrojados en masa junto con los otros que habían muerto durante los eventos del día y de esta manera nadie pudiera distinguirlos de los gladiadores paganos. Aún así, algunos hermanos cristianos lograron recuperarlos y darles un entierro adecuado, honrando su firmeza y valentía.

7

Marcelo

Muerto en 298 A.C

(Tánger en la actualidad, Marruecos)



Cuando los soldados romanos estacionados en Tingis celebraban el cumpleaños del emperador Maximiano, un centurión llamado Marcelo se negó a participar de los festejos.

No era algo inusual que los cristianos se negaran a servir en la armada romana la cual era una máquina pagana para la guerra; y la vida de un soldado romano no estaba exenta de las ceremonias religiosas, que se realizaban para apaciguar el espíritu de los dioses. Además de afilar espadas, un soldado debía ofrecer sacrificios y honrar a las deidades patronas. El emperador, cuyo culto de divinidad servía para consolidar el poder sobre todos los estratos de la sociedad romana, era a menudo él mismo objeto de adoración y oración.

Casi un siglo antes de que Marcelo asumiera su posición, Hipólito, uno de los primeros obispos de Roma, había elaborado los requisitos para los soldados que deseaban formar parte de la iglesia cristiana.

"Un soldado, bajo la autoridad civil, debía aprender a no matar, de igual manera a rechazar las órdenes de hacerlo, también a abstenerse de tomar juramento. Si el soldado no estaba dispuesto a cumplir con estos requisitos, debía ser rechazado".

Habiéndose convertido recientemente en cristiano, Marcelo sentía cada vez más repulsión al ver a sus cohortes del ejército pagano ofrecer sacrificios a los dioses romanos para honrar al emperador. Finalmente, llegó el momento de la decisión. Marcelo se puso de pie entre los que habían sido sus camaradas más cercanos, se quitó el cinturón y la espada, y arrojó al suelo la insignia que mostraba su respetado rango de oficial. Los otros soldados estaban horrorizados ante esta flagrante profanación del juramento que todos habían tomado cuando se unieron al ejército romano. Entonces, tomaron a Marcelo y lo llevaron ante Fortunato, el gobernador local.

Cuando Marcelo fue interrogado, habló con la audacia de un hombre endurecido por la vida en el ejercito y dijo: "Les digo hoy, en voz alta y en público, ante los estándares de esta legión, que soy cristiano y no puedo cumplir ningún juramento a menos que sea a Jesucristo, el Hijo del Dios viviente". Fortunato intentó que Marcelo presentará su caso ante el emperador Maximiano, quien era conocido por ser más amigable con los cristianos. Pero en cambio, Marcelo fue enviado a juicio ante el prefecto Agricolano, un hombre con poca misericordia para con los cristianos.

Cuando comenzó el juicio, Agricolano escuchó el relato de las acciones y palabras del acusado, luego preguntó a Marcelo: "¿Has hecho las cosas que están asentadas en el registro del gobernador?"

"Sí, las hice", respondió Marcelo. "¿Qué locura te poseyó para hacer a un lado tu juramento y decir esas cosas?" insistió Agricolano.

Marcelo entonces le respondió: "No hay locura que posea a aquél que teme a Dios".

Confundido, Agricolano presionó a Marcelo para que explicara sus acciones, y el centurión respondió con detalles diciendo:

"No es apropiado para un cristiano que teme al Señor Jesucristo, participar en el servicio militar terrenal. Lo que he declarado antes el

gobernador Fortunato, ahora lo expongo ante ustedes. Soy cristiano y solo invoco al verdadero Dios y Rey, Jesucristo, a quien amo más que todo el honor y las riquezas de este mundo. Por su ley y orden, tenemos prohibido tomar la vida de otra persona e incluso portar armas. Con su ejemplo, se nos enseña a perdonar a quienes nos hacen daño y a tener piedad de nuestros enemigos".

Continuó Marcelo diciendo: "Los que invocan su nombre son hijos de paz, sin mala voluntad hacia nadie sobre la tierra. Aquellos que reflejan la imagen de Cristo no conocen otras armas más que la paciencia, la esperanza y el amor, estas son solo armas para romper los corazones que nunca han sido tocados por el rocío celestial de la santa palabra. No sabemos de venganza, no obstante, podemos ser agraviados. No pedimos venganza, pero como Cristo oramos diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Después de escuchar todo esto, el prefecto le preguntó: "¿No recuerdas que hiciste el juramento militar, en ritos que presidían todos los dioses, cuando confesaste la deidad del emperador? ¿Has olvidado cómo recibiste las normas sobre las que las imágenes de los dioses fueron colocadas para tu protección?"

Marcelo contestó sencillamente: "Ya no sacrificaré más a dioses ni emperadores, y rechazo adorar a tus dioses de madera y piedra, que son ídolos sordos y mudos. ¡Yo sirvo a Jesucristo, el Rey eterno! Estoy lejos de tratar de escapar del sufrimiento por el nombre de Cristo, que, por el contrario, lo considero el honor más alto que puedes conferirme".

Entonces Agricolano decidido, se puso en pie y pronunció la sentencia. Por rechazar su juramento y negarse a sacrificar a los dioses romanos, Marcelo será ejecutado inmediatamente. Los guardias inmediatamente se llevaron al soldado de Cristo, y con una espada como la que una vez había llevado él mismo y le cortaron la cabeza.

PARTE II

REFORMADORES RADICALES

8

Juan Hus

Muerto en 1415 en Constanza

(Alemania en la actualidad)



Juan Hus nació en 1370 dentro de una familia de agricultores. Llevó como apellido el nombre de la villa en donde nació, Husinec, al sur de Bohemia (hoy región de la República Checa). La palabra *hus* significa "ganso" en el idioma checo, más tarde Juan usaría frecuentemente este nombre en sus escritos como un lenguaje figurado.

Aunque se sabe poco de los padres de Juan, cuando era niño, su madre le enseñaba a orar y lo alentaba a seguir el sacerdocio a medida que crecía. Esta carrera profesional atraía al joven Juan, no porque tuviera mucho interés en la vida espiritual, sino porque una posición sacerdotal significaba riqueza y prestigio muy significativos para su época.

Aunque los intereses de Juan sobre cuestiones religiosas crecieron rápidamente después de inscribirse en la Universidad de Praga, sus motivos originalmente seguían siendo egoístas. Él había nacido en un momento de gran inquietud y de complejas luchas políticas dentro de la Iglesia Católica, muchas de las cuales se centraban en el sacerdocio.

El clero de la época era conocido por su inmoralidad y corrupción, los sacerdotes aceptaban sobornos, tomaban amantes, de esta forma ellos violaban sus votos de celibato y practicaban la simonía, que es el comprar y vender puestos eclesiásticos. Por ejemplo, en 1402 (el mismo año en que Juan fue nombrado predicador en la Capilla de Belén en Praga), un hombre llamado Zbyněk Zajíc compró el arzobispado de la zona por la suma considerable de 4.280 monedas de oro, las cuales saldaron las deudas de sus dos predecesores. Zbyněk era un ex soldado de solo veinticinco años y carecía de formación teológica de algún tipo. Aunque originalmente se llevaba bien con Juan esta relación fue efímera.

Mientras estuvo en la Universidad de Praga, Juan fue influenciado por el trabajo de John Wycliffe, quien luchó contra los abusos del clero católico en Inglaterra. Tanto fue su influencia sobre Juan que éste escribió una vez en los márgenes de uno de los libros lo siguiente: "Wycliffe, Wycliffe, cambiarás la forma de pensar de mucha gente".

En ese entonces, la iglesia poseía aproximadamente la mitad de toda la tierra en Bohemia, y los campesinos estaban resentidos por los fuertes impuestos que el clero les imponía, por lo cual la gente pedía una reforma. La capilla de Belén, donde Juan predicaba, se convirtió en el corazón de este movimiento de reforma. Siguiendo el ejemplo de Wycliffe, Juan comenzó a hablar en contra de los abusos clericales diciendo: "Son unos borrachos, cuyas barrigas gruñen por las muchas bebidas, también son unos glotones cuyos estómagos están llenos hasta doblarles la papada", todo esto dijo acerca de los sacerdotes. También los llamó fornicarios, parásitos, avaros y cerdos gordos. "Estos sacerdotes merecen estar en el infierno" decía Juan.

No solo describía al clero de entonces, sino que también especuló sobre lo que Cristo podría haber dicho acerca de la inmoralidad de ellos e hizo un escrito haciendo como si la voz en este escrito fuera la de Jesús diciendo: "Todos los que pasan cerca de mí hacen una pausa y se preguntan si alguien había sufrido un dolor como el mío". "Vestido con estos harapos lloro, mientras mis sacerdotes andan en escarlata. Sufro una gran agonía con sudor de sangre mientras ellos se deleitan en sus lujosos baños. Toda la noche soy burlado y escupido, mientras ellos disfrutaban de la fiesta y se embriagan. Gimo en la cruz mientras ellos descansan en las camas más suaves".

Para el arzobispo Zbyněk, las acusaciones de Juan golpeaban demasiado cerca de donde ellos estaban. Sus sospechas acerca de Juan se acrecentaron, y estos dos hombres se volvieron rivales.

Durante esta época de inestabilidad clériga, había dos papas en competencia, uno con sede en Roma y el otro en Aviñón, Francia. Las naciones católicas estaban divididas acerca de a cuál de los papas habría que seguir. Cuando en 1409 fue llamado el Consejo de Pisa, para resolver el asunto y reformar la iglesia, Juan estaba eufórico. Aunque el arzobispo Zbyněk se opuso al consejo, Juan tenía de su lado al rey Václav IV de Bohemia (conocido como el rey Wenceslao).

El Consejo de Pisa votó para quitar, tanto al papa romano, Gregorio XII, como a su rival, Benedicto XIII. En su lugar, el concilio eligió a Alejandro V. Pero ninguno de los papas anteriores se sometió a la decisión del concilio, entonces en vez de dos papas ahora había tres. Juan, creyendo que Alexander V, el nuevo papa elegido por el concilio, representaba la reforma y el progreso, eligió reconocerlo como legítimo. El rey Wenceslao siguió la iniciativa de Juan, de apoyar a Alexander V, obligando así al arzobispo Zbyněk a hacer lo mismo para mantenerse en sintonía con el rey.

Zbyněk pudo no haber sido un hombre espiritual, pero era un político astuto y con muy pocos escrúpulos. Este suplicó a Alexander V que apoyara su trabajo para perseguir la herejía y envió un gran soborno al nuevo papa, como para garantizar su apoyo. Después de esto, Alejandro V emitió un fallo prohibiendo la predicación libre en capillas privadas. Esto le dio al arzobispo el permiso del papa para censurar la Capilla de Belén donde Juan predicaba.

Juan Hus por su parte se negó a obedecer las órdenes del papa. Él continuó su predicación y ministerio en la Capilla de Belén, a pesar de la prohibición del papa. Indignado, Zbyněk decidió destruir la capilla por completo. Juan describe el ataque de la siguiente manera: “Vestidos con armadura y habiendo conspirado entre ellos, atacaron Belén con ballestas, lanzas y espadas. . . deseando derribarla, mientras yo predicaba”. Pero Juan tenía más de dos mil adoradores indignados de su parte y el plan de Zbyněk falló. El rey Wenceslao, queriendo resguardar el apoyo de Zbyněk, no tomó partido en el asunto.

Sin inmutarse, el arzobispo Zbyněk reunió más de doscientas copias de los escritos de John Wycliffe, los llevó al patio del palacio y los hizo cenizas. Por su parte Juan condenó las acciones del arzobispo diciendo: “Lo llamo un negocio pobre. Tales hogueras nunca quitaron un solo pecado del corazón de los hombres. El fuego no consume la verdad. Es solo la marca de una mente pequeña que desahoga su ira contra objetos inanimados. Los libros que han sido quemados son una pérdida para toda la gente”.

En respuesta al ataque a la capilla y la quema de libros, el pueblo bohemio se amotinó, ridiculizando a Zbyněk en carteles y en cánticos, diciendo: “El obispo Zbyněk, ABCD, quemó libros sin saber lo que estaba escrito en ellos”. Entonces, el arzobispo huyó a su castillo en Roudnice, y por su seguridad excomulgó a Juan, esto era un castigo muy severo en los tiempos cuando la iglesia tenía una gran influencia en la vida pública.

A pesar de estar excomulgado, Juan se negó a dejar de predicar. Tenía el apoyo de la gente, pero, Zbyněk tenía el apoyo del papa. Persuadido por los generosos regalos del arzobispo, Alejandro V emitió otro aviso de excomunión, Juan ignoró este aviso también. Entonces Zbyněk, tomando valor que le proveía el apoyo del papa, llevó la lucha demasiado lejos, tanto así excomulgó a los funcionarios reales en Praga, y al hacerlo incitó la ira del rey Wenceslao, quien había permanecido fuera del conflicto hasta este punto.

Cuando Juan fue convocado para comparecer en Bolonia, como parte de las investigaciones papales sobre herejías, Wenceslao dijo: “Si alguien quiere acusar a Hus de cualquier cargo, que lo haga aquí en nuestro reino. . . No me parece correcto renunciar a este útil predicador solo porque sus enemigos lo discriminan”. Zbyněk devolvió el golpe pronunciando un interdicto contra la ciudad de Praga, él suspendió todas las actividades de la iglesia, incluyendo casamientos, entierros, bendiciones, predicaciones y la administración de la comunión.

Pero, con el apoyo de sus magistrados, el rey Wenceslao exigió al arzobispo Zbyněk ceder y cesar toda acción contra Juan Hus.

El rey obtuvo una orden judicial del Papa Juan XXIII (quien reemplazó a Alejandro V después de su repentina muerte) revirtiendo las acciones de su predecesor contra Juan. El rey ordenó al arzobispo Zbyněk que hiciera una declaración pública para dejar libre a Juan de toda sospecha de herejía. Pero antes de que el arzobispo pudiera seguir las órdenes, murió. Según los viejos anales checos, Zbyněk fue envenenado por su cocinero, quien posiblemente era un partidario de la reforma de la iglesia.

Con la muerte del arzobispo, parecía que Juan estaría libre de la persecución. Pero luego sucedió algo que lo obligaría a hablar una vez más en contra de la iglesia y de los magistrados. En 1411, las tropas que respaldaban al papa rival, Gregorio XII, tomaron el control de Roma. Para costear una contraofensiva, el Papa Juan XXIII autorizó la venta de indulgencias, estos eran documentos que aseguran el perdón de los pecados y eran canjeados por dinero en efectivo por el clero. El rey Wenceslao, un partidario del papa Juan XXIII, también compartió las ganancias de dichas ventas.

Mucha gente en Bohemia consideraba las indulgencias como otra forma más de corrupción del clero ya empobrecido. Aunque Juan pudo haber permanecido en silencio, su conciencia no se lo permitió. Dirigió entonces una protesta en contra de la venta de indulgencias, llamando a un boicot. Dijo que no sería persuadido a apoyar las indulgencias diciendo: “incluso si me pusieran de pie ante la estaca que han preparado para mí”.

Esta valiente acción hizo que Juan perdiera el apoyo de su mayor aliado y protector, el Rey Wenceslao. Ése furioso por la posibilidad de perder la lucrativa fuente de ingresos generada por la venta de indulgencias, dijo: “Hus, siempre me estás causando problemas. Si aquellos a quienes les preocupas no se encargan de ti, yo mismo te quemaré”.

Juan entonces permaneció desafiante incluso frente a la ira del rey diciendo: “¿guardaré silencio? ¡Dios no lo quiera! Ay de mí si me callo. Es mejor para mí morir que no oponerme a tal maldad, el no oponerme me haría participar de su culpa y su infierno”. Después de estas declaraciones, Juan fue excomulgado por cuarta vez, y la ciudad de Praga, una vez más, fue puesta bajo interdicto. Esta vez el Rey Wenceslao

no hizo nada para detenerlo. Por el bien de la ciudad, Juan salió de Praga hacia el campo, pero nunca dejó de predicar o escribir.

Para 1414, tres hombres todavía seguían reclamando el papado, y no había reconciliación a la vista. Segismundo, el rey de Hungría y medio hermano del rey Wenceslao, organizó un nuevo concilio con el propósito de poner fin al cisma papal y erradicar la herejía de la iglesia occidental. Segismundo invitó a tantos magistrados y clérigos como pudo. Cuando todos llegaron a la ciudad de Constanza, Alemania, formaron el consejo de la iglesia más grande desde el Concilio de Nicea en el 325.

Juan Hus estuvo entre los invitados al concilio. Segismundo personalmente le prometió un salvoconducto seguro. A pesar de las advertencias de sus amigos, de no creer en la promesa de Segismundo, Juan le creyó. Cuando llegó a Constanza, envió a sus amigos una carta bromeando: "El ganso (*hus*) aún no ha sido cocinado y no tiene miedo de serlo". Pero unas semanas más tarde, sus enemigos, al escuchar el rumor de que Juan planeaba huir de la ciudad, lo encarcelaron en el calabozo de un monasterio dominico. El rey Segismundo se enfureció porque su promesa de salvoconducto había sido violada, pero los prelados que habían encarcelado a Juan lo convencieron de que no estaba obligado a cumplir las promesas hechas a un hereje.

Entonces, el papa Juan XXIII estableció un comité de tres obispos para investigar las acusaciones contra Juan, pero a este no se le permitió defender su causa. Las perspectivas eran malas para Juan, y muy pronto su situación había empeorado considerablemente. El Concilio de Constanza votó para obligar al papa Juan XXIII y a los otros dos papas a abdicar de sus posiciones. El concilio entonces declaró: "Si alguien. . . incluido el papa, se negara a obedecer los mandamientos, estatutos y ordenanzas de este santo concilio. . . estará sujeto a un castigo apropiado". El papa Juan XXIII huyó de la ciudad disfrazado de obrero, y Juan fue entregado al rey Segismundo.

Ahora el rey reveló sus verdaderas creencias sobre el "ganso" (*hus*) de Bohemia y dijo: "yo no era más que un niño cuando esta secta comenzó y se extendió en Bohemia, y ahora mira lo fuerte que ya se ha hecho".

Juan, encadenado en todo momento y mal alimentado, enfermó gravemente para entonces. Finalmente, el Rey Segismundo dijo, “Hay suficiente evidencia para condenarlo. Si no se retracta de sus errores, que lo quemen”.

A pesar de que cientos de nobles checos habían firmado peticiones para liberar a Juan, en el Concilio de Constanza, el rey Wenceslao no dijo nada en su defensa.

Juan sufrió una serie de juicios públicos, donde se leyeron extractos de sus escritos y se convocó a testigos para hablar en su contra. Se le ordenó retractarse de sus creencias heréticas a lo que Juan solo respondió que lo haría si sus errores podían ser probados por las Escrituras. Negó defender las conclusiones más radicales de Wycliffe, pero dijo que deseaba que su “alma alguna vez lograra llegar a ese lugar donde está Wycliffe”. En su juicio final del 8 de junio de 1415, se leyeron treinta y nueve porciones tomadas de sus escritos. Una vez más, Juan dijo que se retractaría si alguien pudiera probar su error utilizando las Escrituras.

Pero el destino de Juan ya estaba sellado. Cualquier intento que hacía para argumentar su caso era ahogado por los gritos del clero allí presente. Un viejo obispo polaco clamó que la ley era clara sobre cómo tratar con los herejes. “No permitas que se retracte”, gritó otro sacerdote. “Incluso si se retracta, no lo cumplirá”.

El 6 de julio de 1415, Juan Hus fue condenado a muerte ante el consejo. Juan le dijo a un amigo que “preferiría ser quemado públicamente a que lo maten en privado, así toda la cristiandad sabría lo que dije al final”. Cuando los libros de Juan fueron condenados a ser quemados, él cayó de rodillas y oró en voz alta pidiendo a Dios que perdone a sus acusadores.

El día de su ejecución, Juan estaba vestido con sus vestimentas sacerdotales, pero solo como un símbolo de burla: después le fueron arrancadas cada una de las piezas. Cuando los obispos le sacaron su estola, su casulla y sus otras vestiduras, dijeron: “Oh, Judas maldito. . . tomamos de ti la copa de la redención”. Luego concluyeron diciendo: “enviamos tu alma al diablo”. Una mitra de papel alta, como un alfil, con

la imagen de tres demonios y palabras que decían: "el líder de un movimiento herético" pusieron sobre su cabeza. Los guardias lo llevaron a la hoguera y una multitud de personas le seguía.

En la estaca, el verdugo desvistió a Juan, le ató las manos a la espalda y su cuello a la estaca con una cadena. Luego apilaron madera y paja hasta su cuello. El mariscal imperial preguntó a Juan en el último momento si deseaba retractarse y salvar su vida. Juan respondió: "Dios es mi testigo de que. . . la intención principal de mi predicación y de todos mis otros actos o escritos era únicamente poder apartar a la gente del pecado. Y la verdad del evangelio que he escrito, enseñado y predicado fueron de acuerdo a los dichos y exposiciones de los santos doctores, hoy estoy dispuesto a morir". Con eso, el verdugo inició el fuego.

Según algunos testigos, el verdugo tuvo dificultades para encender el fuego, lo que prolongó el sufrimiento de Juan. Mientras las llamas subían, Juan gritó en agonía, "¡Cristo, hijo del Dios viviente, ten piedad de nosotros!" Y desde la llamarada rugiente repitió esas mismas palabras tres veces y murió. Después de que el fuego había disminuido, sus cenizas fueron arrojadas al río Rin.

Cien años después, Martín Lutero iniciaría una reforma generalizada de la iglesia, influenciada por la vida y las enseñanzas de Juan Hus.

9

Michael y Margaretha Sattler

Muertos en 1527, en Rotemburgo, Alemania



Michael Sattler nació en el pueblo de Staufen en la región de Brisgovia al suroeste de Alemania. Él fue un estudiante muy trabajador, lo cual lo convirtió en un hombre inteligente y bien educado. Ingresó al monasterio benedictino de San Pedro en las cercanías de Freiburg. Al igual que en sus estudios, sobresalió también en su vida monástica y finalmente se convirtió en superior del monasterio.

Pero en la mente de Michael había dudas y preguntas que comenzaron a dar color a su vida enclaustrada. Su estudio de la Biblia, particularmente las cartas de Pablo, lo llevaron a cuestionar algunos principios del catolicismo romano. Su incertidumbre se vio agravada por la hipocresía de otros sacerdotes y monjes de su comunidad. Para Michael, el seguir sus votos monásticos le otorgaban grandes molestias, otros monjes tenían amantes.

Mientras esto sucedía en el monasterio, el fervor de la reforma estaba aumentando en toda la región de Breisgau. La conciencia de Michael fue perturbada por los campesinos revolucionarios que ocupaban el monasterio. Su crisis de convicción llegó a un punto crítico, hasta que el 12 de mayo de 1525 abandonó el monasterio en busca de un nuevo llamado.

Algunos de los campesinos que ocupaban San Pedro eran anabautistas y cuyas ideas impresionaron a Michael quien pronto se uniría al movimiento. Durante su búsqueda de la verdad espiritual, había aprendido el oficio de tejer y así solventarse a sí mismo. En un acto final de rebelión contra su antigua vida monástica, contrajo matrimonio con una mujer llamada Margaretha.

Aunque poco se conoce de Margaretha, se sabe que antes de casarse con Michael había sido una beguina, miembro de una orden religiosa de mujeres que vivían juntas como monjas y se dedicaban a cuidar a los pobres y enfermos sin tomar los votos de por vida. Un escritor la describió como "una pequeña mujer talentosa e inteligente". Después de contraer matrimonio, ella y Michael se ganaban la vida tejiendo telas.

En ese tiempo, el rey Ferdinand I, cuya posesión incluía Brisgovia, comenzó su persecución, suprimiendo sin piedad cualquier herejía contra la Iglesia Católica Romana, pero señalando en especial a los anabautistas. En 1525, Michael huyó a Zúrich para unirse a los anabautistas allí. Sin embargo, él no se asentó en ese lugar regresando finalmente a su ciudad natal. Luego, huyendo nuevamente de la persecución, se trasladó a Estrasburgo, y posteriormente al territorio de Hohenberg en Wurtemberg.

Asentado en las afueras de la ciudad de Horb, Michael pronto reunió a un número considerable de seguidores y en febrero de 1527 presidió una conferencia de líderes anabautistas en Schleitheim de modo a desarrollar una declaración de fe compartida; esta sería la base para unir a los anabautistas de la región. Los presentes sabían que les aguardaba aún más persecuciones, pero Michael probablemente no tenía idea de cuán cerca estaba el peligro.

Las autoridades habían descubierto a los anabautistas de las cercanías de Rotemburgo, de los cuales extrajeron informaciones sobre los anabautistas de Horb. Así, cuando Michael partió de Schleitheim para regresar a Horb,

con los siete artículos de la confesión de Schleitheim en su saco, los hombres del gobierno estaban listos para aprenderlo.

Cuando él y Margaretha llegaron a Horb, fueron arrestados junto con varios otros. El gobierno incautó la confesión de fe que llevaba con él, junto con las descripciones de los planes y actividades de la iglesia.

Michael tenía muchos seguidores en Horb, y después de su arresto, los funcionarios de la ciudad temían un levantamiento por lo que los prisioneros pronto fueron llevados por el conde Joachim von Zollern, a la apartada ciudad de Binsdorf. Desde su celda de prisión, Michael escribió una apasionada carta a su congregación en Horb, llamándoles a una fe ardiente y confianza en Dios. Esperó en prisión junto con los otros durante tres meses mientras preparaban su juicio.

Finalmente, llegó el día del juicio y veinticuatro hombres armados trasladaron a los prisioneros a Rotemburgo para ser juzgados. Un gran panel de jueces fue presidido por el presidente de la corte, el conde von Zollern, un elocuente experto legal de Ensisheim. Eberhard Hofmann, fue el fiscal más prominente, quien exigía la sentencia más cruel posible. El alcalde de Rotemburgo, Jakob Halbmayer, fue nombrado abogado de la defensa, pero Michael rechazó su ayuda y decidió hablar en nombre del grupo él mismo.

Cuando comenzó el juicio, el conde von Zollern enumeró los cargos presentados contra el grupo. Siete de estos cargos fueron aplicados a los diecinueve prisioneros, mientras que Michael Sattler enfrentaba dos cargos adicionales. Primero, el grupo fue acusado de violar un mandato imperial (una referencia a la Dieta de Worms contra Martín Lutero en mayo de 1521). Segundo, se decía que los anabautistas habían rechazado la presencia de Cristo en el pan y el vino de la Eucaristía. Tercero, el grupo fue acusado de rechazar el bautismo de infantes. En cuarto lugar, fueron acusados de rechazar la extremaunción, practicada a los enfermos o moribundos. Quinto, los prisioneros fueron acusados de despreciar a María y a los santos. Sexto, se negaron a hacer un juramento a las autoridades gubernamentales. Séptimo, fueron acusados de partir el pan y tomarlo junto con el vino en el mismo plato.

Michael por su parte, fue acusado además de romper sus votos monásticos al casarse con Margaretha. También fue acusado de enseñar a sus seguidores a abandonar sus armas y negarse a resistir a los turcos, en el caso que estos invadieran alguna vez su país. A esto Michael respondió que en el caso que la guerra tuviera justificación alguna, preferiría luchar contra los perseguidores, quienes se hacían llamar cristianos, esta opinión enfureció aún más al gobierno. Para aquellos que presenciaron el juicio, las palabras de Michael lo hicieron más que un hereje; lo hicieron un traidor al imperio.

Entonces Michael, hablando en defensa de los prisioneros, pidió que se repitieran los cargos para que pudiera estar seguro de abordar los puntos más delicados. El empleado se burló de él por su petición diciendo a los jueces: “Prudentes, honorables y sabios señores, éste se ha jactado del Espíritu Santo. Ahora, si su jactancia es verdadera, me parece que es innecesario concederle esto; porque si él tiene el Espíritu Santo, le dirá lo que se ha hecho aquí”.

Inquebrantable, Michael repitió: “siervos de Dios, espero que mi petición no sea rechazada; porque las cosas que han dicho aún me son desconocidas”. Esta vez, su petición fue concedida.

Después de hablar con sus compañeros, Michael abordó cada acusación en forma consecutiva. Primero, refutó la acusación de que habían desobedecido un mandato imperial que prohibía seguir la doctrina luterana. Aunque los católicos vieron a los anabautistas como una secta luterana, ellos no lo eran. Michael argumentó que ellos seguían solamente el evangelio y la palabra de Cristo. En cuanto a las otras acusaciones él las aceptó con facilidad. El cuerpo y la sangre de Cristo no podían estar presentes en la eucaristía porque Cristo estaba presente físicamente a la diestra del Padre, argumentó Michael. El bautismo, afirmó, debe ser precedido por la fe.

En cuanto al aceite usado para ungir a los enfermos, declaró que el papa no podría mejorar el aceite bendiciéndolo solamente. También negó la acusación de despreciar a María, solo dijo que no podía ser nuestra intercesora, porque Cristo es nuestro único mediador. Estuvo de acuerdo en que no habían jurado ante las autoridades gobernantes, porque Jesús ordenó a sus seguidores que no prestaran juramentos.

La séptima acusación, con respecto a tomar el pan y el vino de una misma fuente, él no consideró que valiera la pena refutarla.

Los dos cargos presentados personalmente contra él, Michael lo describió cómo su estudio de las Escrituras y su observación de los monjes y sacerdotes hipócritas quienes influyeron en su decisión de abandonar la orden monástica. Explicó: “cuando Dios me llamó a testificar de su Palabra, y leí a Pablo, también consideré el estado poco cristiano y peligroso en el que estaba; contemplando la pompa, el orgullo, la codicia y la gran promiscuidad de los monjes y sacerdotes, decidí entonces ir y tomar una esposa, según el mandato de Dios”.

Finalmente, llegó la última y, posiblemente la acusación más condenatoria para la mente de sus oyentes. “¿y si los turcos vinieran?”, él respondió, “no debemos resistirnos a ellos, ya que está escrito: no matarás”. Al abordar su reclamo, si las guerras tuvieran justificación y que él preferiría luchar contra los cristianos, y no en contra de los turcos, Michael dijo: “Tú, que eres cristiano y que te jactas de Cristo, persigues a los piadosos testigos de Cristo, con el espíritu de los turcos”.

Michael negó que él o sus compañeros se hubieran rebelado de manera alguna en contra del gobierno, o que hayan actuado de alguna manera contra Dios o su Palabra. Para probar verdaderamente sus afirmaciones teológicas, Michael sugirió que los jueces deberían traer expertos teólogos y así discutir sus argumentos, usando solo las Escrituras. “Si nos demuestran con las Sagradas Escrituras que estamos equivocados y en el error, con gusto nos detendremos y nos retractaremos, también sufriremos voluntariamente la sentencia y el castigo por lo que hemos sido acusados. Pero si no se demuestra ningún error, espero en Dios que ustedes se conviertan y reciban instrucción”.

Los jueces por su parte consideraron absurdo el último comentario de Michael y se echaron a reír. Hofmann, el fiscal, respondió: “Tú, monje infame y villano desesperado, ¿deberíamos discutir contigo?” “El verdugo discutirá contigo, te lo aseguro”.

Michael respondió a esto diciendo: “Hágase la voluntad de Dios”.

Frustrado por las palabras de Michael, Hofmann dijo: “Hubiera sido mejor si nunca hubieras nacido”.

Michael entonces contestó serenamente: "Dios sabe lo que es bueno". Ante esto, Hofmann se enfureció y gritó: "Villano desesperado y archi hereje, te digo que, si no hubiera ningún verdugo aquí, te colgaría yo mismo y pensaría que he hecho un servicio a Dios".

Después de esto, los jueces se fueron a discutir la sentencia. La decisión no fue tan simple como lo había supuesto Hofmann, ya que tomó una hora y media determinar dicha sentencia. Mientras estaban lejos, la sala del tribunal se tornó en un caos. Los observadores reprendieron y se burlaron de Michael. Uno de los guardias dijo: "¿Qué esperabas para ti y para los demás? ¿pensaste que los habías seducido?" Sacando su espada, dijo: "mira, discutirán contigo con esto". Michael permaneció en silencio. Otro hombre preguntó por qué no había "permanecido como señor en el convento", ya que la alta posición de Michael en el monasterio parecía mucho más preferible que su estado actual. Miguel respondió: "De acuerdo con la carne, yo era un señor; pero es mejor de esta manera".

Los jueces entonces volvieron a la sala. Los observadores hicieron silencio al escuchar la frase: "en el caso del Gobernador de Su Majestad Imperial versus Michael Sattler, se dicta el siguiente fallo: que Michael Sattler sea entregado al verdugo, quien lo llevará al lugar de ejecución y cortará su lengua luego lo arrojará sobre un carro, y le rasgará el cuerpo dos veces con pinzas ardientes; después de que haya sido llevado fuera de la puerta, será despedazado cinco veces de la misma manera. Luego quemará su cuerpo hasta convertirlo en polvo, como un hereje".

Cuando los prisioneros fueron devueltos a sus celdas, Michael habló con Jakob Halbmayer, alcalde de Rotemburgo, a quien consideraba responsable de la terrible conducta del juicio. Le dijo al alcalde: "Sabe que usted y sus compañeros jueces me han condenado en contra de la justicia y sin pruebas. Por lo tanto, cuídese y arrepiéntase. Si no lo hace, usted y los demás serán condenados al fuego eterno en el juicio de Dios".

El 21 de mayo de 1527, Michael fue llevado al mercado de la ciudad. De acuerdo con la sentencia, el verdugo cortó una gran parte de su lengua, pero quedó lo suficiente para que los observadores pudieran escucharlo orar por quienes lo torturaban. Usando pinzas ardiendo, arrancaron dos pedazos de carne de su cuerpo, luego lo ataron a una escalera y lo arrojaron a un carrito. En el viaje de una milla al lugar de su ejecución, las pinzas se usaron para desgarrar su cuerpo cinco veces más. Una vez mas, les dijo a los oficiales, a los jueces y a las personas que veían que se arrepintieran y se convirtieran. Cuando la escalera a la que estaba atado fue levantada y colocada en el fuego, oró: "Dios todopoderoso, eterno, tú eres el camino y la verdad; como nadie ha podido probar esto como error, con tu ayuda en este día testificaré de la verdad y la sellaré con mi sangre".

El fuego se arrastró lentamente hacia su cuerpo, quemando las cuerdas que ataban sus manos. Luego, utilizando una señal que había acordado de antemano con otros creyentes, Michael levantó las manos por encima de las llamas, los índices apuntando al cielo, lo que indica que el dolor era soportable y se mantuvo firme en su fe. A medida que se acercaba la muerte, repitió las palabras de su Señor, diciendo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Tres de los anabautistas que estaban en el juicio con Michael también fueron ejecutados. Otros se retractaron y fueron desterrados del país. La esposa del conde von Zollern intentó convencer a Margaretha, la esposa de Michael de retractarse de su fe, pero fue en vano. El día después de la muerte de Michael, Margaretha fue ejecutada, la ahogaron en el río Neckar, aunque dijo que hubiera preferido unirse a su esposo en las llamas.

Wolfgang Capito, era un viejo anfitrión y amigo de Michael en Estrasburgo, éste escribió al consejo en la ciudad de Horb para defender a los anabautistas que aún estaban en prisión. También escribió a los prisioneros una carta de consuelo. Aunque Capito aún desconfiaba de ciertas creencias anabautistas, escribió sobre Michael: "mostró un celo tan grande por

el honor de Dios y la iglesia de Cristo, a la cual se mantuvo puro, sin culpa y sin reproche para los que están afuera". Otro líder, Martin Bucer, consideró a Michael como un verdadero mártir, a pesar de las diferencias teológicas. Bucer escribió: "no dudamos de que Michael Sattler, quien fue quemado en Rotemburgo, fue un querido amigo de Dios. . . No tenemos dudas de que fue un mártir de Cristo".

10

Weynken Claes

Muerta en 1527, en los Países Bajos



LA VIUDA HOLANDESA WEYNKEN CLAES pudo haber sido una plebeya de nacimiento, pero su valentía, fe y convicción no fueron comunes. Weynken, una "sacramentista" quien se convirtió en la primera mujer mártir protestante en los Países Bajos, no era formalmente una anabautista (su muerte precedió a la llegada del movimiento a Holanda por unos pocos años), pero tenía muchas creencias que más tarde caracterizarían al anabautismo. Consideraba ciertas enseñanzas y prácticas católicas como idólatras y no cristianas.

Las creencias de Weynken fueron puestas a prueba cuando fue arrestada por un juez católico. Fue encarcelada en el castillo de Woerden, luego llevada a La Haya para ser procesada ante el Conde de Hooghstraten y el Consejo de Holanda. Una mujer interrogó a Weynken frente al concilio reunido diciendo: "Si no te apartas de tus errores, serás sometida a una muerte intolerable".

Weynken por su parte contestó a esta amenaza diciendo: "Si el poder para perseguirme les es concedido de arriba, entonces, estoy lista para sufrir". "¿No tienes miedo a la muerte, la cual nunca has probado?", preguntó la mujer.

Weynken entonces dijo: "Yo nunca probaré la muerte, porque Cristo dice: todo aquel que guarda mis palabras, nunca verá la muerte". "El hombre rico, de la parábola de Cristo, probó la muerte y lo probará por toda la eternidad". La mujer le preguntó: "¿Qué crees acerca del sacramento de la comunión?"

"Creo que tu sacramento está hecho de harina, y si crees que es Dios, yo digo que es tu demonio".

La mujer que la interrogaba continuó: "¿Qué crees con respecto a los santos?"

"No conozco a ningún otro mediador que no sea Cristo", respondió Weynken y cuando se le ofreció un confesor, ella dijo: "Tengo a Cristo, a él me confieso; sin embargo, si he ofendido a alguno, les pediría con gusto que me perdonaran".

Después de ser interrogada, Weynken fue llevada de regreso a la cárcel. Monjes, sacerdotes e incluso sus amigos más cercanos la visitaban, tratando de convencerla de arrepentirse de lo que había dicho ante el consejo. Uno de sus visitantes fue una mujer la cual dijo: "Querida madre, ¿no puedes pensar lo que quieres y solo guardarlo para ti misma? De esa forma no morirás". Pero Weynken respondió: "Querida hermana, se me ha ordenado hablar y debo hacerlo; no puedo quedarme callada respecto a estas cosas".

Weynken fue también visitada por dos frailes dominicos, uno para escuchar su confesión de pecados y el otro para instruirla en la fe. El segundo hombre le mostró un crucifijo de madera y le dijo: "Mira, aquí está tu Señor y tu Dios".

Weynken respondió: "Este no es mi Dios. La cruz mediante la cual he sido redimida es diferente. Este es un dios de madera; échalo al fuego y caliéntate con su llama. El otro monje le preguntó si le gustaría recibir la comunión en la mañana de su ejecución. Ella dijo: "¿Qué dios me darías? ¿Uno que es perecedero y se vende en la calle por un centavo?"

Ellos también le preguntaron: "¿Qué piensas acerca de los santos óleos?".

Ella respondió: "El aceite es bueno para la ensalada o para engrasar tus zapatos". Pasado esto, unos días más tarde, la llevaron nuevamente a la corte, en donde el decano de Naeldwijck, el inquisidor de la iglesia a cargo del caso, leyó el veredicto: "se ha encontrado que ella está en el error con respecto a la comunión, y que se había plantado de manera inamovible a sus puntos de vista". La acusaron de hereje y fue entregada al sector secular del gobierno. Sin embargo, el decano declaró expresamente que él no había concedido una sentencia de muerte. Después de esas declaraciones, salió de la habitación con sus dos asociados.

No mucho después, el canciller que ahora tenía jurisdicción sobre el caso, declaró que la acusada no podía salir libre sin un castigo, ya que sus creencias eran un delito. La decisión fue anunciada: "Deben quemarla hasta las cenizas y confiscar todas sus propiedades". Al oír esto, Weynken preguntó: "¿Está todo hecho? Si es así, les ruego a todos que, si he hecho daño u ofendido a alguien, me perdonen". Un monje le preguntó si temía a su sentencia. Ella respondió: "No, porque sé cómo estoy con mi Señor".

Ya parada en el andamio donde iba a ser ejecutada, Weynken volvió a pedir perdón por cualquier ofensa que pudiera haber causado a la gente. Ella sonrió y se acercó a su ejecución como si fuera una novia caminando por el pasillo. Un monje le preguntó: "No siempre te aferrarás a tu Dios con firmeza o ¿sí?" "¡claro que sí!" respondió ella.

El monje continuó: "Ahora tendrás que entrar en el fuego y renunciar".

Weynken respondió a esto diciendo: "Estoy contenta; la voluntad del Señor debe ser hecha".

Fue al lugar donde la quemarían y se paró con confianza ante la estaca. Mientras el verdugo preparaba las cuerdas que usaba para estrangularla antes de ser quemada, el monje preguntó: "Madre Weynken, ¿morirás con gusto como cristiana?".

Ella respondió: “Sí, lo haré”.

“¿Renuncias a todo tipo de herejía?” Volvió a preguntar el monje.

“Lo hago”, dijo ella.

Finalmente dijo: “Está bien. ¿También te arrepientes de estar en el error?”.

Con una respiración profunda y final, ella dijo: “De hecho, anteriormente estaba equivocada y por eso lo siento. Pero, sin embargo, esto no es un error, es el verdadero camino. Me aferro a Dios”. Se quitó la bufanda del cuello y ayudó a poner la correa estranguladora alrededor de su propia garganta. Con eso, el verdugo la estranguló. Ella cerró los ojos con calma y parecía como si se hubiera quedado dormida.

11

William Tyndale

Muerto en 1536, en Vilvoorde

(Bélgica en la actualidad)



William Tyndale, nació en una familia privilegiada en el oeste de Gloucestershire, cerca de la frontera galesa de Inglaterra. Poco se sabe de su infancia, comenzó sus estudios en la Universidad de Oxford en 1506 y se graduó en 1512, luego se convirtió en un subdiácono y decidió seguir estudios teológicos superiores.

En 1515, William recibió una Maestría en Artes de Oxford, después de esto pasó cuatro años en la Universidad de Cambridge. Las ideas luteranas inundaban los pasillos de Cambridge en ese momento y es probable que aquí fue donde William desarrolló su pasión por la reforma. Pero, mientras proseguía con sus estudios él lamentaba que las materias oficiales, de la universidad, no incluyeran el estudio sistemático de las Escrituras. Él dijo con respecto a sus maestros: "Estos han decidido que ningún hombre mirará las Escrituras hasta no haber sido primero amamantado con el aprendizaje pagano durante ocho o nueve años y así armar sus propios principios falsos, lo cuales evitaran el entendimiento de las Escrituras".

William entonces abandonó la academia para unirse a la casa de Sir John Walsh en Little Sodbury Manor, al norte de Bath. Entre los años 1521 y 1523, Tyndale se desempeñó como capellán de la casa de Walsh y como tutor de los hijos de la familia. De vez en cuando abades, diáconos y otros clérigos visitaban Little Sodbury para cenar en la casa del Sir. William se unía con entusiasmo a ellos en las conversaciones sobre los acontecimientos de entonces, en particular sobre el trabajo de Martin Lutero y Desiderius Erasmo en el continente europeo.

William aprovechaba estas conversaciones para probar el conocimiento de las Escrituras de estos líderes espirituales, conocimiento que le sorprendía y a la vez le perturbaba. A menudo no estaba de acuerdo con estos supuestos intelectuales de la iglesia. Cada vez que esto sucedía que discutían, él inmediatamente abría la Biblia para explicar su posición y refutar los errores de los clérigos. Rara vez estos clérigos podían mantenerse al mismo ritmo que William y mucho menos lidiar con él en sus exposiciones de la Biblia.

Durante una de estas conversaciones, un miembro del clero, frustrado al ver la confianza de William en las Escrituras dijo: “Es mejor estar sin las leyes de Dios que sin las leyes del papa”.

“Desafío al papa y a todas sus leyes” respondió William a esta declaración, “y si Dios perdona mi vida, ¡antes de que pasen muchos años, ayudaré al niño que maneja el arado a conocer más de las Escrituras, a conocer incluso más que tú!”.

Estimulado por su insatisfacción a causa de la falta de interés del clero por las Escrituras y su creciente desaprobación a sus enseñanzas, William abandonó la casa de Walsh en 1523. Antes de irse le dijo a John Walsh: “Señor, veo que no me será permitido quedarme mucho tiempo en este país y usted no podrá, aunque lo desee, mantenerme fuera de las manos del clero. No se qué cosas podría usted sufrir si me mantiene en su casa, solo Dios lo sabe, y yo lo lamentaría mucho”.

Para entonces, William ya tenía una nueva misión personal: traducir la Biblia, la cual en ese momento estaba casi exclusivamente en latín, al inglés común. Él creía que la Palabra de Dios debería estar disponible para todos los ingleses, sin importar su lugar en la escala social. John Wycliffe había hecho dicha traducción muchos años antes, pero su versión

fue copiada a mano y era inexacta; hizo una traducción de la Vulgata, en lugar del hebreo y del griego originales, y casi no estaba disponible para las personas. La iglesia había prohibido las traducciones no autorizadas de la Biblia desde 1408.

Por su parte William, buscando hacer las cosas abiertamente, se dirigió a Londres a fin de recibir la aprobación eclesiástica para su proyecto de traducción. Esperaba utilizar en su proyecto el Nuevo Testamento griego publicado por Erasmo, el primero de su tipo. Para esto, él tenía en mente a un hombre, este apoyaría su proyecto: el obispo Cuthbert Tunstall. Este era obispo de Londres, un clasicista reconocido, había trabajado con Erasmo en su Nuevo Testamento griego. William esperaba dejar de lado la amistad de Tunstall con Erasmo para convencerlo de que aprobara su proyecto de traducción.

Pero cuando se acercó a Tunstall, éste se negó, alegando que no tenía espacio en su casa para recibir a William. Sorprendido por la excusa, pero sin inmutarse, William predicó y estudió durante un tiempo en Londres, apoyado por un comerciante de telas llamado Humphrey Monmouth. No pasó mucho tiempo antes de William se diera cuenta de que “no solo no había lugar en el palacio de mi señor en Londres para traducir el Nuevo Testamento, sino que no había lugar para hacerlo en toda Inglaterra”.

En 1524, William partió para Alemania para nunca volver a Inglaterra. Fue muy influenciado por Martín Lutero, quien pudo hacer el trabajo de traducción bíblica en alemán para su país. William esperaba tener el mismo éxito en su proyecto de proveer de las Escrituras a las personas de habla inglesa y para el año siguiente, ya estaba trabajando en Hamburgo en su traducción del Nuevo Testamento.

Tyndale trabajó directamente desde el hebreo y el griego originales, comparando su trabajo con la Vulgata y la reciente traducción al alemán de Lutero. La traducción de William, por supuesto, fue explícitamente ilegal, iba contra el decreto de la iglesia. Apenas unos años antes, en 1519, seis hombres y una mujer habían muerto quemados en Inglaterra solo por enseñar a sus hijos la Oración del Señor y algunos otros textos bíblicos en inglés en lugar de hacerlo en latín.

La facilidad y precisión de William con los idiomas originales eran excelentes, considerando la dificultad que había para aprender el hebreo y el griego bíblicos en el momento de la Reforma. Muy pocos estudiosos podían dominar los idiomas y William había usado métodos de estudio inusuales para poder dominarlos. Con excepción de algunas conferencias públicas ocasionales, aprendió el griego de forma autodidacta. Su hebreo, como el de algunos otros cristianos eruditos de la Reforma, provenía de rabinos judíos a quienes estudió en Alemania. El estilo de su traducción era simple y hermoso, palabras adecuadas para la gente común. Su fraseo tuvo una tremenda influencia en las traducciones y la literatura inglesas desde entonces.

"En el comienzo estaba el mundo", se lee en su traducción al comienzo de Juan, *"y el mundo estaba con Dios: y el mundo era Dios. Lo mismo ocurrió en el comienzo con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él y sin él nada de lo que se hizo fue hecho. En ella estaba la luz y la luz era la de los hombres y brillaba en la oscuridad, pero la obscuridad no lo comprendió".*

En Colonia encontró una imprenta que pertenecía a Peter Quentell quien reproduciría su trabajo. Esta sería la primera traducción en inglés de las Escrituras, impresa en forma mecánica. Pero Colonia era un lugar peligroso para cualquiera con tendencias luteranas. Cuando uno de los asistentes de William, después de haber bebido demasiado, dejó escapar el contenido de su trabajo, Johann Dobneck, un firme oponente de la Reforma, atacó la imprenta de Quentell. Afortunadamente, William fue advertido y escapó con las páginas ya impresas.

Después de este suceso, William aprendió de su error y buscó su próxima imprenta en Worms, una ciudad en proceso de adopción del luteranismo. A medida que las copias de su traducción del Nuevo Testamento comenzaron a desaparecer de la imprenta, fueron introducidas de contrabando en Inglaterra y Escocia. Se imprimieron seis mil copias, pero solo dos sobrevivieron. Los otros cayeron en manos de los obispos que denunciaron el trabajo de William. Entre ellos se encontraba el

obispo Cuthbert Tunstall, a quien William había pedido su aprobación unos años atrás.

Aparentemente, había una razón más profunda, que la de una casa llena, por la que el obispo había rechazado a William. Tunstall advirtió a los vendedores de libros que no transportaran la traducción e incluso quemaron copias de ellas en la catedral de San Pablo. Más tarde un erudito notaría que este "espectáculo de poner las Escrituras en una antorcha. . . provocaba controversia incluso entre los fieles".

William Warham, arzobispo de Canterbury, siguió el ejemplo de Tunstall y anunció que estaba interesado en comprar cualquier copia de la traducción de William Tyndale que estuviera disponible. Un amigo del traductor, Agustín Packington, respondió a la llamada del arzobispo y dijo: "Mi señor, puedo hacer más acerca de este asunto que la mayoría de los comerciantes que están aquí, si lo desea. . . Me aseguraré que tenga todos los libros impresos y no vendidos". Warham respondió: "¡Haz tu mejor esfuerzo, gentil maestro Packington! Consíguelos para mí, y te pagaré lo que cuesten. Quiero quemar y destruir todo". Packington hizo exactamente lo que le dijeron, le vendió todas las copias al arzobispo. Luego, entregó puntualmente los ingresos a William, quien utilizó el dinero para mejorar su traducción e imprimir una segunda edición.

El trabajo de William Tyndale finalmente llegó a manos del rey Enrique VIII. El momento fue muy oportuno. El rey testarudo había separado recientemente a Inglaterra de la Iglesia Católica Romana y se había declarado a sí mismo como el jefe de la nueva iglesia; todo esto para poder divorciarse de Catalina de Aragón, que no le había proporcionado a Enrique un heredero varón. Después de esto inmediatamente se casó con Ana Bolena, una joven "hechizante" que lo había encantado.

Sin embargo, la mayoría en Inglaterra lamentó la separación de la Iglesia Católica Romana. Henry y sus asesores comenzaron a buscar formas de suavizar las cosas con el público y encontraron su respuesta cuando la nueva esposa del rey les mostró una copia de la edición de 1534 del Nuevo Testamento en inglés de William Tyndale y una copia de *La obediencia de un hombre cristiano*, un libro que enfatiza la obediencia a las autoridades gubernamentales que William había escrito para responder a los críticos que reclamaban la reforma fragmentaría la sociedad y conduciría a

una rebelión contra los gobernantes establecidos.

Después de leerlo, el rey dijo: “¡Este libro es para que yo y todos los reyes lo lean!” El siempre político Henry vio en William un potencial propagandista maestro por lo cual, le extendió una invitación a regresar a Inglaterra y escribiera para la corte.

No mucho tiempo después los hombres de Henry descubrieron que William era muy diferente de lo que el rey había imaginado. William no solamente no estaba dispuesto a dejar su trabajo de traducción (ahora estaba ocupado traduciendo el Antiguo Testamento), sino que previamente había argumentado en las Escrituras que el divorcio era contra la voluntad de Dios, específicamente el divorcio de Catalina y Henry. También había escrito que, para ganar poder, los papas corruptos recientes habían manipulado a los reyes ingenuos y tontos, incluido el rey Henry.

Cuando Henry fue informado de estas cosas, su admiración por William se convirtió en desdén. Los agentes del rey registraron Inglaterra y Europa con órdenes de secuestrar al traductor, pero William estaba bien escondido entre los comerciantes de Amberes. Finalmente, Henry abandonó su búsqueda, pero William se había convertido en un enemigo extremadamente peligroso, pronto otros tendrían el éxito que el rey no tuvo para encontrarlo. Henry Phillips, el hijo deshonrado de una familia adinerada, estaba desesperado por mejorar su situación económica. Después de apostar el dinero de su padre, Phillips había sido tildado de traidor y rebelde. Un dignatario inglés (probablemente el obispo John Stokesley, el sucesor de Cuthbert Tunstall y un infame oponente de la reforma) se acercó a Phillips ofreciéndole una recompensa económica si espiaba al traductor inglés. Sin dudar Phillips acepto el acuerdo.

En Amberes, William fue invitado por Thomas Poyntz a su casa, este era pariente de su anterior benefactora, Lady Walsh de Little Sodbury. Henry Phillips ganó gradualmente la confianza de los comerciantes ingleses de Amberes y eventualmente se hizo amigo de William. El traductor invitó a Phillips a la casa de Poyntz, compartió una comida con él, le mostró sus escritos y habló sobre la necesidad de una reforma en Inglaterra.

William confió en su nuevo amigo, pero Thomas Poyntz tenía dudas acerca de Henry. Compartió sus sospechas con William, pero el traductor

aseguró a su anfitrión que Phillips simpatizaba con los luteranos, esto le bastó a Thomas para dejar a un lado sus dudas.

Ansioso por compensar su desconfianza inicial, Thomas llevó a Phillips a una gira por Amberes. Phillips estaba lleno de preguntas sobre los callejones, los edificios y el liderazgo de la ciudad, Thomas respondió a todas sus preguntas. No fue sino más tarde que Thomas se dio cuenta de que Phillips lo había estado buscando para descubrir si, por el precio correcto, él podría volverse también en contra de William. Convencido de que no lo haría, Phillips se fue para tomar el asunto por sus propias manos.

Después de obtener un pequeño grupo de oficiales de la corte imperial del emperador romano Carlos V en Bruselas, Phillips regresó a Amberes. Poco después de su llegada, Thomas Poyntz salió de Amberes para Barrow, a dieciocho millas de distancia, por negocios. Phillips aprovechó la oportunidad para posicionar a los oficiales para una emboscada. Convenció a William de cancelar sus planes de almuerzo y comer con él en lugar de eso. Luego, reconociendo que estaba en una posición como para aprovechar más la confianza de William, Phillips le preguntó si le prestaría dos libras, alegando que había perdido su bolso. William con mucho gusto cedió el dinero a Phillips.

Ya camino hacia el almuerzo, ellos llegaron a un estrecho callejón. William se hizo a un lado para permitirle pasar a su amigo primero, pero Phillips insistió cortésmente en que entrara antes que él. Dos oficiales entraron en el callejón desde la dirección opuesta, y Phillips, un hombre mucho más alto que William, señaló con el dedo para indicar que este era el hombre al que debían arrestar. Los oficiales ataron las manos de William y lo llevaron al castillo de Vilvoorde, a seis millas al norte de Bruselas.

Henry Phillips no ganó nada por su traición. Pasó el resto de su vida huyendo de los agentes del rey Enrique. Viajó de París a Londres e Italia, robaba la ropa de sus amigos y pedía ayuda a su familia. Finalmente, fue capturado y se le dio la opción de perder sus ojos o su vida. Nada se sabe del miserable

destino de Phillips, algunos cuentan que fue "finalmente consumido por piojos".

William Tyndale, para entonces ya encarcelado en las mazmorras de Vilvoorde, se resignó a su suerte. Thomas Poyntz y otros amigos (incluido el propio canciller del rey Henry, Thomas Cromwell) hicieron todo lo posible por ayudar a William, pero sin éxito. Los esfuerzos de Poyntz dieron como resultado su propio destierro de los Países Bajos, la pérdida de sus intereses mercantiles y la separación de su esposa y familia durante años.

Aunque sufrió frío día y noche, William no dejó que su tiempo en prisión se desperdiciara. Sabiendo lo que probablemente le esperaba al final de su cautiverio, se dedicó a escribir un último tratado llamado *Justificación por la fe solamente*, éste fue un resumen del evangelio. Durante el invierno, solo tenía unas pocas horas de luz para trabajar. Durante las largas noches, solo podía sentarse y esperar en silencio a que el sol brillara una vez más en su celda. La única carta escrita por la mano de William, y que sobrevive hasta el día de hoy, fue la de una petición al gobernador de la prisión, él pidió algunos artículos esenciales para su estudio, ropa más abrigada, su Biblia hebrea, su gramática hebrea y su diccionario hebreo.

Finalmente, y después de haber estado dieciocho meses en prisión, comenzó el juicio de William. A pesar de la falta de alimento que sufría, fue llevado ante los jueces y ante una multitud de espectadores. El juez que presidía silenció a la asamblea diciendo: "Este hombre ha sido arrestado y acusado de grandes herejías; se ha buscado en su recámara y se han encontrado un gran número libros prohibidos; y él mismo ha compuesto muchos tratados que contienen opiniones heréticas las cuales han circulado ampliamente".

Sus cargos fueron leídos ante la asamblea: primero, sostiene que solo la fe justifica. En segundo lugar, sostiene que creer en el perdón de los pecados, y abrazar la misericordia ofrecida en el evangelio, es suficiente para la salvación.

Tercero, afirma que las tradiciones humanas no pueden atar la conciencia, a excepción de algunas situaciones en las cuales la negligencia de la conciencia pueda causar escándalo. Cuarto, niega el libre albedrío. Quinto, niega que haya purgatorio alguno. Sexto, afirma que ni la Virgen ni a los santos rezan por nosotros. Séptimo, afirma que no debemos invocar ni la Virgen ni a los santos.

Siguieron muchos cargos similares, aunque en realidad su ofensa principal había sido traducir la Biblia. Finalmente, en agosto de 1536, fue encontrado hereje y condenado a muerte. Ante una gran multitud de clérigos, William fue obligado a dejar los hábitos. Lo llevaron vestido con sus vestiduras sacerdotales y le obligaron a arrodillarse ante sus acusadores. Sus manos fueron raspadas con un cuchillo o un pedazo de vidrio como símbolo de la eliminación de su unción con aceite. El pan y el vino de la misa fueron colocaron en sus manos y retiradas de forma inmediata. Finalmente, le quitaron sus vestimentas una a una y las reemplazaron por ropas de laico.

Dos meses después, en octubre de 1536, llegó la fecha de su ejecución. William Tyndale fue trasladado a las afueras de la ciudad, al lugar de su ejecución: una gran columna de madera rodeada por un círculo de estacas le esperaban. Se le ordenó retractarse una última vez. Según John Foxe, quien relató la historia de William en su *Libro de los Mártires* en 1563, William no dijo nada durante un corto tiempo, pero luego pronunció sus últimas palabras diciendo: “Señor, abre los ojos del rey de Inglaterra”.

Con eso, el verdugo ató a William a la estaca y le colocó una cadena de hierro en el cuello. Por encima de eso, apretó a su garganta una soga de cáñamo para estrangularlo antes de quemarlo.

Después de que la maleza y los troncos se habían apilado alrededor de William, el verdugo tiró de la soga. En poco tiempo, William ya no respiraba. La pira quedó envuelta en llamas y el cuerpo de William ardió junto con la madera.

Tres años después, la oración de William de que se abrieran los ojos del rey de Inglaterra, fue contestada. En 1539, alentado por su canciller Thomas Cromwell, Enrique VIII requirió que cada iglesia en Inglaterra proporcionará a sus feligreses una copia de la Biblia en inglés compilada por Miles Coverdale, traducida en gran parte por William Tyndale. Un análisis reciente de la versión de la Biblia King James de 1611 estima que la traducción de William representa el 76 por ciento de su Antiguo Testamento y el 83 por ciento de su Nuevo Testamento. Como William había soñado una vez que sucedería, la Biblia en inglés estaba finalmente en manos del arador.

12

Jakob y Katharina Hutter

Jakob muerto en 1536, en Innsbruck, Austria; y Katharina en 1538, en Schöneck

(Italia en la actualidad)



No se sabe cuándo Jakob Hutter, un fabricante de sombreros de los escarpados valles alpinos de Tirol, se encontró por primera vez con las enseñanzas no violentas de los anabautistas “peligrosos”. Puede que él haya participado en la revuelta de los campesinos de 1525. Los anabautistas enseñaban que la Iglesia Católica Romana se había apartado de las enseñanzas originales de Cristo; su rechazo al bautismo infantil y la promoción del bautismo de adultos, como un signo de discipulado voluntario, convirtió rápidamente a los anabautistas en blanco de una persecución feroz, no solo por parte de la Iglesia Católica sino también de los grupos protestantes.

Abrazando las enseñanzas anabautistas con convicción, Jakob Hutter se convirtió en un celoso converso. Después de que Georg Blaurock, el último de los fundadores del movimiento, fue quemado en la hoguera en septiembre de 1529, Jakob encabezó la misión en Tirol, enseñando a

bautizar y ayudar a los nuevos creyentes a formar congregaciones anabautistas. En 1531 bautizó a Katharina Purst, una joven sirvienta, que luego se convertiría en su esposa.

Con la entrada de Jakob al ministerio, los grupos anabautistas en Tirol encontraron en él a un líder quien les impulsó a enfrentar la creciente persecución. Su liderazgo y su énfasis en la naturaleza comunitaria de la iglesia comenzaron a unir al creciente movimiento. Los conversos juntaban su dinero y sus posesiones en una caja común, siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos. Aunque sus acusadores luego afirmarían que Jakob bautizaba por dinero, la bolsa mantenía a los grupos de creyentes anabautistas juntos y estos proveían para los más necesitados.

Los poderes dominantes ahora se sentían amenazados, no solo por las nuevas enseñanzas religiosas, sino por este modelo económico radical de compartir. Viajando y enseñando en toda la región de Tirol, Jakob atrajo rápidamente la atención de esos poderes. Fernando I, rey de Bohemia, Hungría y Croacia, estaba abiertamente en contra de este movimiento de "herejes", cuyas creencias desafiaban el matrimonio acogedor de la Iglesia Católica y del estado. Como católico piadoso, Fernando se consideraba un defensor de la fe contra el creciente número de protestantes en su tierra, en particular los anabautistas, a quienes tanto odiaban.

Para ese entonces la persecución a gran escala ya era inevitable y cuando llegó, fue brutal. En un informe a Fernando, se dijo de los anabautistas "que una parte de ellos, más de setecientos, habían sido ejecutados, otra parte expulsados, y que otros, quienes abandonaron sus propiedades y también a sus hijos habían huido hacia la miseria".

Moravia (en la República Checa de hoy), tenía una tradición de tolerancia religiosa, y los anabautistas de toda Europa venían allí. La iglesia en Tirol envió a Jakob, junto con un compañero, a averiguar cuál era la situación en ese lugar. Él quedó encantado al encontrar a creyentes viviendo todos juntos en una comunidad completa en la ciudad de Austerlitz. *The Chronicle* (Las Crónicas), una historia temprana del movimiento, informa: "Ellos encontraron que ambos grupos eran de un solo corazón y alma para servir y temer

a Dios. Entonces, Jakob y sus compañeros, en nombre de toda la iglesia, se unieron en paz con la iglesia de Austerlitz”. Luego regresaron a la obra en Tirol.

Para 1533, la intensa persecución había hecho casi imposible a los anabautistas permanecer en Tirol. Las comunidades eran espiadas, traicionadas, perseguidas y secuestradas por la policía. Jakob Hutter era el objetivo principal, debido a su celosa actividad misionera, pero él lograba evadir a las autoridades. El clero trabajó mano a mano con los funcionarios del gobierno, como se dice “Los sacerdotes también se hacían oír desde sus púlpitos de modo que la gente los vigilara, los tomara y los destruyera con fuego y espada”.

Las autoridades tornaron a las personas unas contra otras, prometiendo a los informantes recompensas monetarias; el espionaje se volvió desenfrenado. Más y más anabautistas huían a Moravia. Algunos lo hicieron sin mayores incidentes, pero muchos fueron arrestados en el camino, torturados y a veces ejecutados. Jakob escuchó informes de algunos creyentes cuyas mejillas habían sido quemadas antes de ser liberados.

Un inmigrante, Peter Voit, fue capturado y encarcelado en Eggenburg. Sus carceleros sujetaron sus piernas con tanta fuerza al cepo que terminó formándose una gangrena, Voit observaba con horror cómo los ratones le quitaban los dedos de los pies. Cuando finalmente fue liberado, ambas piernas tuvieron que ser amputadas. A pesar de estas aflicciones, Voit sobrevivió a la persecución y vivió hasta la vejez.

Jakob Hutter por su parte regresó a Moravia en agosto de 1533. Allí encontró oposición tanto dentro como fuera del movimiento, ya que algunos de los líderes se resistieron a su autoridad espiritual. Calumniaron a los seguidores de Jakob, incluso negándose a comer con ellos o saludarlos en la calle. Pero Jakob fue capaz de exponer las mentiras y eventualmente liderar al grupo de la división para al final convertirla en una iglesia unificada. Mientras tanto, la ciudad de Münster fue tomada por una rama fanática del anabautismo liderado por un sastre holandés llamado Jan van Leyden. Al igual que Jakob Hutter, usó las Escrituras para argumentar que solo los creyentes adultos deben ser bautizados y establecer una comunidad de bienes. Pero mientras otros anabautistas se negaban a usar

la violencia física, incluso en defensa propia, los seguidores de Jan van Leyden no tenían problemas en usarla. Expulsaron a aquellos ciudadanos de Münster quienes no querían ser rebautizados y tomaron el control del gobierno de la ciudad. Sin embargo, Münster fue pronto recuperado, y Van Leyden fue capturado junto con dos de sus compañeros. Los tres fueron torturados con pinzas calientes y luego ejecutados, sus cuerpos fueron colgados en canastas de hierro en la torre más alta de Münster.

El rey Fernando utilizó esta revolución como pretexto para expulsar a los anabautistas de Moravia. Aunque negaron cualquier conexión con los habitantes de Münster y condenaron sus acciones y prácticas, las autoridades locales no hicieron distinción entre los dos grupos y muchos fueron encarcelados y torturados a causa de esto. En 1535, Moravia aceptó la solicitud de Fernando y todos los anabautistas fueron expulsados del país.

Mientras tanto, el grupo de Jakob había decidido dejar de trabajar como jornaleros en cualquier oficio que beneficiara a la Iglesia Católica, considerando estas acciones como financiación de la idolatría. Cuando se negaron a trabajar los viñedos de una abadesa quien los había dejado asentarse en sus tierras en Auspitz, ésta se sintió indignada y los desalojó a la fuerza. Debido al decreto de Fernando, no pudieron encontrar un lugar para establecerse y se vieron obligados a llevar un estilo de vida nómada, vagando por los campos y las colinas.

En uno de los campamentos, alguien dio aviso a las autoridades acerca de ellos, acusándolos de portar armas. Pero, por el contrario, cuando los hombres del gobernador llegaron al campamento no encontraron armas, sino muchos niños y personas enfermas. Jakob explicó su situación, rogándoles que dejaran en paz a sus seguidores. La delegación le dijo que tenía que presentar su caso por escrito, al gobernador. Al recibir el gobernador la carta redactada por Jakob, con palabras muy fuertes, ordenó a sus sirvientes que regresaran de inmediato y lo arrestaran.

Aunque Jakob escapó una vez más, dos personas del grupo fueron arrestadas, atormentadas, quemadas y cuestionadas bajo tortura acerca del dinero y las provisiones, que se creía, su grupo estaba escondiendo. Uno de ellos se retractó bajo las torturas. El otro fue quemado vivo.

Después de lo sucedido, la comunidad decidió que ya no era seguro que Jakob permaneciera con ellos. Votaron y por unanimidad decidieron que debía regresar a Tirol para reunir a los anabautistas restantes. Antes de irse, Jakob dejó a cargo del grupo a un hombre llamado Hans Amon, entonces Jakob y su esposa Katharina, comenzaron el peligroso viaje de regreso a Tirol.

Desde allí, Jakob escribió varias cartas a la iglesia en Moravia, animándolas y contándoles de su trabajo en Tirol, donde enseñaba y bautizaba a pesar de la intensa persecución. En su última carta él escribió: “En nuestro corazón hay pena y un gran dolor por ustedes, pero también nosotros estamos sufriendo una severa persecución. El horrible y furioso dragón ha abierto su boca para devorar a la mujer vestida con el sol, que es la iglesia y la novia de Jesucristo”.

Finalmente, el 29 de noviembre de 1535, Jakob y Katharina fueron capturados y separados para no volver a verse nunca más en vida. Jakob fue amordazado y llevado a la ciudad de Innsbruck, donde residía el rey Fernando.

Aunque trajeron a un teólogo para tratar de convertir a Jakob y demostrar con las Escrituras que estaba equivocado, los intentos fueron infructuosos. Jakob se adhirió firmemente a sus creencias anabautistas. Además, el rey Fernando ya había declarado que: “Incluso si Hutter renunciara a su error, no lo perdonaremos, porque ha engañado a demasiadas personas; pero dejaremos que la pena que tan merecida tiene siga su curso”. El destino de Jakob fue entonces sellado.

Lo pusieron en agua helada, luego lo llevaron a una sala de sofocamiento y lo golpearon con varas. Sus captores cortaron su cuerpo, vertieron brandy en sus cortes y luego prendieron fuego al cuerpo con alcohol. Para detener sus incesantes proclamaciones contra ellos, lo amordazaron. Tal vez como una burla de su oficio original como sombrerero y para humillarlo le pusieron un sombrero extravagante en la cabeza.

La corte temía que lo vieran como un héroe en el caso que fuera ejecutado públicamente, por lo que recomendaron matarlo con una espada al amanecer, cuando la ciudad todavía permanecía tranquila. Pero el rey Fernando exigió una ejecución pública para que sirviera de ejemplo para otros. Finalmente, el 25 de febrero de 1536 quemaron a Jakob Hutter en la hoguera de Innsbruck. "¡Acérquense, ustedes los que me contradicen!", gritó Jakob. "Probemos nuestra fe en el fuego". "Este fuego no dañará mi alma, al igual que el horno de fuego no dañó a Sadrac, Mesac y Abednego".

Según un informe oficial, Katharina persistió "en su insensata y obstinada opinión". Ella fue trasladada en cautiverio a la ciudad de Gufidaun, y al igual que con Jakob, un hombre fue asignado para convertirla. Sin embargo, la seguridad de las celdas era relajada, probablemente porque estaba embarazada por lo que ella pudo escapar antes de que el hombre llegara. Katharina continuó el trabajo de su marido martirizado durante dos años más, hasta que finalmente fue arrestada nuevamente. Esta vez fue ejecutada de inmediato a través de un "tercer bautismo", así habían apodado en forma burlona a los ahogamientos a través de los cuales fueron muertos muchos de los anabautistas.

Después de su muerte, Jakob Hutter fue llorado y venerado por sus seguidores quienes conservaron sus enseñanzas y recordaron su vida en una canción. Hans Amon, el hombre que Jakob había dejado a cargo de la congregación de Moravia, dijo que Jakob "dio un gran sermón a través de su muerte, porque Dios estaba con él". Aunque muchos de sus detractores siguieron acusándolo, incluso después de su muerte, uno de sus antiguos oponentes declaró: "Nadie asistió tan fielmente a las personas en asuntos seculares o espirituales como lo hizo Hutter. Nunca fue encontrado infiel. A través de él, el Señor reunió y preservó a su pueblo". Aunque Jakob Hutter los guio solo durante tres cortos años, las comunidades huteritas que todavía llevan su nombre hoy mantienen vivo el testimonio de este audaz fabricante de sombreros de Tirol.

13

Anna Janz

Muerta en 1539, en Róterdam, Países Bajos



Una niña llamada Anna nació en Briel, una ciudad del sur de Holanda, en el seno de una familia adinerada. Poco se sabe de su vida hasta que se casó con un hombre llamado Arent Janz. La pareja se bautizó en 1534, por un munsterita llamado Maynart von Emden, cuando Anna tenía veinticuatro años. La historia de Anna destaca la complejidad del anabautismo en ese momento.

Von Emden proclamaba la llegada de la Nueva Jerusalén a la ciudad de Münster, un estribillo común en aquel momento entre los que fueron influenciados por las enseñanzas apocalípticas del predicador luterano Melchor Hoffman. Algunos líderes inquietos y hambrientos de revolución, tomaron las enseñanzas de Hoffman como directivas para preparar el camino para el regreso de Cristo. Pero a pesar de haber usado las Escrituras para apoyar su posición, su camino era cualquier cosa menos la de un reino pacífico. El grupo se hizo cargo del gobierno de Münster,

abolió la propiedad privada, redistribuyó la riqueza de los ciudadanos de esa localidad a los pobres e hizo del bautismo de adultos un requisito para todos los residentes.

Maynart von Emden estaba difundiendo las noticias y las enseñanzas de este grupo cuando bautizó a Anna y a su esposo. En ese momento y alentados por la exitosa toma de control de Münster, un grupo similar de revolucionarios comenzó a marchar por las calles de Ámsterdam proclamando “el día del Señor”. Esperaban seguir el ejemplo de Münster, levantando una milicia de ciudadanos armados, suficiente para derrocar al gobierno de la ciudad. Las autoridades respondieron arrestando a los anabautistas de toda Holanda, estuvieran o no radicalizados por las enseñanzas extremistas del grupo.

Cuando la caza de los anabautistas llegó a Briel, el marido de Anna huyó a Inglaterra dejándola a ella atrás. Anna había conocido a un líder anabautista llamado David Joris, un rival de Menno Simons. Joris se opuso al énfasis en una iglesia centrada en la Biblia que enseñaba Simons; él por el contrario enseñaba que las revelaciones místicas tenían mayor autoridad que las Escrituras.

Pero, al igual que Menno Simons, Joris defendía la no resistencia y la no violencia, violencia utilizada por los habitantes de Münster, y estas enseñanzas capturó el corazón de Anna.

Bajo el liderazgo de Joris, Anna se dio cuenta de que podía prepararse para la llegada de la Nueva Jerusalén sin recurrir a la loca violencia de los habitantes de Münster.

Anteriormente, Anna había escrito una canción llamada *Canción de la trompeta,* la cual se convirtió en una de las favoritas de los activistas anabautistas. En la canción, ella proclamaba la venganza y la justicia de Dios, anticipando el día en que los verdaderos creyentes “se lavarían los pies con la sangre de los impíos”. Ahora Anna apoyaba a Joris en su liderazgo no violento, y los dos se hicieron amigos y confidentes. Ella lo llamaba un “líder valiente de Israel” y lo instaba a “preparar para el Señor un pueblo aceptable, de esta manera él podría acceder rápidamente al templo”. Su estrecha relación con Joris preocupó a su esposo, Arent, quien temía que ella hubiera cometido adulterio o que lo haría pronto. Arent entonces regresó de Inglaterra para enfrentarla y llevarla de vuelta a

Inglaterra con él. Sin embargo, su estancia en Inglaterra iba a ser corta. Dos años después de su llegada, Thomas Cromwell inició una nueva ola de persecución contra los anabautistas en Inglaterra, lo que obligó a Anna a regresar a los Países Bajos. La acompañaron su hijo de quince meses Isaías y una compañera de edad avanzada llamada Christina Barents. El registro histórico no revela lo que le sucedió a Arent, pero probablemente fue víctima de la persecución que llevó a Anna y a su hijo a regresar a su tierra natal.

Poco después de haber regresado a Holanda, Anna y Christina fueron arrestadas. Mientras viajaban, alguien en el camino escuchó a las dos mujeres cantando una canción anabautista y las reportó a las autoridades. Ya en la cárcel, Anna escribió una carta a su hijo, recordándole la solidaridad de Dios para con los pobres y los débiles y le pidió que siguiera el camino del sufrimiento fiel, alentado por Jesucristo, alentó a su hijo a vivir de manera sencilla y generosa.

Anna fue condenada a muerte por sus creencias en Róterdam y cuando llegó el momento de su ejecución, los pensamientos de Anna estaban en su hijo. Ella gritó a la multitud reunida para verla morir y ofreció una fortuna significativa a cualquiera que estuviera dispuesto a criar a su hijo. Un panadero aceptó su oferta, tomó al hijo de Anna y la carta que ella había escrito para él en la cárcel.

"He aquí", le escribió a Isaías, "voy por el camino de los profetas, los apóstoles y de los mártires, bebo de la copa que todos ellos han bebido". Sigo el mismo camino que Cristo Jesús caminó; Él quien es la vida, la Palabra eterna del Padre, lleno de gracia y de verdad y el pastor de las ovejas. Como verás hijo mío, este camino no tiene retorno, no hay rotondas o caminos sinuosos y el que se sale hacia la derecha o hacia la izquierda hereda la muerte. . . Hay algunos que perciben que este es el camino a la vida, pero les parece demasiado severo para seguirlo; les duele en la carne. . . Que el Señor te haga crecer en su temor y llene tu entendimiento con su espíritu. Santifícate para el Señor hijo mío.

Anna y su compañera Christina fueron ahogadas a las nueve de la mañana del 24 de enero de 1539.

La carta que escribió a su hijo fue conservada por sus compañeros creyentes, dando una fuerte expresión a su fe frente a la persecución y su profundo compromiso con el caminar con Dios en paz y a la luz de la Biblia. El panadero que acogió a su hijo aumentó su prosperidad, e Isaías finalmente se convirtió en alcalde de Róterdam, la ciudad donde su madre había sido ejecutada.

14

Dirk Willems

Muerto en 1569 en Asperen, Países Bajos



Cuando Dirk Willems huía atravesando el congelado río Linge, oyó que el hielo se rompía detrás de él. Dio vuelta y vio que el policía que lo estaba persiguiendo había caído al agua. Así que, sin dudar, regresó para rescatar al hombre de las aguas heladas. Para él, hacer eso fue tan natural como comer o beber.

Una vez que llegaron a la orilla, el hombre que fue rescatado instó a Dirk para que huyera. Pero el superior del oficial llegó a la escena y le gritó: "¡Recuerda tu juramento!" Así que el policía, a quien Dirk había salvado, lo capturó aún sabiendo que no había muchas posibilidades de que Dirk pudiera escapar de la muerte.

Durante la sentencia de Dirk, uno de los siete jueces leyó los cargos en su contra. Era un caso clásico de herejía anabautista. Él había sido rebautizado cuando era un adolescente, había organizado reuniones secretas en su casa donde se enseñaban doctrinas prohibidas. Lo peor de todo, había permitido que varias personas se rebautizaran en su casa. Esto

es “contrario a nuestra santa fe cristiana”, afirmaron los jueces y debe ser severamente castigado.

El decreto decía que debía ser “ejecutado con fuego hasta la muerte”. Los que vieron morir a Dirk recordaron lo terrible que fue la experiencia y, sin embargo, él se mantuvo firme. Fue quemado en la hoguera a las afueras de Asperen. Ese día, un fuerte viento soplaba del este, esto alejaba las llamas de la parte superior del cuerpo de Dirk, haciendo su muerte aún más dolorosa. Pero a pesar de todo, llamó a Dios repetidas veces, tan fuerte que las personas que se encontraban en la cercana ciudad de Leerdam podían escuchar su voz.

El remordimiento llenó a uno de los jueces mientras veía morir a Dirk. Algunos testigos presenciales informaron que este juez no podía soportar el sufrimiento de Dirk en sus últimos momentos y ordenó al verdugo que hiciera algo para acelerar su muerte.

Hoy en día, la imagen de Dirk Willems salvando a su perseguidor, grabada en el libro *Espejo de los Mártires*, se ha convertido en un símbolo del anabautismo y su compromiso de amar al enemigo y devolver el bien por el mal. Dirk es recordado en todo el mundo, no solo por su valentía, sino también por su simple obediencia a los mandamientos de Jesús de “hacer a los demás lo que quieres que ellos te hagan a ti” y de “bendecir a los que te persiguen”.

PARTE III

TESTIGOS DE LOS PRIMEROS AÑOS DE LA MODERNIDAD

15

Veronika Löhans

Perseguida en 1738 en Santo Tomás

(Islas Vírgenes)



Veronika Löhans tenía dificultades para entender al hombre que hablaba a la multitud en el idioma Afrocaribeño. Desde lejos, y debajo de un techo de palmas sin paredes, ella miraba la luz de una linterna reflejada en el rostro del hombre. Este hombre hablaba con vehemencia, con frases más bien cortas. Ese era un hombre alto y fuerte quien movía sus brazos con agilidad.

Veronika sonrío en la oscuridad y a pesar de que no entendía las palabras que aquel hombre estaba diciendo ella no le tenía miedo, como lo hubiera hecho en su niñez. Ella, por el contrario, lo amaba, él era un hermano de la comunidad de la iglesia y el verlo hablar a las multitudes la hacía feliz.

En el lugar había un enjambre de mosquitos y al igual que las otras mujeres en la reunión Veronika trataba de espantarlos con las manos y moviendo sus piernas al mismo tiempo que se maravillaba de cómo los hombres, en su mayoría sin camisa, podían ignorar a esos mosquitos. Pero, al mirar a su alrededor se dio cuenta que ningún insecto podría desviar la atención enérgica de aquella multitud.

Los rostros seguían emergiendo de la oscuridad bajo los cocoteros que colgaban bajos. Cada vez más caras se dejaban ver, quizás más de quinientas, rodeaban la luz y seguían acercándose para escuchar lo que se estaba diciendo. A pesar de la humedad y los insectos, y de la multitud cada vez más apretada, Veronika se sintió profundamente agradecida por haber venido a Santo Tomás en las Indias Occidentales. El Salvador estaba presente en ese lugar, y con los que le buscaban a su alrededor, ella encontró gozo al reunirse con ellos para adorarlo.

Veronika era joven, llevaba casada solo unos meses, pero el camino detrás de ella ya era largo. Era una campesina de los bosques de Moravia quien había pasado un año en prisión por haber asistido a reuniones secretas de creyentes. Tras su liberación, había huido a través de las montañas de Silesia a Alemania. Allí se había unido a la congregación de creyentes de Herrnhut en la Alta Lusacia, en las tierras del conde Nikolaus Ludwig von Zinzendorf, quien se había convertido en uno de ellos y en líder entre ellos.

Inmediatamente después de su matrimonio con Valentin Löhans en 1738, la comunidad de Herrnhut acordó enviarlos como misioneros al Nuevo Mundo. Viajaron por tierra hasta Rotterdam, y de allí zarparon hacia la isla de Santo Tomás.

Ahora Veronika estaba sentada entre los creyentes en el *Posaunenberg*, donde en un terreno de veintisiete acres los hermanos habían construido casas entre jazmines en flor y limoneros. Entre la multitud reunida allí para adorar, vio pocas caras blancas hasta que una repentina conmoción hizo que todas las cabezas se dieran la vuelta.

Unos hombres rudos con espadas y látigos atacaron a la multitud. Los rugidos y los gritos ahogaban los gritos de los niños aterrorizados. “¡Mátalos! ¡Dispárales! ¡Castígalos! ¡Apuñálalos!” En forma repentina, Veronika distinguió las toscas voces de los hombres blancos del patois musical de las Indias Occidentales, y le infundieron terror en el alma.

Los bancos se volcaron cuando las madres desesperadas a su alrededor arrebataron a sus hijos para huir. Esos eran unos hombres de botas pesadas

olor a licor de caña, parados en el círculo de luz debajo de la linterna y con sables en las manos. Atraparon al que había estado hablando - un hermano bautizado como "Abraham" - y comenzaron a golpearlo salvajemente. Un hombre blanco golpeó a una mujer en la cabeza mientras ésta intentaba proteger a su bebé, ella apretó a su hijo con más fuerza mientras otro hombre agitaba un látigo a su alrededor. Elisabeth Weber, una hermana europea, fue apuñalada en el pecho y un sable se hundió profundamente en el hombro de Veronika.

En cuestión de minutos, la multitud se había desvanecido en la oscuridad circundante, los intrusos se habían alejado galopando en sus caballos y solo los gravemente heridos yacían gimiendo entre las manchas de sangre en la tierra compacta. Cuando la costa estuvo despejada, la caña de azúcar crujió y algunos de los hermanos regresaron.

En la misma escena de la violencia, los hermanos se arrodillaron para orar por sus perseguidores protestantes blancos. Algunos oraban en el dialecto de las Indias Occidentales y otros en los idiomas de Europa Central. Abraham, el joven fuerte que no tomó represalias cuando los borrachos lo golpearon, oró con lágrimas por el "despertar" de aquellas personas.

Tres semanas después del ataque, la comunidad eclesiástica de Santo Tomás (compuesta casi en su totalidad por esclavos negros propiedad de dueños "cristianos" blancos) envió dieciséis misioneros. Llegaron a todas las plantaciones de la isla y el número de creyentes aumentó tan rápidamente que los terratenientes amenazaron con irse a menos que el gobernador acabara con el movimiento de inmediato.

¿Qué llevó a una gran empresa de africanos y europeos a una unidad nunca antes vista en el Caribe? ¿Qué inspiró a las jóvenes campesinas de Moravia a cruzar el océano y vivir una vida valiente en tierras tropicales extrañas donde todos predijeron que morirían?

Comenzó cuando Zinzendorf y David Nitschmann viajaron desde Herrnhut a Copenhague. Allí, en la casa de un danés noble conocieron a Anton Ulrich, un esclavo negro de la isla antillana de Santo Tomás. Los hermanos escucharon embelesados mientras Anton contaba sobre el transporte de esclavos al Nuevo Mundo, su miseria

en las plantaciones en ese lugar y cómo solía sentarse en la orilla de Santo Tomás anhelando conocer a Dios.

Después de bautizar a Anton en Copenhague, Zinzendorf lo llevó de regreso a Herrnhut, donde habló a toda la congregación en el idioma danés, no muy bien dominado, con gestos e historias que golpearon a los creyentes en el corazón, el 21 de julio de 1731. Anton les describió la esclavitud: “hablar con mi gente sería difícil”, les dijo. “Para alcanzarlos, lo más probable es que ustedes mismos tengan que convertirse en esclavos”.

Esa noche después de la reunión, Johann Leonhard Dober, un joven alfarero que había llegado a Herrnhut desde Silesia, daba vueltas en la cama. La idea de innumerables personas viviendo y muriendo en servidumbre, sin esperanza y sin conocer a Dios, lo mantuvo despierto hasta la mañana. Al día siguiente, escribió a la congregación que se ofrecía a ir a las Indias Occidentales:

Puedo decirles que mi intención nunca ha sido solo viajar al extranjero por un tiempo. Lo que deseo es dedicarme más firmemente a nuestro Salvador. Desde que el conde regresó de Dinamarca y habló de la condición de los esclavos, no he podido olvidarlos. Así que decidí que, si otro hermano desea acompañarme, me entregaría a la esclavitud para contarles todo lo que había aprendido acerca de nuestro Salvador. Estoy dispuesto a hacer esto porque creo firmemente que la Palabra de la Cruz es capaz de rescatar almas incluso en condiciones degradadas. También pensé que, aunque no fuera útil para nadie, en particular, podría probar mi obediencia a nuestro Salvador a través de esto; pero mi principal razón para ir sería porque todavía hay almas en las islas que no pueden creer porque no han escuchado la Palabra.

Al líder del coro de jóvenes no le gustó la idea de que Leonhard dejara Herrnhut. Era un joven valioso, tanto por sus habilidades laborales como por su ejemplo piadoso entre los demás. Pero después de un año de espera, la congregación permitió a Leonhard echar suerte sobre su futuro. El papelito que sacó decía: “Deja ir

al niño, el Señor está con él”. David Nitschmann fue elegido para acompañarlo.

Con temor y entusiasmo, los dos hombres vieron por primera vez la costa bordeada de palmeras de Santo Tomás el 13 de diciembre de 1732. Recientemente comprada en Francia, junto con las islas de Santa Cruz y San Juan, esta isla era la más próspera de las Indias Occidentales ya que suministraba azúcar y tabaco a toda Dinamarca. Las familias reformadas holandesas, propietarias de sus ciento cincuenta plantaciones, vivían en espaciosas mansiones rodeadas por chozas de barro con techo de paja de caña de los esclavos negros a quienes creían firmemente “predestinados a la perdición”. Todos los meses llegaban al puerto de Santo Tomás barcos nuevos cargados de personas cautivas de África. Aquellos que enfermaban de muerte en el camino, eran arrojados por la borda por sus distribuidores para así ahorrar agua. Los que sobrevivían eran llevados, piel y huesos, con los ojos vidriosos de terror, a los muelles de Santo Tomás para ponerlos a merced de los terratenientes “cristianos” quienes rápidamente los obligaban a trabajar.

Bajo la atenta mirada de Jan Borm, pastor reformado de la isla, el estricto régimen calvinista mantuvo a todos en sus lugares: esclavos sujetos a amos y amos sujetos a Dios y la iglesia como ellos la entendían. Los negros disfrutaban de pocas libertades y ningún lujo. Privados de muebles, ropa de cama, ropa decente y utensilios, los esclavos se veían obligados a dormir en el suelo y comer con las manos. La viruela, el trismo y la lepra mataron a muchos.

Superados en número de seis a uno por sus esclavos negros, los dueños blancos de los esclavos vivían con el temor perpetuo de una posible revuelta. La ley de Santo Tomás requería cortar las manos de los esclavos quienes se levantaban en contra de sus dueños. A los fugitivos, en el primer intento, se les cortaba un pie. Los intentos posteriores resultaban en cortar el segundo pie, luego una pierna tras otra. Se daban azotes todas las semanas: quinientos latigazos (permitidos por la ley) equivalían a una sentencia de muerte. Después de las flagelaciones menos severas, se sabía que los dueños de los esclavos frotaban sal y pimienta en las heridas.

La ley de Santo Tomás requería la pronta ejecución de los esclavos que planeaban una revuelta: el gobierno debía pagar a sus dueños por cada esclavo decapitado o ahorcado. La misma ley multaba a las personas con cincuenta libras de tabaco por trabajar en el Día del Señor (domingo) y obligaba a todos los blancos a asistir a la iglesia. Orden, codicia y terror en el nombre de Dios; al escuchar todo eso los dos hermanos de Herrnhut sintieron que todo eso los envolvía de golpe a la vez que se preguntaban ¿qué lugar encontrarían allí?

Leonhard y David no pudieron ser vendidos como esclavos debido a una ley holandesa que prohibía la esclavitud de los blancos, pero un plantador holandés los contrató para terminar una nueva casa que él había construido y les dio un lugar para dormir. Luego, en la primera oportunidad que tuvieron partieron con una carta de Anton en las manos para buscar a su hermano y hermana. En una plantación en el lado sur de la isla, los jóvenes los encontraron. No solo se sorprendieron al saber de su hermano en Europa; escucharon con la boca abierta las historias del Salvador de Leonhard. Luego llamaron a más familiares y amigos. Aunque apenas podían entender la mezcla de Leonhard de alemán y holandés (los esclavos hablaban un criollo holandés), recibieron con alegría la promesa de Cristo de buenas nuevas para los pobres y le dieron la vida.

El despertar entre los esclavos se fue extendiendo. Se propagó mucho más rápido de lo que nadie esperaba, y ciertamente más rápido de lo que les gustaba a los blancos de la isla. Los cristianos blancos quienes eran dueños de los esclavos se sentían condenados. Muchos de ellos viv́ian en un libertinaje descarado. "¿Cómo pueden ustedes, demonios negros estar a la altura del evangelio?", preguntaron, "cuando incluso nosotros, los blancos, a quienes se nos dio, no podemos estarlo?" Otros dueños de esclavos, orgullosos de su cristianismo y del trato justo que daban a sus esclavos, se sentían invadidos por el trabajo de los misioneros. "Nuestros esclavos están felices", insistieron. "están mucho mejor con nosotros aquí que lo que estaban en África. Entonces, ¿por qué venir y despertar el descontento?

Algunos dueños azotaban a sus esclavos por asistir a las reuniones de Moravia. Casi todos les arrebataban sus libros si los sorprendían

aprendiendo a leer; un dueño de esclavos tenía la práctica de prender fuego a los libros y golpearlos en la cara de sus esclavos. “Así”, decía, “es como mis esclavos aprenderán a leer”. Los conversos fueron vendidos deliberadamente a otras islas de las Indias Occidentales para así separarlos del compañerismo cristiano. Y turbas de hombres blancos borrachos interrumpían las reuniones con regularidad.

A pesar de todo esto, las multitudes de buscadores que se reunían por las noches para aprender de Cristo crecían cada vez más. La congregación no solo incluía esclavos africanos y los nacidos en la isla, sino que incluía también a personas de muchas tribus y costumbres diferentes. Los dos primeros bautismos en Santo Tomás trajeron a la iglesia a miembros de las tribus Mandinga, Mangree, Fante, Atja, Kassenti, Tjamba, Amina, Watje y Loango.

En 1738, por sugerencia de un antiguo esclavo y con la ayuda de Herrnhut, los moravos lograron comprar varios de los esclavos bautizados también una pequeña plantación de algodón en la parte central y más alta de la isla. Tal regocijo estalló entre los creyentes negros por la compra de la tierra tanto que una de las reuniones de alabanza duró hasta que salió el sol a la mañana siguiente. Ahora tenían un lugar para reunirse sin ser molestados. Cientos acudían a cada reunión, los enfermos eran cargados a hombros y los ex fugitivos con una sola pierna cojeando en bastones (un hombre había perdido ambos pies por castigo y solo podía gatear). Debido a que usaban trompetas para anunciar reuniones allí, los creyentes nombraron a su nueva comunidad en el cerro *Posaunenberg* (montaña de trompetas). Pero los días de paz y regocijo no durarían mucho tiempo.

Dos hermanos moravos, Friedrich Martin y Matthäus Freundlich, habían decidido acoger a los niños abandonados y hambrientos que habían encontrado durante la sequía de 1737. Para cuidar a los niños contrataron a Rebecca, una mujer mulata que había sido liberada de la esclavitud a los doce años y se unió a los moravos cuando era todavía una adolescente. Al año siguiente, ella y Matthäus se casaron. Friedrich, quien había sido ordenado ministro, realizó la ceremonia y comenzaron

su vida junto con nueve hijos adoptados. Rebecca se convirtió en una evangelista líder de la misión morava y brindaba atención pastoral a las mujeres de la iglesia.

Dirigidos por su pastor, Jan Borm, los blancos de St. Thomas decidieron deshacerse de la influencia morava en sus plantaciones de una vez por todas. El caso que eligieron como excusa fue el matrimonio de Matthäus y Rebecca Freundlich. “¿Desde cuándo es lícito que un hombre blanco se case con una mujer negra?” preguntaron los isleños enojados (muchos de los cuales tenían hijos mulatos de numerosas concubinas). “Es más, ¿quién autorizó a Friedrich Martin a casarlos?”

Arrastrados ante la corte de St. Thomas, Friedrich, Matthäus y Rebecca se negaron a prestar juramento y pronto se encontraron en una celda putrefacta, caliente como un horno durante el día, sin nada donde dormir por la noche. Grandes multitudes de esclavos se arriesgaban al castigo por acercarse a la ventana enrejada de su celda para escuchar la predicación y las palabras de aliento de los presos. Su ejemplo de pacífica no resistencia inspiró profundamente a los creyentes, que ahora sumaban 750 almas en 51 plantaciones, bajo el hábil liderazgo de dos hermanos negros, Christoph y Mingo.

Con los hermanos alemanes en la cárcel, Jan Borm y los funcionarios de los manifestantes no perdieron el tiempo en hacer lo que pudieron para arruinar a la congregación negra. El pastor hizo que los creyentes negros fueran llevados ante el tribunal, uno por uno. En particular, interrogó a los líderes, lanzándoles complicadas preguntas teológicas para ver cómo responderían. Además de eso, les pidió que explicaran qué fe era la más bíblica, la luterana o la reformada, y si pensaban que algún día los negros gobernarían a los blancos.

“No sabemos nada de religión”, le respondieron los cristianos negros, “excepto que el Cordero de Dios ha muerto y ha quitado nuestros pecados. No sabemos si los negros gobernarán alguna vez a los blancos, pero sabemos que después de la muerte estaremos ante Cristo, donde todos los hombres son iguales”.

“Mira, ellos no saben nada”, se regocijó el pastor Borm “¡Esos profetas de Herrnhut están bautizando a salvajes ignorantes!”

El tribunal culpó a Matthäus y Rebecca de ser una molestia pública, viviendo en una inmoralidad ilegal, y ordenó a Matthäus pagar una multa. Rebecca, que anteriormente había adorado en la Iglesia Reformada, fue excomulgada formalmente y se ordenó que se la vendiera como esclava. Friedrich Martin iba a ser retenido para ser castigado y exiliado, pero luego fue liberado porque su salud era muy mala.

Unas semanas más tarde, los vientos alisios llevaron un barco inesperado al puerto de St. Thomas. Gente de Alemania, y pronto se hizo evidente que era gente muy importante, el barco subió al muelle. El gobernador, ocultando su disgusto lo mejor posible, no pudo hacer otra cosa que dar la bienvenida formal al conde Nikolaus Ludwig von Zinzendorf en St. Thomas.

Las autoridades de St. Thomas sabían que el conde procedía directamente de Herrnhut. También sabían que disfrutaba del favor de la corte danesa y que en rango estaba muy por encima de todos ellos. Así que cuando Zinzendorf pidió alegremente la liberación de Matthäus y Rebecca, se lo concedieron de inmediato y no dijeron nada más al respecto.

Al llegar al barco con Zinzendorf estaban Veronika Löhans, su esposo Valentin y otra pareja de Moravia. Pasarían solo unos meses antes de que Veronika experimentara el asalto que se relata al comienzo de esta historia.

Para 1768, setenta y nueve misioneros enviados desde Herrnhut habían perdido la vida en las Indias Occidentales debido a dificultades y enfermedades tropicales. Pero por cada uno que murió hubo sesenta bautizados convertidos. En cincuenta años, casi nueve mil esclavos africanos solo en Santo Tomás habían encontrado su camino hacia la comunidad de la iglesia.

16

Jacob Hochstetler

Sufrió en 1757 en Pensilvania (Estados Unidos)



En 1682, uno de los primeros cuáqueros llamado William Penn compró una gran provincia en las Américas, convirtiéndolo en el mayor terrateniente privado del mundo. Llamó a esta extensión de tierra "Sylvania", pero el rey Carlos II de Inglaterra insistió en que se llamara Pensilvania en honor a su nuevo propietario. Para desarrollar esta amplia propiedad inmobiliaria, William Penn viajó por Europa apelando a las minorías oprimidas con promesas de libertad religiosa y riqueza potencial en sus nuevas propiedades. Cuáqueros, hugonotes, luteranos y judíos respondieron a su invitación, y pronto los colonos comenzaron a hacer el viaje de cincuenta días por el océano a través del Atlántico para llegar a la nueva colonia.

Cuatro décadas después de la compra de Penn, Jacob Hochstetler, un hombre amish quien vivía con su joven familia en Suiza, respondió a la promesa de William Penn de estar libre de la persecución religiosa. Los amish eran seguidores de Jakob Ammann, un líder anabautista que llamó a los miembros de la iglesia a volver a las claras convicciones

que había definido la fe y las prácticas del movimiento en la época de Menno Simons un siglo antes. El año 1728 había visto el comienzo de una mayor persecución de los amish en Suiza, y Jacob Hochstetler creía que podría encontrar la paz y una vida más próspera para él, su esposa y su hijo de tres años en Pensilvania.

La familia de Jacob partió en un barco desde Rotterdam con 388 hombres, mujeres y niños, y llegó a Filadelfia el 1 de septiembre de 1736. Aunque él y su familia tardaron algunos años en orientarse en esta nueva tierra, Jacob finalmente compró una propiedad al este del río Northkill, en el borde occidental de la zona habitada por europeos.

La vida en el desierto estadounidense no fue fácil. Jacob construyó su casa cerca de un manantial y eliminó gran parte del bosque circundante. Convirtió la tierra despejada en arboledas de árboles frutales. No había escuela en la zona a la que pudieran asistir los niños (Jacob era ahora padre de tres niños y una niña), pero él y su esposa enseñaron a sus hijos una variedad de materias en casa, incluido cómo escribir en alemán. A pesar de las dificultades de la vida en la frontera, pudieron adorar a Dios como quisieron, libres de opresión.

En ese momento, una gran parte de Pensilvania estaba habitada por una tribu nativa llamada Delawares, ellos se referían a sí mismos como Lenni Lenape, el “pueblo original”. Los miembros de esta tribu visitaban ocasionalmente la granja Hochstetler. Durante un tiempo, las relaciones fueron buenas entre los nativos y los nuevos habitantes de la provincia de William Penn. Cuando los colonos blancos agravaban a la gente de Delaware o viceversa, cada grupo trataba a sus agresores de forma apropiada.

La armonía no duró mucho tiempo. Al oeste, a lo largo del río Ohio, estalló una disputa fronteriza entre franceses e ingleses. Los franceses buscaron la lealtad de las tribus locales ofreciendo mejores términos de intercambio que los ingleses. Las tribus derrotaron al ejército británico al mando del general Braddock, por lo que creyeron que podían expulsar a todos

los colonos de su tierra. Avanzaron hacia el este y comenzaron a atacar los asentamientos. Para 1757, los colonos de Northkill habían recibido informes de nativos que mataban, arrancaban el cuero cabelludo y secuestraban a cientos de colonos en los municipios cercanos.

El verano trajo una pausa temporal a la violencia, pero entonces llegó el otoño. La noche del 19 de septiembre de 1757, los jóvenes de las granjas vecinas se habían reunido en la casa de los Hochstetler para cortar y juntar manzanas del huerto familiar para poder secarlas. Una vez terminado el trabajo, los visitantes socializaron hasta tarde y luego se fueron para regresar a sus propios hogares. Poco después de que la familia se fuera a la cama, su perro empezó a gruñir. Uno de los tres hijos, Jacob Jr., fue a investigar que estaba al perro. Cuando abrió la puerta principal, un disparo atravesó el aire nocturno, el joven cayó hacia atrás con una bala en la pierna. Adivinando que los miembros de la tribu Delaware, que alguna vez fueron sus amigos, ahora estaban atacando su hogar, atrancó la puerta. El resto de la familia se reunió para ir a ver que estaba pasando. A través de una ventana, contaron una docena de hombres apiñados en la oscuridad cerca del horno que estaba al aire libre.

Dos de los hijos, Joseph y Christian, tomaron sus rifles de caza para poder montar una defensa. Pero su padre no quería nada de armas. Al describir este momento en una biografía de 1912, un descendiente de la familia, Harvey Hostetler, describió el terrible dilema de Jacob:

> [Jacob] se enfrentó a una severa tentación la noche en que los indios atacaron su casa. Su hijo Jacob había sido herido por esos indios, quienes buscaban su vida y la vida de toda la familia. La familia estaba segura en la casa y podía ver fácilmente a los indios parados a poca distancia, y a las armas al alcance de las manos de la familia. Quizás unos disparos al aire o en dirección al enemigo podrían haberlos ahuyentado. En cualquier caso, la familia fácilmente podría haber dado una dura batalla. Todos los instintos naturales impulsan a los hombres a luchar y defenderse a sí mismos y a sus familias cuando son atacados. ¿Cómo fue que este hombre de la frontera, acostumbrado a las armas de fuego y hábil en su uso, no cedió a las

> súplicas de sus hijos de que se les permitiera defender a la familia? . . En estas condiciones, su lealtad a su Señor se elevó supremamente y pudo continuar poniendo su confianza en Dios. Debe decirse que se mantuvo fiel a lo que creía correcto. No desobedecería a Dios, quien había dicho: "No matarás".

Jacob superó la tentación de usar las armas de fuego. Les recordó a sus hijos que nunca deben matar a un ser humano, ni siquiera en defensa propia. Le suplicaron usar las armas que tenían, pero él se mostró decidido y dejaron las armas donde estaban. Al recordar el incidente años después, José estaba seguro que si su padre hubiera dado su consentimiento para que pelearan, podrían haber salvado a toda la familia.

Los hombres de afuera parecían haber llegado a un acuerdo. Recogiendo leña y prendieron fuego a la casa. La familia que estaba adentro corrió al sótano. Cuando el fuego atravesó el piso, vertieron sidra sobre las llamas y mientras el sol asomaba por el horizonte, Jacob vio partir a los agresores. Cuando ya no pudo contener el fuego, comenzó a ayudar a cada miembro de la familia a atravesar la pequeña ventana del sótano. El primero en salir hizo contacto visual con el único atacante que quedaba, un joven de Delaware que se había quedado para recoger melocotones de los árboles circundantes.

El hombre dio la alarma y el resto de la familia se apresuró a escapar del sótano humeante. La esposa de Jacob luchó por pasar por la pequeña abertura, y el hijo cuya pierna había resultado herida también necesitaba ayuda. Cuando todos salieron del sótano, estaban rodeados por el enemigo. Joseph, un chico atlético, fue el único que escapó. Él superó a dos perseguidores y se escondió en el bosque detrás de un tronco.

De vuelta en la casa, los atacantes machacaron y arrancaron el cuero cabelludo a la hija de Hochstetler y a Jacob, el hijo que había recibido un disparo en la pierna. Luego apuñalaron a la madre con un cuchillo de carnicero y también le arrancaron el cuero cabelludo.

Los atacantes se llevaron cautivos al padre Jacob y a su hijo Christian. Rodearon el escondite de Joseph y también lo tomaron prisionero.

Antes de irse, los tres presos tomaron unos melocotones y se los metieron en los bolsillos. Entonces sus captores les ataron las manos y los llevaron a las montañas.

Cuando se traían nuevos cautivos a las aldeas de nativos americanos, era común que la comunidad se reuniera. Algunos prisioneros eran obligados a correr el guante, que era pasar por el medio de dos filas de aldeanos mientras estos los golpeaban con palos y otros objetos. Esperando esta recepción, Jacob y sus hijos ofrecieron, al jefe y a quienes lo rodeaban, los melocotones que habían recolectado. Honrado por el obsequio, el jefe ordenó que no sufrieran los abusos del guante por lo que, Jacob y sus hijos fueron separados, pero no antes de que él les diera un último consejo: "Si te llevan tan lejos y te retienen tanto tiempo que olvidas tu idioma alemán, no olvides el Padre Nuestro". Jacob y sus hijos no se volverían a ver hasta muchos años después.

Los cautivos se vieron obligados a adaptarse a las costumbres y la vestimenta de la tribu. Los captores de Jacob le arrancaron la barba, un poco a la vez, como si arrancaran un pájaro, junto con la mayor parte del cabello de su cabeza, dejando solo un parche de diez centímetros de ancho, que luego fue trenzado a medida que crecía. Los dos hijos pronto fueron aculturados a la vida indígena. Joseph, cuya destreza atlética y habilidad en los bosques le habían ayudado a eludir la captura al principio, fue rápidamente adoptado por la tribu. Christian, de unos diez años cuando fue capturado y adoptado por un anciano de Delaware. El niño cazaba para alimentarlos a los dos, y el anciano lo abrazó como a un hijo. Tanto Joseph como Christian se encariñaron cada vez más con la gente de Delaware durante su tiempo con ellos, y fueron tratados como miembros de la tribu.

Jacob, por otro lado, nunca perdió su voluntad de escapar. Cuando los hombres de la tribu participaban en grupos de asalto, se esperaba que él cazara durante esos días. Cuando regresaba al final de la caza, debía explicar cómo se usó cada bala; si faltaba alguna, necesitaba una buena razón. Día tras día, guardaba un poco de pólvora y una

bala o dos en un árbol hueco, inventando excusas de por qué faltaban al final del día. Finalmente, decidió que había almacenado lo suficiente para escapar.

Sus captores nunca habían revelado dónde lo mantenían, así que cuando se lanzó solo, tuvo que usar la poca información que había escuchado para orientarse. Partió con un compañero de prisión y co-conspirador, John Specht. La primera noche, prepararon un campamento bajo un saliente rocoso aislado. Pero a pesar de sus intentos de ocultar su fuego, un miembro solitario de la tribu deambulaba por su campamento.

Los dos fugitivos hicieron todo lo posible por ocultar sus intenciones y partieron en direcciones separadas como si buscaran leña para el fuego. Hablando en alemán, acordaron encontrarse en un arroyo cercano. Jacob llegó primero a su punto de encuentro. Después de esperar a su compañero durante varias horas, Jacob regresó al campamento que habían dejado. A la tenue luz del fuego, vio sangre, Specht había sido capturado y asesinado.

Partió solo, caminando en la dirección que esperaba que lo llevara a un fuerte o asentamiento inglés. Su ida fue lenta, porque diligentemente se tomó el tiempo para cubrir sus huellas, incluso después de estar lejos de la aldea de los Delaware. Al llegar a lo que él creía que era el Ohio, pero que en realidad era el río Susquehanna, construyó una balsa improvisada y flotó río abajo en ella. Comió todo lo que pudo encontrar, pero pronto se sintió hambriento y agotado por los viajes. Al final, pasó por delante de un fuerte, pero estaba demasiado débil para pararse o dar a conocer su presencia. Luego, río abajo, su balsa pasó junto a un hombre que estaba dando de beber a su caballo. Todo lo que Jacob pudo hacer fue levantar la mano, pero fue suficiente. Fue rescatado y finalmente regresó a casa.

En 1758, una serie de victorias inglesas casi puso fin al conflicto que ahora se conoce como la Guerra de Francia y los indios. Los colonos de Pensilvania negociaron la liberación de todos los miembros de la familia cautivos de las tribus nativas, pero al principio pocas personas fueron devueltas. En 1762, Jacob solicitó al gobernador la liberación de sus dos hijos, pero solo devolvieron a Christian. En 1763, el jefe de Ottawa, Pontiac

inició un segundo enfrentamiento, lo que retrasó aún más el regreso de Joseph. Un año más tarde, las tribus del área fueron derrotadas por el coronel Henry Bouquet, y los jefes de Delaware devolvieron a sus cautivos. José Hochstetler se reunió con su padre, aunque sus años entre los Delaware le hicieron difícil regresar a la cultura de su familia.

Hoy en día, muchos de los descendientes de Jacob se encuentran entre los amish, menonitas y hermanos de América del Norte, y continúan con su decidido compromiso de vivir fiel y pacíficamente, cueste lo que cueste.

17

Gnadenhütten

1782, en Ohio (Estados Unidos)



El 8 de marzo de 1782, menos de seis años después de la fundación de los Estados Unidos de América, noventa y seis cristianos nativos americanos, quienes habían abrazado el camino de no la resistencia de Jesús, fueron masacrados por colonos en Ohio, en represalia por un ataque llevado a cabo por un grupo diferente de nativos americanos.

Lamentablemente, la masacre también puso fin a un esfuerzo de cincuenta años de la iglesia morava para unir a los europeos y los nativos americanos como hermanos y hermanas en la comunidad cristiana. La noticia del evento se extendió de tribu en tribu, y los nativos americanos ya no confiaban en las promesas de los blancos. Dos décadas más tarde, el jefe de Shawnee, Tecumseh, le recordó a William Henry Harrison (el futuro presidente): "¿Recuerdas la época en que los indios Jesús de los Delawares vivían cerca de los estadounidenses, tenían confianza en sus promesas de amistad y pensaban que estaban seguros, pero los

estadounidenses asesinaron a todos los hombres, mujeres y niños, incluso mientras oraban a Jesús?”

Hoy en día, quedan pocos rastros del testimonio excepcional de la hermandad entre los inmigrantes moravos y los pueblos originarios de América del Norte, salvo los monumentos. El más importante de estos marcadores históricos se erigió para honrar a los mártires de dos lugares diferentes llamados Gnadenhütten (casas de gracia). En Pensilvania, los nativos americanos mataron a los moravos blancos. En Ohio, sus hermanos nativos americanos fueron asesinados por estadounidenses blancos. En ambos casos, los mártires fueron hombres, mujeres y niños que intentaban seguir el camino de Cristo en una época violenta y peligrosa mirando más allá de las diferencias en el color de la piel, el lenguaje y las costumbres para así llamarse hermanos y hermanas. Estaban dispuestos a sacrificar sus propias vidas en lugar de quitarles la vida a los demás.

Los nativos americanos asesinados en Ohio, quienes habían huido al oeste para escapar de la violencia, habían nombrado su nuevo asentamiento en honor a los mártires de Gnadenhütten, Pensilvania, donde veintiséis años antes, el 24 de noviembre de 1755, diez misioneros moravos y un niño fueron asesinados y sus casas quemadas hasta los cimientos.

Una de las sobrevivientes de ese ataque, Susanne Partsch, había dejado su hogar en Alemania diez años antes para unirse a la misión al Nuevo Mundo, y recientemente había aceptado servir como cocinera para los misioneros en Gnadenhütten en Mahoning Creek (cerca de Lehighton actualmente). Ella y su esposo, George, habían estado en Gnadenhütten menos de una semana cuando un grupo de guerra de nativos americanos atacó el asentamiento. Susanne vio a los hombres “corriendo de una casa a otra con tizones para prenderles fuego”. La iglesia, la escuela, la panadería y las viviendas quedaron reducidas a cenizas. Sacrificaron el ganado y se llevaron o arruinaron los alimentos, herramientas y suministros. Algunos de los residentes, incluido un bebé, fueron quemados vivos en sus hogares. Los moravos recibieron algunas advertencias de la inminente violencia, pero habían decidido no abandonar su misión.

Susanne se salvó saltando desde una ventana del segundo piso y escondiéndose en el hueco de un árbol hasta la mañana siguiente, cuando un soldado militar local la encontró y la llevó de regreso al asentamiento. Ella luego escribió sobre su experiencia: “Me desvanecí al ver los cuerpos carbonizados y tuve problemas para volver a mis sentidos”. Descubrió que su esposo también había sobrevivido, pero otra persona, miembro de la iglesia, Susanna Nitschmann, había sido llevada cautiva como premio de guerra. Sus captores abusaron tan severamente de ella que nunca se recuperó por completo. Su marido estaba entre los asesinados.

El asalto a Gnadenhütten fue uno de los varios ataques de los nativos americanos contra colonos europeos en la frontera de Pensilvania, pero es digno de mencionar debido a la inusual respuesta a la masacre. Los moravos en Belén, la sede del grupo en América del Norte y una próspera comunidad intencional, se horrorizaron con la noticia de lo que les había sucedido a sus hermanos y hermanas en

Gnadenhütten, a unas veinticinco millas de distancia. Pronto, los refugiados nativos americanos y blancos comenzaron a llegar a Belén en busca de comida, refugio y protección. George y Susanne Partsch estaban entre ellos. Susanne "no se sentía muy bien y tuvo que soportar una enfermedad grave". Sin embargo, en lugar de ser derrotados por su terrible experiencia, los Partsche volvieron a salir como misioneros solo unos años después, esta vez a esclavos en las Islas Vírgenes.

Finalmente, setenta indígenas conversos del área de Gnadenhütten se dirigieron a Belén en busca de protección contra las represalias de los blancos por la masacre. La presencia de estos refugiados nativos americanos puso a prueba la buena voluntad de algunos de los habitantes de Belén: no solo sus hermanos y hermanas acababan de ser masacrados por miembros de esta tribu, sino que vivían bajo el temor constante de un ataque similar a sus habitantes en su propio asentamiento. El obispo August Gottlieb Spangenberg instó a sus hermanos a no cerrar el corazón a estos refugiados quienes habían sido expulsados de sus hogares a causa de la guerra. Los moravos, a veces de mala gana, continuaron amando a los refugiados como Cristo lo hacía. Protegieron a los nativos americanos de los blancos que tenían la intención de vengarse, pero también dieron la bienvenida a los colonos no moravos quienes huían de la violencia en la frontera. En total, unas ochocientas personas, tanto nativos como colonos, se refugiaron en las comunidades de Belén y la cercana Nazaret. Este fue un raro ejemplo de europeos y nativos americanos que buscaron juntos un refugio de la violencia de esa época.

Los moravos aliviaron parte del hacinamiento en la comuna de Belén ayudando a los nativos americanos a construir una aldea llamada Naín a una milla de la ciudad. Allí podrían vivir de acuerdo con su cultura y tradiciones mientras aún adoraban como moravos. Tomó un tiempo encontrar un lugar adecuado y limpiar el terreno para la construcción, pero finalmente, en octubre de 1758, se inauguró la capilla en Naín.

Los colonos cercanos se opusieron a Naín, al igual que algunos líderes nativos. Teedyuscung intentó en vano persuadir a su gente de que abandonara el pueblo. Luego, en 1763, el gobernador de Pensilvania insistió en que

los moravos llevaran a sus miembros nativos americanos a Filadelfia para protegerlos de los estragos de los Paxton Boys, un grupo de justicieros blancos que tenía la intención de masacrar a los nativos. Sin embargo, las condiciones en el campo de refugiados de Filadelfia eran desalentadoras y, finalmente, al misionero moravo David Zeisberger se le permitió sacar de Pensilvania a su rebaño de personas enfermas y acosadas. Finalmente, se establecieron en Ohio a principios de la década de 1770.

¿Quiénes eran estos moravos que se encontraban en medio de la controversia y la violencia en la frontera estadounidense? En 1722, un grupo de protestantes que tenía sus raíces en Jan Hus huyó de la persecución en Moravia y se les concedió refugio en la finca del conde Nikolaus von Zinzendorf en Alemania. Allí construyeron un pueblo llamado Herrnhut, el cual se convirtió en una forma única de comunidad cristiana. Todos los que aceptaban vivir de acuerdo con el Acuerdo de Hermandad, ratificado en 1727, eran bienvenidos independientemente de su afiliación eclesial o nacionalidad. El Acuerdo de Hermandad estipulaba que la única razón para vivir en Herrnhut era el servicio a Cristo.

Ese mismo año, los residentes de Herrnhut experimentaron una renovación espiritual que los inspiró a embarcarse en un extraordinario período de cincuenta años de misión global. En 1740 llegaron los primeros moravos a Pensilvania y al año siguiente iniciaron la comunidad de Belén, que sería la base de una extensa red misionera. Docenas de moravos aprendieron lenguas nativas americanas y algunos fueron adoptados por varias tribus de la Confederación Iroquesa.

Belén no fue solo la sede económica y administrativa de la misión morava en América del Norte; también, estaba destinada a ser una "ciudad en la colina". Fue una comuna cristiana muy eficaz durante unos veinte años. Los misioneros construyeron algunos de los edificios más grandes de la Pensilvania colonial para albergar a los cientos de hombres, mujeres y niños que vivían juntos bajo el Acuerdo de Hermandad. Algunos de los residentes estuvieron de acuerdo

en quedarse allí permanentemente para sembrar cultivos y brindar apoyo a la iglesia, mientras que otros eran "peregrinos" quienes aceptaban ir adonde fueran enviados. Muchos de estos peregrinos trabajaban con los nativos americanos, especialmente entre la gente de Lenape. Belén tenía una economía que funcionaba sin problemas sin fuerza policial, acciones ni cárcel. Algunos colonos acusaron a los moravos de conspirar con los nativos americanos e incluso de armarlos, pero la verdad era que los moravos eran gente de paz. Se negaron a unirse a la milicia o servir en el ejército, aunque las reglas de la iglesia permitían la autodefensa y la defensa de mujeres y niños.

La economía y la estructura social de Belén se vieron gravemente afectadas por la afluencia de los refugiados, pero a pesar de ello la comunidad sobrevivió. En varias ocasiones Belén fue amenazada por partidas de guerra nativas americanas y turbas por parte de los blancos. Para proteger la ciudad del tipo de asalto sufrido en Gnadenhütten, los moravos construyeron una empalizada alrededor del perímetro de la ciudad. Los residentes vigilaban día y noche, con órdenes de disparar tiros de advertencia si se veía a alguien moviéndose en contra de la ciudad.

El día de Navidad de 1755, pocas semanas después del ataque de Gnadenhütten, los moravos de Belén celebraron el nacimiento de Cristo en su forma habitual con el toque de trombones justo antes del amanecer. Según informes posteriores, el ruido de los instrumentos de viento, a menudo asociados con los ejércitos, alarmó tanto a un grupo de personas que planeaban un asalto al amanecer que interrumpieron el ataque planeado y regresaron al bosque. Esta historia de trombones frustrando un ataque puede ser más legendaria que histórica, pero es cierto que los moravos continuaron adorando a Cristo en medio del conflicto.

En 1776 la guerra envolvió nuevamente a las colonias británicas en América, pero esta vez los colonos estaban luchando contra el ejército británico. Una vez más, los nativos americanos se vieron envueltos en un conflicto entre europeos. En 1749, el parlamento británico concedió a los moravos una excepción del servicio militar en reconocimiento a su objeción de larga data a matar gente. Durante la Revolución Americana

insistieron en su derecho a no luchar. En varias ocasiones, sin embargo, eran amenazados con el reclutamiento forzoso por los ejércitos estadounidense o británico y tuvieron que pagar grandes indemnizaciones para evitarlo. Algunos fueron encarcelados; otros huyeron. Uno de los edificios de Belén se convirtió en hospital para los soldados heridos de ambos ejércitos, y los moravos ayudaban a enterrar a los muertos de guerra de ambos bandos. Aparte de eso, parecía que podían evitar ser arrastrados a la vorágine de la revolución y la guerra.

David Zeisberger y su esposa Suzanna habían llevado a su congregación de lenapes y mohicanos fuera de Pensilvania y establecieron una nueva aldea en el río Tuscarawas en Ohio en 1772. Un mohicano llamado Joshua dirigió la nueva comunidad la cual fue nombrada Gnadenhütten en honor de los mártires de 1755. El pueblo había crecido y ya eran más de doscientas personas, todos nativos americanos, cuando estalló la guerra. En 1781, cuando la guerra entre británicos y estadounidenses se movía hacia el oeste, los británicos reubicaron por la fuerza a los moravos de Gnadenhütten a 160 kilómetros al noroeste de Sandusky. Muchos murieron de hambre, de enfermedades o congelados durante el invierno. En la primavera, a más de un centenar de sobrevivientes se les permitió regresar a su aldea en el río Tuscarawas con la esperanza de plantar cultivos y cazar para sobrevivir.

Pero el espectro de la guerra y el odio acechaba la tierra. Varias familias blancas fueron masacradas por partidas de guerra nativas americanas aliadas con los británicos, por lo que una milicia estadounidense de unas 160 personas, dirigida por un tal David Williamson, se dispuso a buscar venganza. En lugar de atacar a los que habían cometido los asesinatos, decidieron atacar al pueblo amante de la paz de Gnadenhütten. Ocuparon Gnadenhütten y rodearon a otros nativos americanos de las aldeas circundantes y los bosques. El 7 de marzo celebraron un simulacro de tribunal, condenaron a los nativos americanos moravos por asesinato y los condenaron a muerte. La única misericordia que mostraron fue que honraron la solicitud de los cristianos de tener tiempo para prepararse para el martirio. Durante toda la noche, los moravos

confesaron sus pecados, se consolaron unos a otros y cantaron himnos a Cristo su Salvador.

Al día siguiente, la milicia blanca asesinó a noventa y seis personas. Dos niños lograron esconderse debajo de los cuerpos y fingieron estar muertos. Fueron testigos de la atrocidad del asesinato, pero también del coraje de los mártires. Había dos "casas de matanza", una para hombres y otra para mujeres. La mayoría de las personas fueron asesinadas por mazos o hachas de guerra. Los verdugos también les arrancaban el cuero cabelludo a sus víctimas para llevarse los premios a casa. Algunos a quienes se les arrancaba el cuero cabelludo todavía estaban vivos. Casi la mitad de las víctimas eran niños. Según un participante, "Nathan Rollins había matado a diecinueve de los moravos pobres, una vez que terminó se sentó y lloró, y dijo que, después de todo, no era una satisfacción que pudiera reponer la pérdida de su padre y su tío". Cuando terminó la ola de asesinatos, la milicia saqueó la ciudad y quemó los edificios con los cuerpos adentro.

Después de la guerra, el misionero moravo John Heckewelder regresó al lugar de la masacre y enterró los restos de los mártires. Ninguno de los blancos que participaron en la masacre fue llevado ante la justicia, pero algunos fueron asesinados, por lenapes no moravos, en venganza. Las autoridades británicas otorgaron a Zeisberger, quien no había estado presente en el momento de la masacre, un permiso para llevar al resto de su congregación de lenapes y mohicanos a Canadá, donde estarían más seguros.

Los mártires de dos lugares diferentes llamados Gnadenhütten estaban dispuestos a sacrificar sus propias vidas en lugar de quitarle la vida a los demás. Sabían que hay cosas por las que vale la pena morir, pero no matar por ellas. Aunque sus muertes siguen siendo un capítulo vergonzoso de la historia estadounidense, podemos verlos como vencedores en lugar de víctimas, porque se unieron a las filas de miles de mártires cristianos que testificaron en vida y muerte de su fe en Cristo al amar a sus enemigos y orar por aquellos quienes los persiguieron.

18

Joseph y Michael Hofer

Muertos en Kansas, en 1918 (Estados Unidos)



Jacob Wipf y tres hermanos, David, Joseph y Michael Hofer, todos miembros de la colonia huterita Rockport en Dakota del Sur, fueron llamados a la guerra el 25 de mayo de 1918.

Todos estos hombres tenían unos treinta años o menos, con esposas e hijos en casa. Pero cuando la junta de reclutamiento les preguntó si eran los únicos proveedores para sus familias, cada uno de ellos respondió "no", ya que sabían que su iglesia intervendría para ayudar si eran reclutados. Con esta respuesta, la posibilidad de una excepción casi segura pasó de largo.

Los cuatro hombres viajaron por caminos de tierra desde su casa comunal hasta la cercana ciudad de Alejandría, donde decenas de sus vecinos se reunieron para una manifestación patriótica a fin de animar a los hombres locales que se dirigían a la guerra. Los cuatro huteritas de la colonia Rockport y su amigo Andrew Wurtz, a quien conocieron en la estación, lucían diferentes a los otros jóvenes. Estaban vestidos de negro y llevaban

barbas, símbolo de su compromiso de vivir el reino pacífico de Dios. Los ministros y familiares de los huteritas les habían ordenado a estos hombres que se presentaran en el campamento cuando fuera necesario, pero que no hicieran nada para contribuir con la guerra. Hacerlo sería desobedecer los mandamientos de Cristo de amar al enemigo y rechazar la violencia.

Tales convicciones generaron más hostilidad que admiración en medio del patriotismo de la nación en tiempos de guerra. Solo unas semanas antes, el Comité de Préstamos Libertad del cercano condado de Hanson había confiscado ilegalmente cien novillos y mil ovejas de un asentamiento huterita cuyos miembros se negaban a comprar bonos de guerra. Y el 25 de mayo de 1918, el mismo día en que los hombres salieron de Dakota del Sur hacia Campamento Lewis en el estado de Washington, el Consejo de Defensa de Dakota del Sur prohibió el uso del alemán, “el idioma enemigo”, en el estado. Los huteritas, que adoraban y enseñaban en alemán, por esta razón llegaron a ser un claro objetivo de la legislación.

Sabiendo todo esto, los hermanos Hofer y Jacob Wipf tenían motivos para desconfiar cuando subieron al tren hacia el Campamento Lewis. En sus mentes, ellos visualizaron su llegada al campo como el momento en que darían testimonio de su fe y de su negativa a servir como soldados. Para el gobierno estadounidense, sin embargo, habían dejado de ser civiles desde el momento en que recibieron sus papeles de reclutamiento. Cuando el tren de quince vagones comenzó a dirigirse hacia el oeste, los cuatro hombres fueron trasladados del vagón Pullman al siguiente. Los reclutas que iban en cada vagón eran hostiles con los huteritas bien conocidos en esta parte del país como pacifistas y hablantes de alemán. El conductor finalmente encontró un pequeño compartimiento donde los hombres podían estar solos.

Más tarde ese día, sin embargo, un grupo de compañeros, quienes conocían a dos de los hombres huteritas, deseaba hablar con ellos, William Danforth y James Albert Montgomery, de su ciudad natal. Los huteritas al principio se negaron a abrir la puerta. Cuando finalmente lo hicieron, los nuevos reclutas irrumpieron hablando de una “peluquería gratis”. Sacaron a la fuerza a los huteritas del vagón, les afeitaron la barba y les cortaron el cabello.

El tren continuó su camino y llegó a Washington. Los reclutas de todo el oeste llegaban al Campamento Lewis, un impresionante campo de entrenamiento de setenta mil acres. El 28 de mayo, los hermanos Hofer y Jacob Wipf entraron en esta ciudad gris donde se entrenaba a decenas de miles de jóvenes, muchos de ellos como soldados de infantería con destino a Europa.

Cuando llegaron al campamento, se les dio órdenes a los reclutas a que se alinearan alfabéticamente para así completar las tarjetas de alistamiento y asignación. Los huteritas se apartaron de la línea, sintiendo que si seguían las órdenes sería alinearse como soldados en el Ejército de los Estados Unidos. Se negaron a llenar las tarjetas, las cuales tenían como título "Declaración del soldado". Los oficiales intentaron persuadir a los hombres para que siguieran las órdenes, pero fue en vano. El presidente Woodrow Wilson y el secretario de guerra Newton Baker, esperaban que cada hombre hiciera su parte en el esfuerzo bélico, incluidos los objetores de conciencia, quienes podrían ser asignados a tareas de cocina o mantenimiento. Los comandantes del campo parecían estar exasperados por la negativa generalizada a participar de la vida del campo de los huteritas. Los comandantes dijeron que no tenían más remedio que encerrar a los hombres debido a su negativa a obedecer las órdenes. Así que mientras que el Campamento Lewis se preparaba para la guerra, los huteritas permanecieron en la caseta de vigilancia esperando el juicio.

Desde la caseta de vigilancia, David Hofer le escribió a su esposa, Anna:

> Si pudieras imaginar en dónde estamos, lejos de casa, de la granja, de la esposa y de los hijos, ni siquiera puedo describir la miseria en la que nos encontramos. Ya hemos sido seriamente desafiados por varias cosas, pero con la ayuda de Dios seguimos siendo fieles a Él y nuestro voto de no abandonar nuestra promesa, aunque nos cueste el cuerpo y vida. . . Porque nuestro querido Salvador dice en Mateo 5: "Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de Dios". Debo terminar ahora con mi escritura simple y tener cuidado con lo que escribimos, y tampoco podemos escribir muy a menudo, no tanto como quisiéramos. Estamos siendo sometidos a un consejo de guerra y enfrentando una condena de cinco a veinticinco años de cárcel.

Las autoridades acusaron a los huteritas de desobedecer órdenes y, por lo tanto, violar los Artículos de Guerra. En el juicio de la corte marcial, los oficiales relataron sus esfuerzos para persuadir a los hombres para que se alinearan y llenaran los formularios requeridos. Jacob Wipf fue el primer acusado en subir al estrado. Un agricultor inexperto cuya lengua materna era el alemán y que solo tenía una educación primaria, ahora tenía que enfrentarse a un panel de oficiales. El fiscal quería saber exactamente por qué los hombres no servían en las fuerzas armadas bajo ninguna circunstancia.

"¿Estás dispuesto a participar en alguna rama no combatiente del servicio del ejército?" "No; no podemos" dijo el huterita.

"¿Cuáles son tus razones?", continuó interrogando el fiscal. Respondiendo Wipf dijo: "Bueno, todo esto es por la guerra. Lo único que podemos hacer es trabajar en una granja a favor de los pobres y necesitados de los Estados Unidos".

El fiscal continuó: "¿Qué quieres decir con pobres y necesitados?" "Bueno, aquellos que no pueden ayudarse a sí mismos". Dijo Wipf. "¿Eso incluye a los soldados que están lisiados de por vida?" dijo el fiscal. "Si. Son pobres y necesitados. . ." contestó el acusado.

El fiscal siguió con el interrogatorio diciendo: "Por ejemplo, si estuvieras en el servicio del Cuerpo Médico, donde asistirías a los soldados heridos, ¿tu conciencia y las enseñanzas de la iglesia lo permitirían?"

"No podemos hacer eso, porque un soldado irá y peleará de nuevo una vez que esté sano, y eso hace que la guerra continúe, y no podemos hacer eso". Dijo Wipf.

El fiscal insistió: "¿Y si hubiera soldados heridos, no podrías ayudarlos? No podría ayudarlos porque tendría miedo de que se recuperen y regresen a la guerra; ¿es así?" Wipf continuó contestando: "Bueno, entonces estaría ayudando a la guerra".

"¿Estarías dispuesto a que el gobierno te coloque en una granja y cultivar trigo para los soldados?" "No". Insistió el huterita

"¿Tu religión cree en la lucha de algún tipo?"

"No". Dijo de nuevo Wipf

"¿No pelearías con tus puños?" seguía interrogando el fiscal.

A lo que el acusado contestó: "Bueno, no somos ángeles. Los niños pequeños a veces se pelean y son castigados; pero nuestra religión no permite las peleas".

"Si un hombre estuviera atacando o agrediendo a tu hermana, ¿pelearías?"

"No pelearía".

"¿Lo matarías?", dijo el fiscal.

"No lo haría", contestó Wipf.

"¿Qué harías?"

"Bueno, en cierto modo, si pudiera alejaría a mi hermana de él, o podría abrazarlo. Si yo fuera suficientemente hombre, haría eso. Si no pudiera, tendría que dejarlo ir. No podemos matar. Eso va estrictamente en contra de nuestra religión". Explicó Wipf.

Los cuatro hombres fueron declarados culpables de todos los cargos. Su sentencia fue liberación deshonrosa, pérdida de todo salario y prisión. Michael Hofer compartió la noticia con María:

El sábado vinieron y nos anunciaron nuestro castigo, a saber, veinte años de trabajos forzados en la prisión de Alcatraz, California. Solo Dios el Padre celestial sabe lo que aún nos espera. Pero debemos poner nuestra confianza en Él y aceptar con paciencia todo lo que Él permita que nos suceda. Estamos completamente entregados al Señor. Cualquiera que sea la carga que nos dé, también nos proporciona una salida para que podamos soportarla. . . Solo hacemos más difícil nuestra cruz y sufrimiento si nos ponemos tristes. Porque Dios también estará con nosotros allí (es decir, en Alcatraz). Él ha prometido a los suyos que cuando pasen por el fuego, estará junto a ellos para que las llamas no los quemen.

Mientras tanto, Andrew Wurtz, que había sido separado de los hermanos Hofer y Jacob Wipf después de su llegada al Campamento Lewis, enfrentó su propio juicio. Describió las medidas físicas extremas que se aplicaron para persuadirlo de que trabajara: ser sumergido a la fuerza en agua fría, ser empujado a través de tablas del piso para clavarle astillas en la piel y más. Finalmente aceptó trabajar en el jardín del campamento, pero solo, no en compañía de hombres uniformados.

Después de dos meses en el Campamento Lewis, los cuatro hombres partieron hacia Alcatraz. Fueron encadenados en parejas y viajaron escoltados por cuatro tenientes armados, llegando dos días después a la famosa isla de la Bahía de San Francisco. Alcatraz era uno de los tres centros de detención para presos militares, conocido por su gestión progresista. Bajo su comandante, el coronel Garrard, los reclusos, a los que se hace referencia como "discípulos", disfrutaban de acceso a programas de formación profesional, conciertos de música clásica y una gran biblioteca. Sin embargo, estos beneficios no se extendieron a los cuatro objetores de conciencia.

Al llegar, los cuatro hombres subieron una serie de curvas para llegar al edificio de la prisión en la parte superior de la isla. Una vez dentro, no estaban dispuestos a ponerse el uniforme ni a trabajar. Los guardias los llevaron por un pasillo de celdas apiladas hasta una escalera que conducía al sótano de la prisión, el calabozo, un lugar de confinamiento solitario conocido como "el agujero". Cada hombre entraba en una celda bajo un arco de ladrillo inclinado, de dos metros de altura en el punto más alto. Las propias celdas medían seis pies y medio de ancho por dos de profundidad. Estaban fríos y mojados, pero los hombres seguían negándose a ponerse los uniformes que estaban en el suelo junto a ellos. En los primeros días, los hombres recibían medio vaso de agua todos los días, pero no comida.

Los hombres estaban encadenados a los barrotes, una mano cruzada sobre la otra. Las cadenas se levantaban de modo que solo los dedos de los pies tocaran el suelo, una técnica llamada "esposas altas" era familiar durante mucho tiempo en la historia de la tortura. David Hofer intentó acercar el cubo del inodoro para poder pararse sobre él y aliviar el dolor en sus brazos. Viviendo en la oscuridad de día y de noche, los hombres recibían visitas periódicas de los guardias, que al parecer llegaban con látigos anudados en las extremidades con las que golpeaban a los hombres. Cuando los guardias sacaron a los hombres después de sus primeros cinco días en confinamiento solitario, los brazos de los prisioneros estaban demasiado hinchados como para para caber en sus chaquetas.

Desde Alcatraz, Joseph Hofer solamente compartió una sensación de dificultad general al escribir a su esposa, María. Como sus hermanos, Joseph omitió detalles de su encarcelamiento solitario; o puede ser que

los funcionarios de la prisión hayan eliminado cualquier detalle desagradable o incriminatorio de las cartas enviadas. Él escribió:

> Mi preciosa y querida esposa, sigo en prisión y no sé si nos volveremos a ver. Espero que lo hagamos; pero si no es en este mundo, entonces en ese otro lugar donde nadie nos separará el uno del otro. Pero para llegar allí, debemos despojarnos de todos los deseos de la carne y tomar la cruz sobre nosotros mismos, junto con el odio y las burlas del mundo, y mirar a Jesús nuestro Salvador, a sus apóstoles y a nuestros antepasados. como dice Pablo en Hebreos 12. Porque tenemos una nube de testigos delante de nosotros. Y allí encontrará que todos los que se complacieron con Dios tuvieron que sufrir aflicción. Ahora, mis mejores deseos para ustedes y para todos los que leen esta carta. Amén.

Los hermanos Hofer (o, como se les conocía en Alcatraz: Nº. 15238, 15239 y 15240) y Jacob Wipf (Nº. 15237) pudieron dar muy poca información de los momentos traumáticos de su vida en Alcatraz. En sus cartas no se menciona lo que luego saldría a la luz: dormir sobre cemento húmedo en ropa interior, estar de pie durante horas encadenado, ser golpeado por los guardias.

El Día del Armisticio, el 11 de noviembre de 1918, los residentes de San Francisco se reunieron para celebrar el fin de la guerra con rondas de *"Auld Lang Syne"*.[1] Tres días después del armisticio, los huteritas fueron trasladados al Fuerte Leavenworth en Kansas, todavía encadenados. Durante el viaje en tren, Michael Hofer escribió su última carta:

> Que la gracia y la paz sean contigo. Quiero escribirte que ahora estamos de camino al Fuerte Leavenworth. Sin embargo, no sabemos qué será de nosotros allí. Solo Dios el Todopoderoso sabe si nos volveremos a ver en este mundo, porque vamos de una aflicción a la otra. Rogamos sinceramente a Dios, porque Él nos ha prometido que no se nos cae un solo cabello de la cabeza sin que sea su voluntad. Y si no nos volvemos a ver en este mundo, nos veremos en el próximo mundo.

---

[1] Comentario editorial: *Himno patriótico escocés, escrito Robert Burns.*

Joseph, igualmente, escribió su última carta a casa, a María:

> Y cuando mires nuestros garabatos, podrás imaginar lo deprimidos que están nuestros espíritus, porque estamos donde las olas rugen y en el momento en que los mares arrojan a los muertos, si tan solo pudieras ver esto de la manera correcta. Todo esto es momentáneo, mi querida esposa. . . Mis mejores saludos para ti y nuestros queridos hijos, padre, madre y todos los hermanos y hermanas en la fe.

Los hombres llegaron al Fuerte Leavenworth alrededor de la medianoche del 19 de noviembre. Aunque los relatos de lo que sucedió a continuación difieren, David Hofer describió una marcha por las calles hasta el cuartel y luego una larga espera al aire libre antes de que llegara la ropa de la prisión. Michael y Joseph Hofer se quejaron de un dolor agudo en el pecho poco después de su llegada. Fueron trasladados al hospital. David Hofer y Jacob Wipf fueron puestos nuevamente en confinamiento solitario cuando dijeron que no podían trabajar en el fuerte.

La condición de Michael y Joseph se había deteriorado. David envió un telegrama instando a los miembros de la familia a acudir rápidamente. La familia llegó el 28 de noviembre. Joseph apenas podía comunicarse. Michael no estaba mucho mejor que Joseph. A la mañana siguiente, cuando la esposa de Joseph, María, fue a verlo, él ya estaba muerto. Al principio, los funcionarios de la prisión no querían que ella viera su cuerpo. Pero, María persistió y descubrió al acercarse al ataúd, para su consternación, que lo habían estado vestido con uniforme militar después de muerto. Unos días después, el 2 de diciembre, Michael murió.

La Oficina del Cirujano del Cuartel Disciplinario mencionó la neumonía como la causa de muerte de ambos hombres, una designación común para la influenza española que entonces se extendía por la prisión. La iglesia huterita, sin embargo, estaba convencida de que los hombres murieron a causa del maltrato por parte del ejército de los Estados Unidos en los meses previos a su muerte. David fue liberado para acompañar los cuerpos de sus hermanos de regreso a Dakota del Sur.

Ningún representante del gobierno de los Estados Unidos se disculpó jamás con las familias de los hermanos Hofer, que luego emigrarían a Canadá. Los miembros de la iglesia se apresuraron a absolver al presidente Wilson y al secretario de Guerra Newton Baker de responsabilidad directa, culpando a los generales demasiado entusiastas de los campos. Otros observadores fueron menos indulgentes. Frank Harris, el editor cosmopolita de *Saturday Review*, escribiría en sus memorias:

¿Hay alguna duda sobre quién es el mejor hombre, los hermanos Hofer que pasaron por el martirio hasta la muerte por su noble creencia, o el secretario Baker, que fue responsable de su asesinato? Después de que los hechos fueron llevados ante el Secretario [de Guerra] una y otra vez, día tras día y mes tras mes, por fin, el 6 de diciembre de 1918, casi un mes después de que terminó la guerra, el Secretario Baker encontró tiempo para emitir una orden que prohíbe los castigos corporales crueles y esposar a los prisioneros a los barrotes de sus mazmorras, etc. El secretario Baker ya sabía que se practicaba esa tortura y que era ilegal.

El propio Baker expresó poco arrepentimiento: "Yo sé del horror de [la guerra]. . . y no tengo ninguna simpatía intelectual o sentimental con la objeción de conciencia o de cualquier otro tipo de personas quienes se quedaron de este lado y prefirieron un lugar seguro y lucrativo a lugares de peligro y sus obligaciones".

Cuando Jacob Wipf fue finalmente liberado de su "lugar seguro y lucrativo" en abril de 1919, vio las tumbas de sus compañeros por sí mismo. Con el indulto concedido por la Fiscalía General del Ejército, regresó a casa once meses después de su arresto, justo a tiempo para la siembra de primavera.

19

Emanuel Swartzendruber

Perseguido en 1918 en EE.UU.



El 4 de marzo de 1918, Emanuel Swartzendruber sacó un borrador de citación de su buzón. La carta le ordenaba que se presentara en Bad Axe, Michigan. Desde allí se iría al Campamento Greenleaf en el Fuerte Oglethorpe, Georgia. Aunque Emanuel era menonita y aborrecía la violencia de cualquier tipo, cumplió con la citación y se presentó a la ubicación asignada según lo ordenado. Él y otros diecisiete jóvenes viajaron en tren hasta el Campamento Greenleaf.

En su primer día en las fuerzas armadas, Emanuel limpió baños y reparó el sistema de alcantarillado como miembro de la policía de saneamiento. Fue un trabajo duro, pero no inusual para los nuevos reclutas. Esa noche se arrodilló al pie de su litera para orar. Otros soldados, con la esperanza de exasperar al devoto joven, le insultaban para ahogar sus palabras.

Por la mañana, los nuevos reclutas fueron guiados en un recorrido por lugares destacados de la Guerra Civil. El comandante animó a Emanuel y

a sus compañeros reclutas a seguir los pasos de los soldados estadounidenses del pasado. Posteriormente, recibieron otra conferencia, esta vez con el capellán militar. Comparó al Kaiser con Goliat, a los Estados Unidos con David, y a los soldados estadounidenses con las piedras de David que usaría para derribar al gigante. Explicó que estaban librando la batalla del Señor. Para terminar, oró para que cada uno de estos nuevos reclutas se llevará a casa muchas pieles alemanas una vez que terminada la guerra.

Todo eso fue demasiado para la conciencia de Emanuel. El joven sabía que ya no podía participar de tal glorificación a la violencia. Presentó sus papeles de objeción de conciencia a su comandante en jefe, quien lo sacó del ejercicio y le ordenó trabajar en la cocina. Emanuel agradeció el gesto respetuoso, pero explicó que, al preparar comidas para los soldados, seguía contribuyendo a la agresión militar. El oficial accedió una vez más a adaptarse a la conciencia de Emanuel. "Cuida tu litera para que no se escape", fueron las nuevas órdenes para el recluta, esencialmente confinándolo a los cuartos. Los días de Emanuel fueron largos y aburridos, pero a pesar de las burlas ocasionales de los soldados, estaba contento.

Unas semanas más tarde, fue transferido al Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales Médicos. Descubrió que su compañero de litera era de la Iglesia de los Hermanos, y los dos hombres rápidamente se unieron por su fe compartida. Oraron juntos cuando pudieron y se animaron mutuamente en sus luchas.

El nuevo oficial al mando de Emanuel tenía la reputación de castigar el "sentido común" en los objetores de conciencia. El sargento ordenó a Emanuel y a otro joven que se vistieran con el uniforme militar. Ellos lo rechazaron. Esto resultó en una fuerte paliza, pero Emanuel, al ver que el otro joven no se rendía, se animó a mantenerse firme de la misma manera que su amigo.

Después del desayuno, se ordenó a Emanuel y a otros tres objetores de conciencia a que derribaran una letrina. Mientras trabajaban, los soldados los golpeaban con trozos de madera. Alguien agarró a Emanuel por los pantalones y le golpeó la cabeza contra el techo de la casa. Cuando

se quitó la última tabla del inodoro, el sargento dijo: "Ahora te mostraremos lo que tu Jesús puede hacer cuando estás en nuestras manos". Empujó a uno de los otros hombres al pozo negro. El hombre se hundió hasta las axilas llenas de inmundicia. Otros soldados le echaron excrementos en la cabeza en un simulacro de bautismo. Uno de los espectadores miró hacia arriba y se burló diciendo: "¿Puedes ver a Jesús?"

El sargento ordenó a los demás objetores de conciencia que sacaran al joven de la inmundicia y lo llevaran a los baños. El sargento lo siguió, arrojando el jabón a Emanuel mientras ayudaba a limpiar al hombre maltratado. El sargento empujó a Emanuel a un rincón y lo estranguló con una pastilla de jabón, luego lo arrastró de regreso al pozo negro. Le preguntó a Emanuel si ahora estaba dispuesto a aceptar el servicio militar. El menonita fue claro y dijo: "No".

El sargento agarró a Emanuel por los tobillos y hundió la cabeza en el pozo negro. Mientras bajaba a Emanuel a los excrementos, los espectadores gritaban: "¡No lo pongas más, lo matarás!" Finalmente, volvió a levantar a Emanuel, sacudiendo la cabeza mientras el pobre tosía y vomitaba. "Ve y lávate", gruñó el sargento.

Más tarde ese día, cuando Emanuel estaba descansando en su litera, el sargento pasó y se burló de él. "¿Todavía me amas?" Emanuel respondió con sinceridad: "Sí, lo hago". El sargento se alejó de él.

Cuando los objetores de conciencia fueron llevados ante un panel de oficiales superiores, preguntaron a los jóvenes a qué denominación pertenecían. Claramente insatisfecho con sus respuestas, uno de los oficiales se volvió hacia el sargento y le ordenó: "Pon a estos hombres a pan y agua".

Los oficiales arrojaron a Emanuel a la caseta de vigilancia, pero cuando eso tampoco dio efecto, fueron sometidos a un consejo de guerra. Un tribunal militar lo sentenció a él y a otras ocho personas a diez años de trabajos forzados en el Fuerte Leavenworth, Kansas, sin pagos ni asignaciones.

De camino al Fuerte Leavenworth, los objetores fueron retenidos en una cárcel de Memphis durante unas horas. El carcelero preguntó a los hombres qué habían hecho para merecer este trato. Cuando los prisioneros explicaron

su situación, el carcelero dijo: “Eso es extraño. Ponemos a la gente en la cárcel porque pelean y tú estás aquí porque crees que está mal pelear. Si todos creyéramos como tú, no necesitaríamos esta cárcel en absoluto”, dijo el carcelero.

Más tarde, en el tren a Kansas, Emanuel volvió a hablar con el sargento que había abusado de él anteriormente. El oficial dijo: “Cuando te pusieron por primera vez en la caseta de vigilancia, pensé que no eras más que un evasor de la guerra. Desde entonces, viéndote día a día, he cambiado de opinión. Yo solía ser un niño de escuela dominical, pero ¿será posible que tú tenga razón y el resto de nosotros estemos equivocados acerca de la guerra? Espero que te traten bien en el Fuerte Leavenworth”.

El deseo del sargento para Emanuel no se hizo realidad. Cuando llegaron a su destino, los prisioneros fueron colocados en un gran contenedor de grano con varios otros hombres y taparon la luz. Solo les dieron raciones de pan y agua. Semanas más tarde, Emanuel fue asignado a labores agrícolas con una cuadrilla de trabajadores. Todo el día recogía maíz y bellotas y llenaba los silos con grano.

Dos meses después de su llegada al Fuerte Leavenworth, se firmó el armisticio, poniendo fin a la guerra en Europa. Pero la terrible experiencia de Emanuel aún no había terminado. Aunque no tuvo que cumplir el resto de su sentencia de diez años, fue enviado al Campamento Dodge, Iowa, donde los oficiales vengativos sabían que podían tratarlo mal hasta que el Departamento de Guerra ordenara oficialmente la liberación de todos los objetores de conciencia.

Finalmente, once meses después de que lo reclutaran por primera vez en el ejército de los Estados Unidos, a Emanuel Swartzendruber se le permitió regresar a su hogar.

20

Regina Rosenberg

Murió en 1919 en Dubovka, Rusia



En marzo de 1881, el zar Alejandro II de Rusia viajaba por San Petersburgo en su carruaje, custodiado por guardias armados. Mientras su séquito se preparaba para doblar una esquina, la bomba de un asesino explotó. Ileso, el zar saltó del carruaje para ver a los hombres que habían resultado heridos. En medio del caos, alguien le preguntó al zar Alejandro si estaba herido, y él respondió: "Gracias a Dios no me han tocado". El asesino, Ignacy Hryniewiecki, miembro del movimiento revolucionario *Narodnaya Volya* (voluntad del pueblo), al ver que el zar estaba expuesto, gritó: "Es demasiado pronto para agradecer a Dios", y lanzó una segunda bomba. El zar murió por esa explosión.

El atacante murió por las heridas recibidas en la explosión, y muchos de sus compañeros revolucionarios fueron encarcelados poco después de lo acontecido. Pero a los ojos de la gente, la responsabilidad total del asesinato no se detuvo allí con los encarcelados. Muchos rusos, ya propensos al antisemitismo,

culparon a la población judía del país por la muerte del zar. Esa ira infundada fue alimentada por la iglesia institucional: el fiscal en jefe de la Iglesia Ortodoxa Rusa cooperó con la policía para perseguir y predicar contra los judíos rusos.

A todo eso le siguió un baño de sangre. En todo el sur de Rusia, miles de hombres, mujeres y niños judíos fueron fusilados. Solo en Moscú, veinte mil fueron expulsados de sus hogares. Los sacerdotes ortodoxos difamaron al pueblo judío, difundiendo viejos rumores como: los judíos mataban bebés, bebían sangre y ofrecían a los cristianos como sacrificios. En 1905, el gobierno ruso publicó un documento titulado *Los Protocolos de los Ancianos de Sión*, supuestamente un plan judío para derrocar a todos los gobiernos del mundo. Este documento en realidad fue falsificado, pero fue lo suficientemente convincente como para intensificar aún más las terribles masacres y la persecución legalizada que ya estaba en vigor en contra de los judíos en Rusia.

Regina Rosenberg, judía ortodoxa, creció en este entorno violento y aterrador. Es comprensible que odiara a los cristianos como brutales perseguidores de su pueblo. Sin embargo, sus padres querían que ella recibiera una buena educación, así que cuando surgió una oportunidad, de mala gana la inscribieron a lo que era entonces su mejor opción: una universidad local dirigida por cristianos.

Regina estaba en guardia; asumió que la Biblia cristiana estaba llena de blasfemias y calumnias contra los judíos. Entonces, cuando una compañera cristiana le dio un Nuevo Testamento, Regina esperaba encontrar horribles mentiras en su interior. En cambio, mientras leía, comenzaba a darse cuenta de que Jesús, Pablo y otros escritores del Nuevo Testamento eran judíos. Las historias y cartas de la Biblia cristiana realmente honraban a Moisés y su ley.

El amigo cristiano de Regina la convenció de que los sacerdotes ortodoxos que predicaban sermones llenos de odio contra los judíos no estaban demostrando el verdadero cristianismo. Mientras Regina estudiaba el Nuevo Testamento a la luz de las escrituras judías y escuchando las descripciones de su amiga del verdadero cristianismo, se encontró orando, arrepintiéndose y deseando seguir a Jesús. Ella se había hecho cristiana.

Su familia estaba horrorizada por su conversión. Hicieron todo lo posible para que Regina volviera al redil judío. Finalmente, cuando se dieron cuenta de que no había nada que pudieran hacer para apartarla de su nueva fe, la maldijeron y la echaron de su hogar. Ella finalmente salió a las calles.

Regina encontró refugio debajo de los puentes y en las ruinas de los edificios bombardeados. La Gran Guerra, más tarde conocida como la Primera Guerra Mundial, rugía a su alrededor. En Europa del Este, el conflicto estaba llegando a su fin, pero Austria-Hungría había invadido Rusia y también había estallado la guerra civil: el Ejército Rojo de los bolcheviques había arrebatado San Petersburgo al zar y a su Ejército Blanco.

Mientras Regina viajaba entre las multitudes de personas desplazadas por estos conflictos, se encontró con Jakob y Tina Dyck en las calles de Jarkov. Jakob era de Crimea y se había criado entre los menonitas. Era un objetor de conciencia al servicio militar, había consentido en servir como no combatiente en un hospital del ejército. Sus experiencias allí habían cimentado el deseo en su corazón de trabajar por la paz, y ahora él y su esposa, Tina, viajaban por Rusia compartiendo acerca de Cristo con otros refugiados. Regina admiró a la pareja tanto que decidió unirse a su trabajo.

Viajó con su grupo a través de un mundo trastornado por la guerra. Dondequiera que se detuvieran (campamentos, pueblos y bases militares) llevaban a cabo reuniones de evangelización. Regina se hizo amiga de Tina Dyck y Luise Hübert Sukkau, una joven de una colonia menonita del río Molochna. El tamaño del grupo aumentaba y disminuía, y a menudo no tenían ni siquiera comida, pero estaban comprometidos con su misión, trabajando y enseñando con entusiasmo. Los menonitas visitaban hospitales, consolaban a las mujeres rusas cuyas vidas habían sido destruidas y predicaban donde encontraban oyentes.

Pero en el caos de la posguerra, bandas merodeadoras de anarquistas se estaban aprovechando de las aldeas devastadas por la guerra, quemando, saqueando y matando. Viajar era extremadamente peligroso. En el otoño de 1919, Jakob Dyck le dio al grupo una opción: ellos podían viajar directamente a la colonia menonita de Luise

que se encontraba cerca del río Molochna, donde ellos podrían encontrar seguridad y refugio para el invierno, o podrían prolongar su viaje, deteniéndose en cada una de las aldeas a lo largo del camino para compartir las buenas nuevas de Cristo. La segunda opción aumentaría drásticamente sus posibilidades de encontrar una banda de asaltantes. La decisión fue unánime: se detendrían en las aldeas.

El grupo se dividió en grupos más pequeños para visitar de manera más eficiente los pueblos cercanos. Regina, Jakob, tres hermanos y Luise fueron a Dubovka, una ciudad con solo unos pocos cristianos nuevos. La Sra. Peters, una viuda, fue la anfitriona del pequeño grupo de menonitas la primera noche. Por la mañana, preparó el desayuno; pero antes de que pudieran comer un bocado, un grupo de anarquistas entró en la casa. Ellos se sentaron en silencio alrededor de la mesa con los cristianos.

Jakob rompió el silencio diciendo: "Le serviremos el desayuno", pero somos creyentes y antes de comer, leemos la Biblia y oramos". Los anarquistas, cargados con sables y cinturones de munición, no dijeron ni una palabra, pero escucharon a Jakob leer un pasaje de las Escrituras. Cuando llegó el momento de orar, Regina y sus amigas se pusieron de pie. Los anarquistas también lo hicieron, mostrando una cortesía sorprendente.

Cuando terminaron de comer, los invitados "no invitados" exigieron que Regina y su amiga Luise bailaran para ellos. Pero en vez de bailar, ellas dos cantaron. Durante esta serenata, la sala se llenó de más y más hombres armados. Terminaron y Jakob dio un largo sermón sobre la paz de Cristo. Cuando su voz se volvió ronca por hablar, la Sra. Peters le trajo dos huevos crudos para tragar y aliviar su garganta. Los anarquistas estaban fascinados. Algunos de los hombres parecían conmovidos por las palabras de Jakob. Finalmente, al mediodía, salieron de la casa de la señora Peters.

Sin inmutarse por la presencia de los anarquistas en el pueblo, y quizás incluso animadas por su respuesta a la enseñanza de Jakob, Regina y Louise fueron a la escuela local para enseñar a un grupo de niños. Pronto Jakob las siguió junto con otro misionero. El maestro y su esposa le dieron la bienvenida al aula y todos se arrodillaron para orar.

Mientras tanto, un segundo grupo de anarquistas irrumpió en la casa de la señora Peters. Golpearon a uno de los cristianos restantes y luego le ordenaron a la señora Peters que le vendara las heridas con una sábana rota. También, obligaron al hombre golpeado a limpiar su sangre del suelo y luego le obligaron a llevarlos a la escuela donde estaban sus compañeros.

“¿Quién les dio permiso para celebrar una reunión aquí?” preguntó el líder anarquista mientras entraban al aula. Formaron a Regina, Luise y los hombres contra una pared. Horrorizada por lo que estaba a punto de suceder, la maestra de la clase rogó a los anarquistas que evitaran que los niños vieran la ejecución tan sangrienta. Los anarquistas estuvieron de acuerdo y llevaron a sus cautivos a un granero al otro lado de la calle.

La esposa del maestro corrió hacia una ventana en otro salón de clases. Vio como Jakob, Regina y los demás obedecían sin resistirse. Dos anarquistas golpearon a Jakob con las culatas de sus rifles mientras él se cubría la cara con las manos. Luego, el grupo desapareció en el establo. Sonaron varios disparos.

Hubo un largo silencio. Entonces Regina apareció en la puerta del granero. Uno de los anarquistas la siguió y la obligó a salir. A través de la ventana, la esposa de la maestra vio la boca de Regina moverse, pero no pudo escuchar lo que la joven le decía a su captor. Una y otra vez, Regina señaló el cielo. El anarquista la condujo de regreso al granero.

Dos días después de este suceso, Danilo Astachov y Andrey Epp, dos de los seguidores de Jakob Dyck, llegaron a Dubovka. Ellos encontraron la masacre. Las casas a las que entraron estaban llenas de cadáveres: ochenta y dos hombres, mujeres y niños en total, agrupados en pequeños grupos. Finalmente, la pareja entró al granero frente a la escuela.

Frente a la puerta, encontraron los cuerpos desnudos y mutilados de Jakob Dyck y otro hombre. Más adelante, descubrieron los cuerpos de otro de sus amigos y de Luise Sukkau. No lejos de los demás, encontraron el cuerpo de Regina Rosenberg. Su cuello fue cortado y su cabeza estaba partida con una enorme herida. Pero su cuerpo no estaba arrugado en el suelo como los demás. Todavía descansaba de rodillas en una postura de oración.

21

Eberhard y Emmy Arnold

Perseguidos en la década de 1930 en Alemania



EBERHARD ARNOLD nació en 1883 en Königsberg, Prusia Oriental, en una familia académica. Para vergüenza de sus padres, cuando tenía dieciséis años experimentó una conversión y se dedicó al trabajo de evangelización con el Ejército de Salvación. Sintió el llamado a dedicar su vida a contarles a otros acerca de Jesús. A partir de entonces, la vida de Eberhard estaría marcada por su deseo inquebrantable de vivir en el camino radical de Cristo.

Eberhard estudió teología en Halle an der Saale, donde en 1907 conoció a su futura esposa, Emmy von Hollander, hija de un profesor y miembro de la aristocracia alemana báltica. Fue amor a primera vista, un amor solo superado por su amor compartido por Jesús. Ambos participaron con entusiasmo en un movimiento de avivamiento que entonces se extendía por Alemania y, a través de las Escrituras, se convencieron del bautismo de los creyentes. Cuando sus convicciones fueron conocidas, la madre de Emmy amenazó con suicidarse si Emmy, que había sido

bautizada cuando era bebé, era bautizada de nuevo de adulta, y Eberhard no podría tomar su examen de doctorado en teología a pesar de haber presentado su tesis. Sin inmutarse, ambos abandonaron la iglesia estatal luterana y recibieron el bautismo como creyentes al año siguiente, aunque sin unirse a otra denominación. Eberhard cambió sus estudios a filosofía y recibió su doctorado en 1909. La pareja se casó inmediatamente después.

Eberhard se lanzó a la evangelización y al trabajo editorial con el Movimiento Estudiantil Cristiano. Pero durante los años siguientes, se sintió cada vez más insatisfecho con el cristianismo evangélico de las "iglesias libres" de Alemania, que parecían centrarse malsanamente en la salvación personal mientras evitaban las implicaciones sociales de las demandas por Jesús en los Evangelios, especialmente el sermón del monte. La injusticia social y los horrores de la Primera Guerra Mundial solo fortalecieron su convicción de que el discipulado exigía más de lo que la mayoría de los cristianos estaban dando. También se convenció de que un seguidor de Jesús debe renunciar a toda violencia y participación del poder coercitivo del estado.

Alemania fue derrotada en 1918, poniendo fin a la "Gran Guerra". Una sucesión de revoluciones barrió Europa al año siguiente. Eberhard y Emmy comenzaron a organizar noches de debate en su casa de Berlín para buscar respuestas en las enseñanzas de Jesús a esos tiempos turbulentos en los que se encontraban. A través de esta búsqueda, sintieron un llamado a dejar todo para seguir a Cristo más fielmente. Se mudaron de Berlín al remoto pueblo de Sannerz. Allí, con un puñado de cristianos de ideas afines, comenzaron a vivir en comunidad de bienes siguiendo el ejemplo de la primera iglesia en Jerusalén. Miles de invitados vendrían en los próximos años, y aunque la mayoría se mudaría, más de unos pocos se quedaron. La comunidad se trasladó a una granja cercana y sus filas aumentaron gradualmente a más de cien. Inspirados por los huteritas del siglo XVI, adoptaron el nombre de *Bruderhof*, o "lugar de los hermanos".

En 1929, Eberhard, cuyo aprecio por el testimonio de los primeros huteritas solo se había profundizado después de una década de vida comunitaria, entró en contacto con sus descendientes quienes vivían en América del Norte. Cruzó el Atlántico para vivir entre ellos durante un año, y en diciembre de 1930 fue ordenado ministro por parte de toda la iglesia huterita y se le dio la responsabilidad sobre el *Bruderhof* alemán y de la misión en Europa.

Los problemas comenzaron poco después del ascenso al poder de Adolf Hitler en 1933. Al escuchar la noticia de que el presidente Hindenburg había designado a Hitler como canciller, Eberhard comentó: “El presidente no tiene idea qué demonios está conjurando”. Calificada de comunistas, su comunidad se convirtió casi de inmediato en blanco de la hostilidad oficial. Eberhard y los demás miembros se negaron a utilizar el saludo de *Heil Hitler* o levantar la bandera de la esvástica. En reuniones de la comunidad y sus invitados, Eberhard denunció al nacionalsocialismo como “despotismo tiránico” y “un movimiento en absoluta oposición a la cruz”. Su rechazo al antisemitismo y al racismo incluyó dar la bienvenida a la comunidad a personas de ascendencia judía, romaní y no europea.

Los nazis solidificaron su poder rápidamente durante las siguientes semanas, a través del ataque a empresas judías, el incendio del Reichstag y la Ley de Habilitación, que otorgó a Hitler los poderes de un dictador. El hostigamiento local al *Bruderhof* también se intensificó, con registros domiciliarios por parte de la policía, boicots de sus productos y amenazas por parte de vecinos con simpatías nazis. El Viernes Santo de 1933, la comunidad se reunió para discutir qué hacer. Emmy dijo entonces: “Debemos saber exactamente lo que está sucediendo realmente. No se está escribiendo nada al respecto. . . Ahora los judíos están siendo perseguidos; los siguientes serán los cristianos”.

“Es urgentemente necesario que dejemos perfectamente claro a las autoridades por qué vivimos como lo hacemos y cuál es nuestro propósito. Hitler dice cosas terribles en sus discursos”, agregó otro miembro.

Eberhard expresó lo que todos estaban sintiendo cuando dijo: "Queremos poner todos nuestros esfuerzos en la construcción de este lugar siempre que lo tengamos como un monumento al honor de Dios. Hasta el último momento aquí, queremos hacer todo lo posible. . . Permaneceremos firmes en este lugar que nos fue concedido hasta que Dios nos envíe un llamado directo a dejarlo. . . Creo que es posible hablar muy claramente con este gobierno. Por eso debemos pedirle a Dios que sea posible una entrevista y que se nos conceda un intercambio completamente franco".

Durante ese verano y otoño, Eberhard visitó repetidamente varias oficinas del gobierno regional para obtener información y ganar simpatía pora la causa de la comunidad. El 27 de octubre tuvo una reunión difícil con un tal Dr. Stachels, quien le habló de una próxima votación nacional obligatoria en la que se convocaría al pueblo alemán a afirmar las políticas de Hitler. El oficial nazi le dijo: "Si no dicen que sí, solo resta una cosa: el campo de concentración".

Conmocionado por este intercambio, Eberhard regresó de Fulda en taxi, pero recorrió el último tramo a pie, como de costumbre. Caminando en la oscuridad sobre un terreno traicionero, resbaló y sufrió una fractura compuesta de su pierna. Llevado a su casa con un dolor considerable, Eberhard inmediatamente reunió a la comunidad para informar sobre su día. Como habría de recordar más tarde uno de sus hijos:

Nos contó la triste respuesta que había recibido de parte del funcionario nazi y que la no participación en la próxima votación significaría ir a un campo de concentración. Sufría mucho, pero nos habló con amor ardiente para fortalecer la fe de todos nosotros, para que todos pudiéramos estar listos para resistir la necesidad y tal vez incluso la muerte al final. Para ganar tiempo sugirió que deberíamos ir a la votación, pero que todos deberían escribir la misma declaración, es decir, que reconocemos al gobierno, pero tenemos un llamado diferente que es el de Cristo.

Dos días después, Eberhard se dirigió a la comunidad nuevamente, recordándoles que Dios podría llamarlos a dar el mismo sacrificio ofrecido por los primeros mártires cristianos y anabautistas:

> El miedo más profundo que tenemos que tener no es, en modo alguno, el miedo ha ser perseguidos, por difícil que sea cuando se nos impongan dificultades externas. La desesperación más profunda es cuando el miedo se apodera de una persona, el miedo que nos debilita ante la persecución. Porque este miedo es el que muestra que uno está perdiendo su firme conexión con Dios. Por eso en estos tiempos difíciles e inciertos es fundamental que, ante el peligro amenazante, encontremos la sabiduría que impida que el miedo nos supere. . . En una devoción silenciosa queremos estar preparados para lo que Dios quiera hacer con nosotros.

Con la votación inminente, Eberhard escribió en nombre de la comunidad al propio Hitler. La carta dejaba en claro que, aunque los miembros de *Bruderhof* respetaban al gobierno por haber sido puesto sobre ellos por Dios, no reconocerían a Hitler como su líder [*Führer*] ya que su lealtad pertenecía ante todo al verdadero "líder [*Führer*] y libertador": Jesucristo. . . Eberhard concluyó su carta con una oración por la conversión de Hitler "de ser un instrumento histórico como portador de la autoridad estatal suprema a ser un embajador del Cristo humillado".

El día de la votación nacional, todos los miembros de *Bruderhof* acudieron a las urnas según lo requerido. Pero en lugar de votar sí o no, colocaron una calcomanía escrita a mano en sus boletas que decía:

> Por convicción y voluntad, estoy comprometido con el evangelio y el discipulado de Jesucristo, el reino venidero de Dios, el amor y la unidad de su iglesia. Esta es la única vocación que Dios me ha dado como mi vocación. Por esta fe intercedo ante Dios y ante todo el pueblo por mi patria y sobre todo por el gobierno del Reich como hombres con otra y diferente vocación, que no es la mía, sino una vocación dada por Dios a mis queridos gobernantes Hindenburg y Hitler.

Esta afirmación radical no pasó desapercibida. Cuatro días después de la votación, la *Bruderhof* estaba rodeada por 140 soldados de la Gestapo y las tropas de asalto. Emmy recordaría más tarde:

No se le permitió salir a nadie de su habitación o lugar de trabajo, y en cada puerta estaba uno de estos hombres. Luego entraron en las habitaciones y registraron todo . . . Buscaron más tiempo en el estudio de Eberhard, en los archivos y en la biblioteca, buscando escritos "hostiles al estado". El propio Eberhard yacía en el sofá con su pierna recién operada, mientras estas personas entraban y registraban. Probablemente les hubiera gustado llevarse a Eberhard en ese momento y ponerlo en un campo de concentración. Pero, ¿qué podían hacer con este enfermo? A última hora de la noche partió un gran automóvil cargado de libros, escritos y registros extraídos de la casa.

Después de la redada, se intensificó la persecución sobre la *Bruderhof*. En diciembre de 1933, el superintendente del distrito escolar, que antes era un buen amigo, vino a evaluar a los alumnos de *Bruderhof* para ver si habían sido "instruidos patrióticamente" como se requería. Después de descubrir que los niños no estaban familiarizados con la ideología nazi, les ordenó que cantaran una canción nazi. Los niños guardaron silencio. Como consecuencia, se ordenó el cierre de la escuela y el superintendente dispuso que los maestros nazis fueran enviados después de Navidad para hacerse cargo de la educación de los niños.

En respuesta, Eberhard hizo arreglos para que todos los niños en edad escolar se fueran de Alemania poco después del Año Nuevo. Finalmente, todos se reunieron en una propiedad recién alquilada en el centro de Liechtenstein, que se encontraba a una altura de 4800 pies a nivel del mar. Aquí se inició una nueva escuela, con una comunidad para apoyarla. Durante los siguientes dos años, Eberhard haría repetidos viajes por la accidentada carretera alpina, en invierno yendo con muletas durante la última media milla, a menudo a través de la nieve hasta las rodillas. Su pierna nunca se había curado adecuadamente. En marzo de 1935, Hitler anunció la introducción de la inscripción militar obligatoria, a partir del 1 de abril. La pena por

incumplimiento era la muerte. Todos los hombres alemanes en edad militar de la comunidad partieron de Alemania hacia Liechtenstein antes de la fecha límite. Aunque esto garantizó su seguridad temporalmente, no pudieron volver a ingresar al país, y su repentina partida supuso un duro golpe para los negocios agrícolas, editoriales y artesanales de la comunidad.

En mayo de 1935, Eberhard sentía un aumento de las molestias en la pierna. A Emmy le preocupaba que se volviera todavía más torcida. Durante el último medio año, había estado sufriendo de hinchazón y dolores persistentes, cicatrización inadecuada de los huesos y latidos cardíacos irregulares. Fue hospitalizado brevemente, pero pronto la imperiosa necesidad de liderar la comunidad y protegerla de la persecución nazi lo puso de nuevo en pie.

A estas alturas, la *Bruderhof* no solo estaba empobrecido por los boicots locales, sino que estaba aislada. Los intentos de Eberhard de unir fuerzas con otros cristianos que rechazaban el nacionalsocialismo habían tenido un éxito desigual. Dietrich Bonhoeffer había respondido afectuosamente y las amistades forjadas con menonitas y cuáqueros holandeses las resultarían más tarde cruciales. Pero la mayoría de los cristianos alemanes a los que se acercó, incluidos la Liga de Emergencia de Pastores e incluso los anabautistas alemanes prominentes, desconfiaban de la negativa de *Bruderhof* a portar armas, argumentando que era su obligación, según Romanos 13, servir en el ejército de Hitler. Martin Niemöller, el valiente pastor antinazi que más tarde ganaría fama como sobreviviente de los campos de concentración, era uno de ellos. Cuando Eberhard envió representantes a su casa para pedir solidaridad, se negó incluso a estrecharles la mano, declarando: “Estoy orgulloso de haber servido como comandante de submarinos en la última guerra. Si Hitler me llama para que vuelva a mi puesto, iré de nuevo”.

Mientras tanto, Eberhard, acompañado de su hijo, viajó por Inglaterra durante tres meses para recaudar fondos. No podía permitirse el tiempo para recibir más atención médica, y pasó el verano y el otoño viajando entre Alemania, Liechtenstein y Suiza para mantener unida a la comunidad dispersa, recaudar dinero y hacer frente

a los intentos oficiales de cerrar *Bruderhof*. Alarmada por la terrible condición de la pierna de Eberhard, Emmy se puso en contacto con el Dr. Paul Zander, un cirujano de Darmstadt y amigo de toda la vida. Programaron una cita para el 13 de noviembre de 1935.

En los días previos a su ingreso en el hospital, Eberhard pasó mucho tiempo preparando una serie de charlas sobre la historia de los primeros anabautistas y otros grupos cristianos. Su esposa recordó más tarde: "Estaba tremendamente animado, lleno de entusiasmo por la obra de Dios en la historia. Habló con la comunidad durante horas, lleno de fuego interior y un profundo movimiento de corazón ¡Cuánto anhelaba que algo de esto pudiera despertar de nuevo en nuestro círculo! "Desde el hospital de Darmstadt, Eberhard le escribió a su esposa:

> Cuán pequeña en sí misma es la vida de un individuo; cuán pequeña es la vida familiar de marido y mujer con sus hijos; qué pequeño también el círculo de amigos que se sienten atraídos entre sí a nivel personal; qué tan pequeñas son las áreas de trabajo individuales como la cocina, ¡el cuarto de costura o la oficina! y finalmente, ¡qué pequeño es *Bruderhof* con todas sus pequeñas almas!
>
> ¡Pero cuán grandes son Dios y su reino! Cuán grande es la hora histórica de la crisis mundial, del sufrimiento mundial y de la catástrofe mundial ¡Y cuánto mayor es aún la hora del juicio mundial de Dios y la hora de la redención venidera de Cristo! Cuán ardiente debe ser nuestro anhelo de aprender más y más sobre todas estas cosas, de profundizar cada vez más, de interesarnos en ellas ¡Y con qué ardor deberíamos esperar y anhelar el Día mismo, el Día que viene, el Día liberador y unificador!

Cuando el Dr. Zander examinó a Eberhard, instó a que se llevara a cabo de inmediato una intervención quirúrgica para restablecer el hueso. La operación, que tuvo lugar el 16 de noviembre, reveló que la pierna de Eberhard había sido abusada sin piedad durante los dos años anteriores; no solo la fractura no sanó, sino que la médula ósea y el tejido circundante estaban infectados. Sería necesaria una amputación.

El miércoles 20 de noviembre era feriado nacional, el Día del Arrepentimiento. Aunque ahora Eberhard estaba casi inconsciente, se despertó y gritó en voz alta para que otros escucharan: "¿Se han arrepentido Hitler y Goebbels?"

La cirugía para amputarle la pierna se realizó al mediodía dos días después. Aunque la operación sólo duró diez minutos, Eberhard nunca recuperó el conocimiento y murió a las cuatro de la tarde. Su cuerpo fue llevado a casa, *Bruderhof,* para su entierro.

Las palabras de Eberhard en 1934 resumen su actitud hacia uno de los gobiernos más opresivos de la historia:

> El apóstol Pablo dice que somos embajadores de Dios, representando a Cristo, el Rey Mesías, el regente del último reino (2 Corintios 5:20). Cuando el embajador británico está en la embajada británica en Berlín, no está sujeto a las leyes de Alemania. Los terrenos de la embajada son inviolables. En la residencia del embajador, solo son válidas las leyes del país que representa. Somos embajadores del reino de Dios. Esto significa que no hacemos nada en absoluto, excepto lo que el mismo rey del reino de Dios haría por su reino. Cuando nos encargamos de este servicio, corremos un peligro mortal.

Una mañana al amanecer, dos años después de la muerte de Eberhard, la comunidad fue nuevamente rodeada por la Gestapo y la policía. Esta vez el propósito de la redada ya no era investigar. Se disolvió *Bruderhof*, se confiscaron sus bienes y se arrestó a sus directores. (Fueron liberados dos meses después). Los otros miembros fueron transportados fuera del país en autobús y los menonitas les dieron refugio temporal en los Países Bajos. Finalmente, se fundarían nuevas comunidades *Bruderhof* en Inglaterra y Paraguay y, después de la guerra, en los Estados Unidos, Alemania y Australia. A través de la continua vida de la comunidad de la iglesia que él fundó, el trabajo y el testimonio de Eberhard perduran después de él.

22

Johann Kornelius Martens

Muerto en 1938 aprox. En Zaporiyia, Ucrania



Johann Kornelius Martens no se propuso convertirse en pastor; él era un joven de ascendencia alemana, era maestro de escuela en el pueblo ucraniano de Michaelsburg, y más tarde en los pueblos de Dobas y Einlage. Estas comunidades estaban pobladas en gran parte por menonitas alemanes quienes se habían trasladado a Ucrania. A finales de 1700 y principios de 1800 vieron una afluencia de inmigrantes que buscaban tierras y libertad religiosa en esta fértil región agrícola. Pero el siglo siguiente fue testigo de una gran agitación política y cultural en Europa. Incluso en Ucrania, la rápida industrialización y la militarización no dejarían intactos a los religiosos y pacíficos menonitas.

En 1897, Johann se casó con Katharina Janzen. La pareja tuvo catorce hijos, seis de los cuales murieron cuando todavía eran bebés y Katharina murió en 1921. Poco después, Johann se volvió a contraer matrimonio con Maria Peters, una viuda

que ya tenía cuatro hijos. Johann luchó para mantener a su numerosa familia, a pesar de que ahora era el jefe del distrito educativo de su región.

Un tiempo atrás, Johann había sido perseguido por una banda de luchadores anarquistas leales a Nestor Makhno, cuyos ataques anti-burgueses señalaron particularmente a los prósperos terratenientes menonitas. Mientras Johann huía a pie por la noche a un pueblo cercano, le prometió a Dios que, si le perdonaban la vida, aceptaría el llamado al ministerio. Jahann escapó con éxito en esa ocasión.

En 1917, su congregación en la comunidad de Konsweide lo eligió como predicador. En 1924, después de su segundo matrimonio, fue elegido anciano. Johann también se hizo cargo de la granja de sus padres para complementar sus escasos ingresos.

Pero las condiciones de los menonitas en Ucrania empeoraron rápidamente. El represivo régimen marxista estaba extendiendo su influencia a las áreas rurales y creció el sentimiento anti-alemán. Muchos miles de menonitas que pudieron hacer el viaje emigraron a América del Norte.

Aunque Johann estaba ansioso por servir a su congregación y a los menonitas de su región, aceptar el puesto de anciano no había sido fácil. Responder al llamado al ministerio significó elegir dificultades y posibles peligros para él y su familia. En ese momento, todos los predicadores tenían que registrarse con el gobierno y renunciar a su derecho al voto.

En 1925, Johann fue como delegado a la conferencia general menonita en Moscú, una reunión que más tarde se llamaría el "Segundo Sínodo Anabautistas de los Mártires". De los ochenta y seis delegados presentes en la conferencia, solo dieciocho llegarían a un lugar seguro en América del Norte. Durante los siguientes dieciséis años, todos los demás serían encarcelados, desterrados o asesinados por el gobierno comunista. (Dos de las hijas casadas de Johann lograron emigrar a Canadá, pero Johann y el resto de la familia no pudieron seguirlas porque una de sus hijas, Kaethe, tenía una discapacidad física

por lo que no era elegible para emigrar a los Estados Unidos o Canadá).

Johann regresó de la conferencia y continuó pastoreando su rebaño. Pero, las expresiones religiosas eran cada vez más restringidas o prohibidas. Los impuestos a los pastores se incrementaron gradualmente hasta que ya no podían permitirse alimentar a sus familias. Johann pagaba los impuestos fielmente mientras pudo; cuando ya no pudo pagar, la congregación reunía la cantidad necesaria para pagar el impuesto en su nombre. Sin embargo, estaba claro que el objetivo del gobierno era hacer prácticamente imposible adorar o mantener una posición de autoridad religiosa. Johann sabía que incluso si pagaba el impuesto, eventualmente sería expulsado.

La creciente persecución pronto salió a la luz. En 1929, el gobierno obligó a Johann y su familia a abandonar su hogar. Él junto con su familia pudieron permanecer en la aldea poco tiempo antes de que las autoridades los cargaran en un camión y los llevaran a la ciudad de Kronsweide, donde pudieron alojarse con familiares. Pero esto no duró mucho tiempo. Al año siguiente, el consejo de la aldea local votó a favor de restringir a Johann una vez más, con el argumento de que era miembro de la burguesía y tenía opiniones antisoviéticas. Él y su familia fueron trasladados esta ves a Neuenburg, donde se les dio una pequeña cantidad de tierra infértil en las afueras del pueblo. Aunque plantaron verduras y papas, no se les permitía cosecharlas.

La noche del 27 de junio de 1931; Johann, María y dos de sus hijos menores fueron metidos en vagones de ferrocarril con otras dos mil personas y fueron desterrados a la dura región de los Urales. Durante el viaje de diez días, los deportados a menudo cantaban la canción *“Befiehl du deine Wege”*. El versículo final es una oración poderosa:

Ponle fin, oh Señor, ponle fin a todas nuestras angustias,

fortalece nuestros pies y nuestras manos,

y hasta nuestra muerte

en todo momento permítenos

sentir tu cuidado y fidelidad, y así seguir nuestro camino al cielo

con confianza.

Lucharon ferozmente para sobrevivir durante su exilio en los vastos bosques de los Urales. Los dos niños tuvieron que unirse al trabajo agotador, cortando árboles y transportando troncos. Ocho meses después de su estadía en los Urales, Lydia, de quince años, escapó.

Los hijos mayores de Johann y Maria, que no habían sido exiliados con ellos, enviaban paquetes de suministros a sus padres. Pero cuando esto fue descubierto por el gobierno, la familia Martens fue trasladada a otro lugar no revelado.

Allí también las condiciones eran terribles. Por la noche se vieron obligados a refugiarse debajo de un bote volcado. El anciano Johann casi muere por problemas cardíacos y renales, agravados en gran medida por la mala nutrición y el estrés físico de su trabajo descargando bolsas muy pesadas. Lo transfirieron a un trabajo más fácil que era el de pastorear caballos, pero su salud continuó deteriorándose. Finalmente, vio a un médico, quien contra las órdenes emitió un certificado que declaraba que Johann no era apto para permanecer en su trabajo actual. Por lo tanto, fue trasladado nuevamente, esta vez a un puesto de contabilidad en la oficina del campo de trabajo. Mientras tanto, su comunidad en casa solicitó al gobierno la liberación de la familia, pero el pedido fue en vano.

Así que siguieron luchando. Para mantener a la familia, María tenía que caminar veinte kilómetros así recolectar alimentos, incluidos pesados sacos de papas. Cuando regresaba a casa de uno de estos viajes, una sacudida de dolor le recorrió la columna vertebral. A partir de ese momento, todo el lado derecho de su cuerpo quedó paralizado.

Después de cinco años de trabajo agotador, la parálisis de María, la edad y el empeoramiento de la condición de Johann les valió la libertad. En 1936 se les permitió regresar a su casa en Einlage, aunque su hijo tuvo que quedarse en el campo. Cuando llegaron a la casa, nada de ella había quedado en pie. Los amigos les prestaron 3.000 rublos para comprar la mitad de una casa

para la familia. Johann trabajaba donde podía durante el día y por la noche se desempeñaba como vigilante en un establo de caballos. También hacía las tareas del hogar, ya que María ya no pudo debido a su parálisis. Sus hijos también los apoyaron. Con sus ingresos combinados, sobrevivieron y lentamente pagaron el préstamo de su casa.

En 1938, volvieron a surgir problemas. Johann, dos de sus hijos y su yerno fueron arrestados como criminales políticos y encarcelados en la ciudad de Zaporiyia. Los miembros restantes de la familia recibieron informes mixtos de su situación, pero no pudieron enviar ayuda, verlos o confirmar los detalles de su condición. A algunos dijeron que habían sido exiliados al lejano norte; otros, que decían que Johann había muerto.

Uno de los hijos de Johann y su yerno fueron baleados en Zaporiyia en octubre. Nunca más se supo de Johann y su otro hijo. Es probable que también les dispararon, un destino que compartieron con el 80 por ciento de los alemanes arrestados en la región a fines de la década de 1930.

Años más tarde, Kaethe, la hija con discapacidad de Johann, registró la historia de las tribulaciones de la familia. "Toda investigación ha resultado inútil", escribió sobre la búsqueda infructuosa de su padre y su hermano. "En diez años no hemos encontrado ningún rastro de ellos". Kaethe y su madre finalmente pudieron encontrar seguridad viviendo con Lydia, la hija que había escapado de los Urales, y su esposo.

Ya sea que Johann haya tenido una muerte lenta en Siberia o una muerte inmediata ante un pelotón de fusilamiento comunista, su testimonio como líder de su pueblo frente a la intensa persecución permanece.

23

Ahn Ei Sook

Perseguida desde 1939 hasta 1945 en Corea



A partir del Tratado Japón-Corea de 1876, Japón comenzó a integrar a Corea a su imperio. En 1910, Japón anexó oficialmente a Corea, poniendo fin a la antigua dinastía Joseon. Esto tuvo un impacto profundo en todos los aspectos de la vida coreana, incluida la religión.

Las autoridades japonesas demolieron el 85 por ciento de los edificios del histórico complejo Gyeongbokgung en la capital de Corea, Seúl, incluido el palacio principal que durante siglos había sido un símbolo nacional. En su lugar se construyó el Edificio del Gobierno General de Japón. Se agregaron cuernos dorados de estilo sintoísta japonés cerca del techo de Sungnyemun, una de las ocho puertas en el muro que rodea Seúl, convirtiendo un símbolo del orgullo coreano en un monumento cuasi japonés.

Durante la década de 1930, los japoneses intentaron solidificar la lealtad coreana exigiendo que todos los ciudadanos coreanos participaran de las

prácticas de adoración sintoísta. El primer día de cada mes, los japoneses obligaban a los coreanos a reunirse alrededor de un santuario de la diosa del sol de Japón y a inclinarse en adoración.

Este fue un mandato especialmente difícil para los estudiantes y profesores de la escuela cristiana donde Ahn Ei Sook enseñaba música. Cuando las niñas eran convocadas para reunirse en el patio de recreo para la caminata mensual hacia el santuario japonés, muchas de ellas se escondían en las aulas y los baños, con la esperanza de evitar adorar en el santuario. Pero eso era inútil; el director ordenaba a los maestros que buscaran a las niñas y las sacaran.

Mientras Ei Sook observaba a los profesores moverse de una habitación a otra recogiendo a las estudiantes, se llenó de tristeza. Quería llorar, pero no podía. Cerró la puerta, cayó de rodillas y oró en silencio a Jesús.

"¡Señorita Ahn! ¿Estás ahí?" Era la voz de la directora que se escuchaba en forma ahogada a través de la puerta cerrada. Había venido a escoltar a Ei Sook al santuario. La profesora de música abrió la puerta para enfrentarse a su superior. "Hoy es el primero del mes", dijo la directora. "Tenemos que llevar a las niñas montaña arriba hasta el santuario. ¿Recuerda?"

Ei Sook se quedó en silencio, con una mirada desafiante. "No eres la única creyente", dijo la directora. "Esta es una escuela cristiana. La mayoría de las alumnas son cristianas. También lo son todos los demás profesores. Yo también soy cristiana. Piense en ello señorita Ahn ¿Hay algún creyente en Cristo que quiera inclinarse ante dioses paganos? Todos odiamos hacer tal cosa, pero los cristianos somos perseguidos por un poder demasiado despiadado como para enfrentarlo "¡A menos que adoremos en el santuario japonés, cerrarán esta escuela!"

Ei Sook sabía que la presión a conformarse era muy grande. Cualquiera a quien las autoridades japonesas encontrarán reacio a inclinarse ante sus santuarios era tildado de traidor y estos eran torturados. Los cristianos de toda Corea habían muerto por no renunciar a su fe. Ei Sook se compadeció de su directora, quien era responsable del bienestar de las estudiantes, los maestros y la escuela misma. Si alguien

no acudía a la adoración, todos correrían peligro. Fue una carga pesada de llevar.

Aún así, Ei Sook no podía ver cómo su superior podía dejar de lado al Señor al que decía seguir. La profesora de música no se movió. “¿Puede ver los grandes problemas que causará en esta escuela si no coopera?”, dijo la directora, con una mezcla de miedo y odio en su voz. “Pero no parece que eso le importe. Está pensando solo en sí misma”, añadió.

Finalmente, Ei Sook respondió: “Si quiere que vaya a la montaña, lo haré”.

La directora la sacó de su salón de clases y bajó las escaleras hacia el patio de recreo. “Adorará en el santuario, señorita Ahn. ¿De acuerdo?”

La profesora de música no respondió. Mientras pasaba junto a sus estudiantes, pensó que podía ver sus rostros consternados. “Incluso la señorita Ahn va a ir”, dijo una de las chicas “¡Ahora Dios seguramente nos cuidará!”, otra estudiante dijo: “¡Nuestra directora tiene tanto poder! ¡Ha hecho que la señorita Ahn vaya al santuario!”. Todo lo que Ei Sook podía hacer era orar. ¡Oh Señor!, oró ¡estoy tan débil! Pero yo soy tu oveja, por eso debo obedecer y seguirte. Señor, cuida de mí.

Las estudiantes y los profesores comenzaron a subir la montaña. Se alinearon con la gran multitud reunida ante el santuario japonés. Ei Sook podía sentir su corazón latiendo. Y entonces una voz gritó: “¡Atención!” y los coreanos reunidos enderezaron sus espaldas. La voz dijo: “¡Nuestra más profunda reverencia a Amaterasu Omikami [la diosa del sol]!” Todos reunidos ante el santuario inclinaron la parte superior del cuerpo en una profunda y uniforme reverencia. Todos menos una.

Ahn Ei Sook se puso de pie, con su rostro mirando hacia el cielo. Un momento antes, se había sentido llena de culpa y miedo, pero hora estaba invadida por una sensación de calma. Dentro de su cabeza, una voz le dijo: Has cumplido con tu responsabilidad. Escuchó un murmullo pasar a través de la multitud cuando quienes se inclinaron a su alrededor se dieron cuenta de que no se había unido a ellos. Alejándose del santuario, pensó,

estoy muerta. Ahn Ei Sook murió hoy en el monte Namsan. No temía a la muerte, pero la idea de la tortura la hacía estremecerse.

Buscando seguridad, huyó del lugar. Pero, después de meses en la clandestinidad, en marzo de 1939 Ei Sook decidió ir a Tokio para apelar a las autoridades japonesas por los cristianos perseguidos de Corea. Fue arrestada de inmediato y pasó los siguientes seis años en prisión. Su desobediencia fue severamente castigada; pero, aún en la inmundicia y brutalidad de la prisión compartió el evangelio con sus compañeras de prisión. Más tarde dijo: "No puedo explicar cómo una mujer tan débil como yo pudo recibir bendiciones tan maravillosas en tiempos de miedo y sufrimiento".

La administración japonesa de Corea terminó en 1945, cuando Japón fue derrotado al final de la Segunda Guerra Mundial. Los santuarios japoneses fueron quemados, en 1940, treinta y cuatro cristianos, incluido Ahn Ei Sook, habían sido puestos en prisión de Pyongyang. El 17 de agosto de 1945, cuando finalmente fueron liberados, solo quedaron con vida catorce personas. Uno de ellos fue Ahn Ei Sook.

Mientras los prisioneros salían, un simpático guardia de la prisión gritó: "¡Damas y caballeros! Estos son los que durante seis largos años se negaron a adorar a los dioses japoneses. Lucharon contra la tortura severa, el hambre y el frío, y han ganado sin inclinar la cabeza ante la adoración de los ídolos de Japón ¡Hoy son los campeones de la fe! La multitud reunida saludó a los prisioneros como héroes, gritando: "¡Alabado sea el nombre de Jesús!" y cantando alegremente:

Todos aclamen el poder del nombre de Jesús. Que los ángeles se postren y caigan.

Traed la diadema real y coronadle Señor de todo. . .

24

Jakob Rempel

Muerto en 1941 en Oriol, URSS



Jakob Rempel provenía de una larga línea de agricultores rusos, pero su padre decidió romper con la tradición al iniciar un negocio y construir un molino. La empresa fracasó y obligado debido a la quiebra, el padre de Jakob pasó de un oficio a otro mientras su numerosa familia sufría una gran pobreza. Cuando era niño, Jakob pasaba gran parte de su tiempo ayudando a su madre a cuidar a sus doce hermanos. Esta devoción por cuidar de los demás continuaría por el resto de su vida.

Jakob prosperó en la escuela del pueblo, pero a pesar de sus dotes intelectuales se convirtió en cuidador de establos de una granja local. Aún así, aunque estaba comprometido a mantener a su familia, nunca perdió el deseo de aprender y enseñar. Al poco tiempo se le dio la oportunidad de educar a otros. Algunos menonitas fueron colocados en aldeas judías en Rusia para mostrar nuevos métodos agrícolas, y a estas familias menonitas se les permitió educar a sus propios hijos en forma privada.

Como era difícil conseguir educadores, Jakob fue nombrado maestro en una de estas aldeas, incluso antes de recibir las calificaciones necesarias.

Después de algunos años de enseñar, Jakob recibió una beca de parte de un rico propietario de un molino para asistir al seminario en Basilea, Suiza, durante seis años. Cuando regresó a Rusia, ocupó varios puestos docentes y, al mismo tiempo, se desempeñó como pastor de la iglesia menonita en Ekaterinoslav. En 1920 fue nombrado profesor de alemán en la Universidad de Moscú. Ese año también se le pidió que sirviera como anciano de la congregación menonita de Neu-Chortitza.

Debido a que Jakob consideraba tener un cargo religioso, la universidad lo destituyó de la cátedra. Apartado de este puesto de maestro que tanto le costó ganar, aceptó el llamamiento de servir como anciano y fue ordenado el 2 de mayo de 1920.

Dos años más tarde, Jakob fue elegido presidente de la Comisión de Asuntos Religiosos de la iglesia. En este nuevo cargo, representó a las iglesias menonitas de Rusia en las negociaciones con el gobierno comunista antirreligioso de Moscú. Luchó para liberar a los jóvenes menonitas del servicio militar requerido e hizo todo lo posible por preservar los lazos entre las comunidades menonitas perseguidas por el gobierno. Jakob también se convirtió en maestro habitual en conferencias bíblicas.

Pero las condiciones para los creyentes en Rusia estaban empeorando. En respuesta a las severas persecuciones, más de quinientos miembros de la iglesia de Neu-Chortitza emigraron a los Estados Unidos en 1923. Aunque pudo haberse unido a este flujo constante de emigrantes, Jakob decidió quedarse en Rusia para servir a los feligreses que le quedaban. En una carta, Jakob escribió: “Para mí, la comunidad es lo más importante”.

En 1925, Jakob dirigió una conferencia general menonita en Moscú. Las autoridades comunistas tomaron nota de todas las personas que asistieron a la conferencia. Temiendo por la seguridad de su familia, Jakob solicitó un puesto de liderazgo menos visible por lo que otro hombre fue designado

comisionado, pero Jakob continuó supervisando los proyectos que había comenzado. Entre ellos se encontraba la organización de un seminario ilegal.

Cuando Jakob fue invitado a asistir al primer Congreso Mundial Menonita en Basilea más tarde ese año para celebrar el 400º aniversario de la Iglesia Menonita, se le negó la visa suiza. Sin perder una oportunidad, Jakob recorrió las congregaciones menonitas de Alemania. Esto le dio una imagen de la vida lejos de la persecución rusa, y muchos en su congregación temían que se fuera a Alemania de forma permanente. Pero en una carta a casa, Jakob escribió: “Es algo extraordinario estar fuera de Rusia. Creo que uno podría olvidarse de todo y comenzar la vida de nuevo. Pero, ¡qué hay de los que sufren en casa, qué hay de las numerosas congregaciones! Me siento atraído por esto. Se puede llevar a la esposa y a los hijos, pero no a la congregación”.

Aunque en teoría a los ciudadanos rusos se les permitía tener convicciones religiosas, el gobierno prohibió la propaganda religiosa y presionaba a los líderes de la iglesia. Los predicadores se vieron obligados a registrarse como “servidores religiosos”, renunciando a su derecho al voto. También se vieron agobiados por los impuestos agobiantes. A medida que los ministros siguieron a sus feligreses desde Rusia hasta Estados Unidos, se hizo cada vez más difícil encontrar reemplazos adecuados. Los pocos candidatos calificados que quedaban a menudo se negaban a aceptar nominaciones ministeriales. Aun así, Jakob se negó a dejar que los peligros lo disuadieran y trabajó incansablemente para asegurarse de que se cuidara a las congregaciones.

Finalmente, la presión del gobierno que Jakob había trabajado durante mucho tiempo para salvar a los demás se posó sobre sus propios hombros. En el otoño de 1929, el gobierno lo multó con 800 rublos por su trabajo religioso, aunque sus ingresos anuales eran menos de 360 rublos. Un mes más tarde se celebró una audiencia que resultó en la expulsión de Jakob de Grünfeld, donde vivía en ese momento. Al darse cuenta de que esto pronto conduciría a su arresto, Jakob abandonó la ciudad y a su familia sin despedirse de su congregación o vecinos. En respuesta, el gobierno se apoderó de sus

posesiones, dinero y hogar, echando fuera a su familia y bajo la lluvia, la familia de Jakob, se vio obligada a buscar refugio en un pueblo vecino.

Al darse cuenta de que ya no podía dirigir a su congregación, Jakob se fue a Moscú para buscar papeles de emigración con un grupo de miles de menonitas. Allí, la GPU (servicio de inteligencia y policía secreta soviéticos) lo arrestó, acusándolo de instigar la emigración masiva de Rusia.

Jakob pasó siete meses bajo custodia, acusado de "actividad antisoviética y contrarrevolucionaria". Le dijeron que si renunciaba a su fe podría volver a enseñar como profesor en la Universidad de Moscú. Jakob se negó. Lo sentenciaron a diez años de trabajos forzados en un campo de prisioneros en la isla de Solovki en el Mar Blanco.

En prisión, Jakob experimentaba horrores diarios. Su habitación estaba cubierta de excremento humano. Las luces eléctricas brillaban con tanta intensidad en sus ojos que casi se queda ciego. Cuando fue trasladado a otro campo en 1932, aprovechó una rara oportunidad de escapar y saltó del tren a un montículo de nieve.

Habiendo obtenido su libertad, huyó a una colonia menonita en Turkestán. Durante tres días no comió más que nieve, en su odisea contrajo tifus. Finalmente, su hijo mayor, Alexander, lo ubicó en Turkestán, viviendo bajo un árbol, incoherente y casi inconsciente. Cuando Alexander examinó las heridas de su padre, descubrió que Jakob no tenía uñas. Durante su tiempo en prisión, le habían metido agujas debajo de las uñas hasta que finalmente se le cayeron.

Jakob experimentó la paz como ciudadano libre durante casi cuatro años, utilizando el seudónimo de Superman (el apellido de soltera de su esposa). Durante este período, tuvo tiempo para reflexionar sobre sus sufrimientos y escribió lo siguiente:

> Rara vez experimento preocupaciones graves o pensamientos molestos. Pero, cuando me sacaron de mi trabajo en el pasado, cuando me separaron de la vida y me llevaron a la soledad, al sufrimiento tras sufrimiento; cuando las enfermedades se alternaban

> y el final de una marcaba el comienzo de otra, me pregunté ¿qué diría Jesús al respecto de todo eso? Cuando estuve interiormente seguro de que Jesús se habría mantenido en silencio mientras el sufrimiento, entonces no solo me quedé en silencio, sino que amaba el silencio por encima de todo. En profunda reclusión soporté la dura lucha sin ayuda humana. Dios me llevó al sufrimiento, los hombres lo ejecutaron. Dios, sin embargo, me protegió y me sacó.

En la primavera de 1935, Jakob pudo visitar a su familia. Pero al año siguiente alguien lo traicionó y fue arrestado en Khiva y una vez más las autoridades lo acusaron de "actividad contrarrevolucionaria y antisoviética". Lo condenaron a muerte. Pero después de presentar una petición de gracia, Jakob recibió una sentencia reducida: diez años de prisión, seguidos de cinco años sin derechos civiles. Fue encarcelado en Vladimir y luego trasladado a la prisión estatal de Oriol.

Hasta junio de 1941, a Jakob se le permitía escribir cartas a su familia. En una de sus cartas finales, escribió: "Pueden encadenarme, golpearme, cortarme la cabeza, pero nadie puede quitar la fe. . . lejos de mí. De muchacho de establo a profesor. . . y ahora [en la cárcel] estoy en el pináculo de mi vida".

Ese otoño, mientras estallaba la Segunda Guerra Mundial, las tropas alemanas avanzaron hacia Oriol. Se presionó a las autoridades soviéticas para que finalizaran las sentencias de sus prisioneros. El Colegio Militar de la Corte Suprema de la URSS condenó a Jakob a muerte. Le dispararon el 11 de septiembre de 1941, junto con otros 160 prisioneros.

Cinco años después de la muerte de Jakob, su hijo Alexander escribió: "[Mi padre] ha dejado la etapa de la vida. En la eternidad, Dios lo colocará nuevamente en el escenario y esperamos que se aplique el versículo de Apocalipsis 2:10, donde leemos: *Sé fiel hasta la muerte, y te daré la vida como corona de un vencedor*"

En 1989, casi cincuenta años después de su injusta ejecución, una resolución de la Fiscalía de la URSS exoneró a Jakob Rempel.

PARTE IV

TESTIGOS EN LA ACTUALIDAD

25

Clarence Jordan

Perseguido desde 1943 hasta 1957 en Georgia, EE.UU.



"Rvdo. Clarence L. Jordan muerto. Dirigió el Proyecto Granja Interracial", se leía en un breve obituario en el New York Times del 31 de octubre de 1969. El artículo enumeraba los detalles habituales de nacimiento, matrimonio, familia y muerte. Menos habituales fueron las menciones recortadas de su trabajo, incluido el proyecto de la granja al que se alude en el título, con referencias de una traducción vernácula del sur de la Biblia y una comunidad religiosa agrícola que practicaba la hermandad cristiana.

Entre esas pocas líneas se encontraba una notable historia de fe y persecución. Clarence nació el 29 de julio de 1912, de prominentes ciudadanos blancos de Talbotton, Georgia. El sur de Estados Unidos de su juventud fue uno de segregación racial y prejuicios. Incluso cuando era niño, Clarence era sensible a la hipocresía desenfrenada evidenciada por tales injusticias, particularmente cuando se cruzaban con la religión fundamentalista de Georgia.

A los doce años, Clarence se unió a una iglesia local después de un avivamiento de verano. Pero durante la escuela dominical se preguntaba por qué, si su canción: "Rojo y amarillo, blanco y negro, son preciosos a sus ojos; Jesús ama a los niñitos del mundo", era cierto, todos los niñitos negros de su barrio eran tratados tan mal.

Cuando era niño, la ventana del dormitorio de Clarence daba a la cárcel del condado de Talbot, a solo cien metros de distancia. Al volver a casa de la escuela, pasaba por el patio de la prisión, donde se hizo amigo del cocinero y de los trabajadores en cadenas. De ellos, aprendió sobre "la camilla", un marco que se usa para sujetar los pies de un hombre al piso mientras sus brazos son tirados hacia el techo por un bloque y un aparejo. Esta era una forma de tortura utilizada casi exclusivamente en hombres negros.

Nuevo en la iglesia, Clarence escuchó una noche mientras el director de la prisión, un bajo en el coro, obsequiaba a la congregación con "*Love Lifted Me*" (EL amor me levantó). Esa noche Clarence se despertó por los gemidos de sufrimiento de la prisión. "Sabía no sólo quién estaba en la camilla", comentó un biógrafo, "sino quién tiraba de las cuerdas: el mismo hombre que solo unas horas antes le había cantado de corazón a Dios. "Eso casi me hizo pedazos", reflexionó Clarence años después".

En 1929, con la esperanza de mejorar las técnicas agrícolas para los aparceros pobres, Clarence se matriculó en la Facultad de Agricultura de la Universidad de Georgia. Se unió al Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva (ROTC) y pasó por varios años de entrenamiento militar. Pero en el verano de 1933, a días de ganar su comisión, tuvo una crisis de conciencia durante un evento de capacitación. Con pistola y sable en mano, fue a caballo por el bosque de Georgia, maltratando y disparando a muñecos de entrenamiento. Mientras cabalgaba, las palabras de Cristo del Sermón del Monte, que Clarence había estado memorizando, lo perseguían: "Pero yo te digo, ama a tus enemigos. . ." Él entonces desmontó, se acercó al oficial a cargo y renunció a su cargo.

En ese momento, Clarence había llegado a sentir que la pobreza espiritual era un problema tan urgente como la pobreza económica. Decidió matricularse

en el Seminario Teológico Bautista del Sur en Kentucky. Durante sus estudios allí, se enamoró de su futura esposa, Florence. Le advirtió que no debería casarse con él si "quería ser la esposa de un predicador importante en una Primera Iglesia Bautista". La advertencia, que resultó estar bien justificada, no la disuadió de no hacerlo.

Después de la graduación de Clarence y su matrimonio en 1936, su preocupación por la justicia racial y la vida cristiana radical continuó profundizándose. Clarence sirvió en las congregaciones del centro de la ciudad, comenzó a enseñar el Nuevo Testamento en la Universidad Simmons (un seminario afroamericano en Louisville), sirvió en una asociación de Misión Bautista y, con su talento para el lenguaje, recibió un doctorado en griego del Nuevo Testamento a la edad de veintiséis años. Siempre estaba dispuesto a discutir sus pasiones, especialmente la no violencia y el compartir radical de recursos, ninguna de las cuales probablemente conduciría a una vida fácil para un cristiano en el Sur.

En 1941, Clarence conoció al ex misionero Martin England, un hombre que compartía muchas de sus convicciones. Comenzaron a soñar juntos, combinando una profunda preocupación por la crisis agrícola que siguió a la Gran Depresión con la creencia de que el Sermón del Monte podría ser una guía para la vida práctica y no simplemente un ideal inalcanzable. Con mucha fe, aunque con pocos recursos, los dos comenzaron a buscar tierras. Unas millas al suroeste de América, Georgia, encontraron la superficie que se convertiría en la Granja Koinonia, siendo *koinonia* la palabra griega que se usa en el libro de Hechos para referirse a las primeras reuniones de cristianos. La propiedad consistía en 440 acres de tierra desolada, erosionada y fea. El lugar era inhabitable. ¡"Este es"!, anunció Clarence después de una inspección exhaustiva.

Después de adquirir fondos para el pago inicial de Koinonia, mediante un obsequio oportuno de la cantidad precisa que les faltaba, las familias Jordan e England comenzaron el agotador proceso de construir su visión. Las dependencias de la granja se hundieron y las vallas se cayeron. La casa de campo en ruinas estaba en tan mal estado que

después de que se construyó un nuevo gallinero, Florence expresó su deseo de mudarse a ese gallinero en lugar de ir para la casa en ruinas.

Mientras Clarence y Martin hacían las reparaciones que tanto necesitaban, sus familias se quedaron en otro lugar hasta que la granja, en palabras de Florence: "pudiera servir al menos para acampar". Durante este tiempo, observaban atentamente a los vecinos para aprender las técnicas agrícolas locales. En una de las primeras de una serie de medidas audaces contra la arraigada segregación del área, contrataron a un aparcero local como ayudante. Comían juntos, blancos y negros, una práctica que no escapó a la atención de los lugareños.

Las noticias corrieron. Una noche, el Ku Klux Klan visitó la granja. "No permitimos que el sol se ponga sobre nadie que coma con negros", dijo su líder. Se acercaba el atardecer y Clarence lo miró y pensó rápido. Luego, con el humor que difundió tantas otras interacciones tensas a lo largo de su ministerio, estrechó la mano del hombre vigorosamente. "Bueno, soy un predicador bautista", dijo. "Escuché sobre personas que tenían poder sobre el sol, pero nunca esperé encontrarme con uno". El hombre se echó a reír. El sol se puso sin incidentes.

Hablando años después de los peligros que enfrentó en ese momento, Clarence no minimizó los riesgos involucrados. "Sabíamos que los hombres blancos podían desaparecer, al igual que los negros. Nos asustó, pero la alternativa era no hacer nada, pero eso nos asustó aún más".

La granja comenzaba a tener éxito. Las aves de corral y los huevos se convirtieron en una empresa rentable para Koinonia, y Clarence compartió su conocimiento de la producción con otros granjeros ansiosos por establecer manadas prósperas. Puso su mente innovadora a trabajar en el diseño de la primera cosechadora móvil de maní. Una "biblioteca de vacas" para préstamos garantizó que los lugareños que necesitaban leche pudieran pedir prestado un animal sin costo alguno.

La superficie que alguna vez estuvo vacía se estaba volviendo fructífera y la granja creció. La Koinonia rápidamente se hizo conocida por mucho más que sus productos. Se convirtió en un refugio para personas diversas, desde objetores de conciencia que buscaban una alternativa positiva a la guerra como la Segunda Guerra Mundial

que arrastraba a los vecinos negros locales quienes encontraron no sólo gente blanca comprensiva que dirigía la granja, sino gente dispuesta a estrechar su mano, compartir mesa y vivir con ellos como familia.

A medida que pasaban los meses, los valores radicales de la granja de pacificación, recursos compartidos y amor por todas las personas demostraron haber fundado una comunidad de trabajo eficaz. Pero el crecimiento, y el hecho de que la granja no se estaba secando y ni se estaba acabando, como algunos esperaban, generó una oposición aún más feroz.

La Iglesia Bautista Rehoboth, hogar de varios miembros de Koinonia, dejó en claro (después de que la gente de Koinonia trajo a un estudiante de piel oscura de la India a un servicio de adoración) que los miembros de la granja ya no eran bienvenidos. Clarence entregó una Biblia a un diácono de la delegación de la iglesia enviada para informarle de esta decisión y se ofreció a disculparse con la iglesia si el diácono podía señalar la ofensa. El diácono la arrojó y dijo: "¡No me des nada de esto de la Biblia!"

"Te estoy pidiendo que me lo des", dijo Clarence. La reunión no terminó agradablemente. Más tarde, un viejo diácono de Rehoboth le pidió a Clarence que lo perdonara por su voto para prohibir a los miembros de Koinonia en su iglesia. Clarence lo perdonó, lo instó a quedarse en Rehoboth y se regocijó más tarde de que el hombre era un "irritante divino" en la iglesia hasta que murió.

En 1952, la granja mantenía a cuarenta y un personas, veintidós de ellas niños. En 1954, la eliminación de la segregación de las escuelas provocó una profunda agitación en el Sur, intensificando las tensiones raciales que ya estaban a fuego lento y provocando una persecución abierta de los grupos blancos hacia la pequeña comunidad, comenzando con llamadas telefónicas y cartas amenazadoras. En 1956, los enemigos de Koinonia ya habían destruido maquinarias claves para el cultivo y, finalmente, la violencia era absoluta. A nivel de condado, los funcionarios utilizaron la influencia política para poner fin al campamento de verano de la granja para niños blancos y negros del centro de la ciudad. El procurador general pidió "el tipo adecuado de Klan para comenzar de nuevo y usar un látigo de buggy en algunos de estos mezcladores de carreras". Koinonia era el claro objetivo de su odio.

El mercado de Koinonia que estaba al costado de la carretera fue dinamitado. Unos días después del atentado, la Granja Koinonia publicó una carta abierta en el periódico, en la que describía sus principios de no violencia e invitaba a los visitantes a venir a la granja. A modo de respuesta, la comunidad local los boicoteó, negándose a comprar o venderles ninguno de sus productos. Fue un golpe tremendo. Luego, la noche después de Navidad, una bala destrozó la bomba de gasolina de la granja. El día de Año Nuevo, los perpetradores dispararon directamente contra las casas. Durante una semana y media, la comunidad luchó con la cuestión de irse o quedarse. A pesar del peligro y la insistencia de los amigos para que abandonaran la operación, ellos decidieron quedarse. "Sabíamos que no seríamos los primeros cristianos en morir", y no seríamos los últimos tampoco", dijo Florence,

La profunda fe reflejada en esta decisión no se produjo sin lucha. En una carta escrita en 1959, Clarence describió la batalla por el amor a pesar de la tremenda oposición. Le contó a un amigo lo que había sentido al ver el mercado de la carretera bombardeado:

Pudimos ver el resplandor ardiente, y esto encendió un ardor en mi corazón. Estaba abrasado por la ira y estoy seguro de que si hubiera sabido quién había cometido el acto, habría habido un odio considerable en mi corazón. . . Los culpables han destruido nuestra propiedad, pensé; y odié todo de ellos, hasta sus tripas. Más tarde tuve la misma reacción cuando dispararon contra varias personas, entre ellos mis hijos y yo ¡Los fulanos esos estaban tratando de quitarnos la vida! La solución a esta condición, que destruye el alma, llegó solo al reconocer que ni la propiedad ni la vida eran nuestras, sino de Dios. En realidad, nunca habían sido nuestros en ningún sentido de la palabra. . . Y si era así como Él quería gastar su propiedad y su gente para lograr sus propósitos, ¿por qué deberíamos hacer un berrinche?

Había otras razones para quedarse. Clarence habló del poder redentor de devolver la salud a la tierra maltratada y de los placeres de trabajar la tierra en comunidad. Su ideal de amor por los enemigos resplandeció una vez más. "¿Nos vamos y les dejamos sin nada

después de la explosión?, más de cuarenta espectadores, incluida la policía, se quedaron sin hacer nada.

Los llamados de ayuda a las autoridades federales recayeron en corazones duros, sin frutos. Clarence escribió directamente al presidente Eisenhower pidiendo ayuda; el presidente respondió que la protección de Koinonia era responsabilidad de las autoridades locales, las mismas que estaban sometiendo la finca a investigaciones por “actividades subversivas” y “conspiración para derrocar al gobierno”. Una investigación posterior de Koinonia no trajo ninguna acusación, pero produjo un informe de dieciséis páginas que acusaba a la granja de ser una operación comunista y de destruir su propia propiedad en un complot para llamar la atención.

Mientras tanto, las amenazas y la violencia crecían. Una noche, ametralladoras acribillaron un coche en el que dos miembros vigilaban con linternas. Las balas trazadoras disparadas contra una casa prendieron fuego a la cortina de una de ellas. El sombrero de un visitante en una mesita de noche fue rasgado por una de las balas. Los enemigos de Koinonia incluso dispararon a los niños mientras jugaban en la cancha de voleibol y a Clarence mientras conducía su tractor. El Ku Klux Klan convergió en la granja y quemó cruces. Un pirómano arrojó una almohada empapada en gasolina en la casa de la madre de Alma Jackson, la granjera negra de muchos años, y la incendió. Y durante todo este tiempo, continuó el boicot paralizante. Impulsado por la conciencia, el propietario de una cadena de tiendas de alimentos balanceados ordenó a su tienda Americus que sirviera a Koinonia. El escaparate de la tienda fue bombardeado en una semana, con tal poder explosivo que cuatro edificios vecinos resultaron también dañados.

A pesar de la oposición, la gente de todo el país expresaba su solidaridad. Un prominente pastor bautista, Will D. Campbell, los visitó en apoyo, al igual que una líder clave de la Convención Bautista del Sur. Dorothy Day, la fundadora del Movimiento de Trabajadores Católicos, vino a la granja, tomó un turno de medianoche en guardia y recibió un disparo por primera vez en su vida. Después de que la compañía de seguros ya no cubriera la granja, personas de todo el país se comprometieron a apoyar. La idea de enviar productos por correo llevó a un movimiento popular para comprar nueces de Koinonia en todo el país, con el lema “Ayúdanos a enviar las nueces fuera de Georgia”.

Millard Fuller, un exitoso hombre de negocios y millonario, visitó a Clarence y declaró que las conversaciones con él fueron como “uno o dos años en el seminario”. Fuller decidió regalar su riqueza a los pobres y mudarse a Koinonia. Su colaboración con Clarence para proporcionar viviendas para personas de bajos ingresos eventualmente se convirtió en Hábitat para la Humanidad, una organización global.

Mientras tanto, el Sermón del Monte continuó alimentando el mensaje de Clarence. De esos capítulos del Evangelio de Mateo, a los que se refirió como “la plataforma del Movimiento de Dios”, extrajo una profunda crítica del materialismo, lo eclesiástico y el militarismo, que vio como las fuerzas más poderosas que compiten por la mente y el corazón de las personas. . . No tenía ningún respeto por el cristianismo ostentoso o la religiosidad moralista tan desenfrenada en la cultura cristiana del sur. “Esa cruz sola nos costó diez mil dólares”, se jactó un pastor mientras le daba a Clarence un recorrido por su iglesia.

“Hubo un tiempo en el podías haberlo conseguido por nada”, respondió Clarence al pastor.

Clarence, siendo un erudito, quien podría leer las escrituras a las congregaciones directamente de su Nuevo Testamento en griego traduciendo sobre la marcha, comenzó a contar las historias del evangelio en imágenes del sur, deleitando a sus oyentes con lo que eventualmente se convertiría en *The Cotton Patch Gospel*. El Jesús recién nacido fue puesto en una caja de manzanas, Simón Bar-Jona (Simón Pedro) se convirtió en “Rock Johnson”, y los judíos y gentiles prejuiciosos de la época de San Pablo se convirtieron en los vecinos blancos y negros de la época de los oyentes del Sur. “Bien,

la idea se hizo hombre y se mudó con nosotros", como él tradujo Juan 1, el término "Mudarse con nosotros", se había convertido, a pesar de toda oposición, en su propia manera de seguir a Jesús.

En octubre de 1969, Clarence murió de un ataque al corazón en su cobertizo en la Granja Koinonía en donde acostumbraba escribir. El forense se negó a ir a la granja, por lo que Millard Fuller puso su cuerpo en una camioneta y lo llevó a la ciudad. Fue enterrado en una simple caja de cedro en una colina cerca de la comunidad que había fundado sobre el evangelio y unos pocos acres de tierra estéril.

El legado de Clarence, que persiste en la Granja Koinonía, en Hábitat para la Humanidad y en sus escritos, se puede resumir en una de sus declaraciones más conocidas: "La fe no es creer a pesar de las pruebas, sino una vida en el desdén de las consecuencias".

26

Richard y Sabina Wurmbrand

Perseguidos desde 1948 hasta 1964 en Rumania



En 1936, Richard Wurmbrand se casó con Sabina Oster. Dos años después, comenzaron a seguir a Jesús como el Mesías. Ambos habían sido criados en familias judías, pero gracias en parte al testimonio de un carpintero cristiano llamado Christian Wölfkes, se unieron a la Misión Anglicana para los judíos en su ciudad natal Bucarest, Rumania. Richard creció en madurez y pasión espirituales y fue ordenado en la Iglesia Anglicana. La pareja rápidamente comenzó un ministerio poderoso y muy necesario durante los horrores de la Segunda Guerra Mundial.

Como resultado del pacto de no agresión entre los gobiernos soviético y nazi en 1939, Rumania fue presionada a unirse a la campaña del Eje militar. Las fuerzas alemanas pronto ocuparon el país y Rumania se convirtió en la principal fuente de petróleo del Tercer Reich. Richard

y Sabina vieron la violencia y el desplazamiento de la época como una oportunidad para el ministerio y la evangelización. Ellos rescataban a niños judíos de guetos peligrosos al mismo tiempo que predicaban a los rumanos quienes se escondían en los refugios antiaéreos.

La población rumana creció en descontento con sus ocupantes alemanes. El rey Miguel de la nación lideró un golpe de estado contra el gobierno del Eje de Rumania en agosto de 1944, y Rumania se alineó con los Aliados. En mayo de 1945, las fuerzas alemanas fueron derrotadas y en agosto Japón se rindió, poniendo fin a la guerra.

La guerra había cobrado un gran precio en los Wurmbrand. Richard y Sabina habían sido capturados y golpeados en numerosas ocasiones y toda la familia de Sabina había sido asesinada en los campos de concentración nazis.

Después de la guerra, la ocupación alemana fue reemplazada por el ejército soviético. Richard y Sabina continuaron su ministerio con sus compatriotas rumanos y con las fuerzas de la ocupación. Se unieron a la Iglesia Luterana, donde Richard fue ordenado ministro. Distribuyeron más de un millón de copias de los cuatro evangelios a los soldados rusos en Rumania, disfrazando hábilmente las escrituras como propaganda comunista. También introdujeron copias de contrabando en Rusia, el corazón de la Unión Soviética.

El nuevo gobierno comunista rumano, buscando consolidar la lealtad y controlar a las personas de fe, organizó un "Congreso de Cultos". A la reunión asistieron varios líderes religiosos, incluidos los Wurmbrand. Uno a uno, en discursos apasionados, estos líderes juraron lealtad al gobierno. Exaltaron las virtudes del comunismo, a pesar de sus claros intentos de controlar e incluso reprimir las iglesias.

Richard y Sabina estaban disgustados por las acciones de sus compañeros líderes a lo que Sabina dijo: "Richard, levántate y lava esta vergüenza del rostro de Cristo". Richard respondió: "Si lo hago, perderás a tu marido". Pero Sabina dijo lo que Richard ya sabía en su corazón: "No deseo tener un cobarde como marido". Richard se puso de pie frente a los cuatro mil delegados como muchos lo habían hecho antes que él.

Pero en lugar de alabar al comunismo, declaró con valentía que el deber de la iglesia era glorificar a Dios y solo a Cristo.

El 29 de febrero de 1948, cuando Richard se dirigía a un servicio religioso, la policía secreta lo detuvo y lo encerró en régimen de aislamiento. Durante tres años, estuvo confinado en una celda subterránea sin luces ni ventanas, donde se preservó el silencio absoluto, una forma en sí misma de tortura de privación sensorial. Los guardias hablaban al alcance al oído y llevaban fieltro en los zapatos de modo que Richard ni siquiera podía oír sus pasos.

Después de su liberación, en un documento que se preparaba para los lectores al servicio de la iglesia clandestina, Richard escribió:

Nos drogaban, nos golpeaban. Olvidé toda mi teología. Olvidé toda la Biblia. Un día observé que me había olvidado del "Padre Nuestro". No pude decirlo más. Sabía que comenzaba con "Padre Nuestro. . ." Pero olvidé la continuación. Me mantuve feliz y dije: "Padre nuestro, he olvidado la oración, pero seguramente Tú lo sabes de memoria…" Durante un tiempo, mis oraciones fueron: "Jesús, te amo". Y luego, después de un rato otra vez, "Jesús, te amo. Jesús, te amo". Entonces se volvió demasiado difícil incluso decir esto porque estábamos drogados. . . La forma más elevada de oración que conozco es el latido silencioso de un corazón que lo ama. Jesús debe simplemente escuchar el "pum-pum, pum-pum", para saber que cada latido es para Él".

Richard no consideró que este tiempo de encarcelamiento fuera una pérdida. Dormía durante el día y por las noches componía sermones. Incluso intentó evangelizar a otros reclusos tocando mensajes en código Morse en la pared. Escribió: "A través de este código puedes predicar el evangelio a los que están a tu derecha y a tu izquierda. Los prisioneros siempre cambian. A algunos los sacan de la celda y a otros los ponen".

Dos años después, Sabina también fue arrestada. Más tarde describió ese momento:

Tuvimos que vestirnos delante de seis hombres. Pisotearon nuestras cosas. De vez en cuando se gritaban unos a otros, como para animarse mutuamente a seguir con la búsqueda sin sentido: "¡Así que no nos dirás dónde están escondidas las armas! ¡Destrozaremos este lugar!"

Dije: "La única arma que tenemos en esta casa está aquí" y cogí la Biblia de debajo de sus pies.

[Uno de los hombres] gritó: "¡Vienes con nosotros para hacer una declaración completa sobre esas armas!"

Dejé la Biblia sobre la mesa y dije: "Por favor, permítanos unos momentos para orar y entonces iré contigo".

Sabina fue llevada a trabajar en el Canal del Danubio (un proyecto que nunca se completó). Mihai, su hijo de nueve años, se quedó sin hogar. Sabina pasó tres años trabajando en labores como castigo. Durante este tiempo, sus captores la interrogaban con frecuencia. Ella contó tiempo después:

Gritaban e intimidaban. Preguntas tras preguntas, algunas no las pude contestar. Algunas ni las hubiera contestado. Fue una sesión larga, el ruido y la luz cegadora me confundían. Mi cabeza daba vueltas. Ellos decían: "Tenemos métodos para hacerte hablar que no te gustarán". No intentes ser inteligente con nosotros. Nos haces perder el tiempo. Es un desperdicio de tu vida". La repetición y la insistencia me enloquecían. Mis nervios se estiraron hasta el punto de ruptura. Pasaron horas antes de que me enviaran de regreso a la celda.

Su celda ofrecía un pequeño respiro.

La gente aprende lo que significa estar en esta tierra sin nada que hacer cuando ingresa a la cárcel. No lavar, ni coser, ni trabajar. Las mujeres hablaban con nostalgia de cocinar y limpiar. Cómo les gustaría hacer un pastel para sus hijos, luego dar la vuelta a la casa con un plumero, limpiar las ventanas y fregar las mesas. Ni siquiera teníamos nada que mirar. El tiempo no pasaba, se había detenido.

Finalmente, Sabina fue liberada, pero fue recibida con la peor noticia imaginable. La policía secreta, haciéndose pasar por ex prisioneros, afirmaron

haber asistido al funeral de Richard en prisión. Le dijeron que su marido estaba muerto.

Pero esto no era cierto. Richard estaba siendo trasladado de prisión en prisión, de Craiova a Gherla, Văcăreşti, Malmaison, Cluj y Jilava. Experimentó una tortura física extrema durante este tiempo. Los guardias golpearon las plantas de sus pies hasta que la piel se desgarró, luego de nuevo hasta dejar al descubierto el hueso.

Después de ocho años y medio en prisión, Richard fue descubierto por un médico cristiano que se hacía pasar por miembro del Partido Comunista, y finalmente fue liberado en una amnistía general en 1956. Se le advirtió estrictamente que no predicara, inmediatamente volvió a su trabajo en la iglesia subterránea.

En 1959 fue arrestado nuevamente después de que un asociado conspiró contra él. Fue acusado de predicar contra la doctrina comunista y condenado a veinticinco años de prisión. Cuando él abrazó a su esposa antes de dejarla por segunda vez, ella lo animó a continuar con su obra de evangelización, diciendo: "Richard, recuerda que está escrito: 'Serás llevado ante gobernantes y reyes para darles testimonio'".

Esta vez la tortura psicológica fue incluso peor que el dolor físico. Como lo registró Richard tiempo después:

Tuvimos que sentarnos diecisiete horas sin nada en qué apoyarnos y no se nos permitía cerrar los ojos. Durante diecisiete horas al día teníamos que escuchar: "El comunismo es bueno, el comunismo es bueno, el comunismo es bueno, etc.; el cristianismo está muerto, el cristianismo está muerto, el cristianismo está muerto, etc.; ríndete, ríndete, etc." Nos aburrimos de eso después de un minuto, pero tuvimos que escucharlo las diecisiete horas completas durante semanas, meses, incluso años, sin ninguna interrupción.

Durante el segundo encarcelamiento de Richard, a Sabina le dijeron una vez más que su esposo había muerto. Esta vez ella no lo creyó. En 1964, debido al aumento de la presión política de los países occidentales, a Richard se le concedió una vez más la amnistía y fue puesto en libertad. Temiendo

que siguiera siendo arrestado, la Misión Noruega para los Judíos y la Alianza Cristiana Hebrea negociaron con las autoridades rumanas para liberar a Richard y Sabina del país por unos $ 10.000. Aunque al principio se negó a dejar su país de origen, más tarde, otros líderes de la iglesia clandestina convencieron a Richard de ser, en Occidente, una voz de la iglesia perseguida.

En 1966, Richard testificó ante el Subcomité de Seguridad Interna del Senado de Estados Unidos. Durante su testimonio, se quitó la camisa para mostrar unas dieciocho profundas cicatrices de la tortura que había experimentado en las cárceles comunistas. “Mi cuerpo representa a Rumania, mi país, que ha sido torturado hasta el punto de que ya no puede llorar”, dijo al subcomité. “Estas marcas en mi cuerpo son mis credenciales”.

En abril de 1967, Richard y Sabina formaron una organización interdenominacional para apoyar a la iglesia perseguida en los países comunistas. Lo llamaron Jesús para el Mundo Comunista. Pero a medida que expandieron su misión para incluir a cristianos perseguidos en otras partes del mundo, incluidos países musulmanes, la organización pasó a llamarse La Voz de los Mártires. Debido a su influyente trabajo, Richard se hizo conocido como “La Voz de la Iglesia Subterránea”.

En 1990, después del colapso de la Unión Soviética, los Wurmbrand finalmente regresaron a Rumania. Habían pasado veinticinco años exiliados de su tierra natal. La Voz de los Mártires abrió una imprenta y una librería en Bucarest. El nuevo alcalde de la ciudad ofreció un espacio de almacenamiento para sus libros: bajo el palacio del ex dictador Nicolae Ceaușescu, donde Richard había estado recluido en régimen de aislamiento durante tres años.

Aunque Richard se retiró de su trabajo con La Voz de los Mártires en 1992, él y Sabina continuaron apoyando la organización y las iglesias clandestinas del mundo. Sabina murió en el año 2000 y Richard en 2001.

27

Tulio Pedraza

Perseguido desde 1949 hasta 1964 en Colombia



Cuando los misioneros llegaron a Colombia para establecer las primeras congregaciones menonitas del país, Tulio Pedraza y su esposa Sofía se convirtieron en dos de los primeros conversos. Fueron bautizados en junio de 1949. Sólo un año antes, Jorge Eliécer Gaitán, candidato político liberal, había sido asesinado; su muerte encendió una guerra civil que duraría diez años. Debido a que el protestantismo fue visto como otra amenaza para la unidad ya tensa de Colombia, los protestantes colombianos enfrentaron una oposición significativa de parte de las autoridades municipales, sacerdotes católicos y sus propios vecinos.

Tulio, era un fabricante de ataúdes en el pequeño pueblo de Anolaima. Él era ciego, pero esto no impedía que su negocio tuviera el éxito suficiente para mantener a su familia, ya que él era el único fabricante de ataúdes en la ciudad. Pero, cuando el sacerdote católico local se enteró del bautismo de Tulio, comenzó a hacerle la vida difícil a la familia Pedraza.

Primero declaró que los ataúdes "protestantes" de Tulio no eran aptos para que los católicos fueran enterrados. Desde el púlpito, les dijo a los feligreses que no oficiaría ningún funeral con un ataúd comprado a los menonitas. El negocio se desplomó. Tulio solo podía vender ataúdes a amigos cercanos y a aquellos que ignoraban la declaración del sacerdote. E incluso esos clientes se vieron obligados a viajar a los pueblos de los alrededores para realizar sus funerales, ya que el sacerdote local se negaba a presidirles.

Luego, el sacerdote tomó medidas para asegurarse de que incluso estas ventas por goteo terminaran. Conoció a un carpintero en otra pequeña ciudad. El sacerdote ayudó a conseguir una casa y herramientas para este carpintero y lo convenció de que se mudara a Anolaima para comenzar un negocio de ataúdes de competencia. Tras la llegada de esta nueva competencia, Tulio ya no pudo pagar a sus proveedores. Se vio obligado a cerrar su negocio.

Aunque no estaba seguro de qué hacer a continuación, Tulio nunca abandonó el amor y la decencia que aprendió al imitar a su Señor. En lugar de envidiar al fabricante de ataúdes rival, se acercó a él en señal de amistad. Cuando el negocio del ciego colapsó, vendió sus herramientas a su competidor. A través de este gesto de benevolencia, ayudó a establecer el negocio del mismo hombre cuya presencia acabó con su negocio.

Tulio y su esposa hacían todo lo posible para llegar a fin de mes. Intentaron abrir una panadería, una granja de pollos y un negocio de fabricación de velas, pero con poco éxito. La experiencia de Tulio estaba en la fabricación de ataúdes. Ninguno de estos nuevos negocios podría generar ingresos suficientes para mantener a la familia. Tulio se desanimaba más y más con cada empresa fallida, pero su fe le daba la fuerza para perseverar.

Sus luchas se vieron exacerbadas por otros actos de persecución. Escribiendo poco después de que Tulio perdiera su negocio de ataúdes, el misionero menonita local Gerald Stucky informó:

La persecución ha continuado. Los hijos de Tulio fueron humillados en la escuela pública por ser protestantes. Su propiedad y

la vida de su familia se ha visto continuamente amenazada. Quienes eran sus amigos ahora se niegan a hablar con él en la calle; las tiendas se niegan a venderle; se ha convertido en un paria por la causa de Cristo. A pesar de esto, Tulio sigue firme en la fe, confiando en el Señor día a día. No guarda ningún mal en su corazón hacia aquellos que han obrado mal en su contra. Continúa dando testimonio de la luz que encontró en Cristo. Tulio es un testimonio vivo del poder del evangelio para vencer el mal con el bien.

En más de una ocasión, la vida de Tulio fue amenazada por motivos religiosos. Después de un encuentro particularmente aterrador, él y su esposa pasaron la noche en el refugio de una escuela menonita en la cercana ciudad de Cachipay.

Tulio murió pacíficamente en 1964. El carpintero rival que había sido contratado para destruir el negocio de Pedraza donó un ataúd para el entierro de Tulio. Aunque el funeral fue un servicio menonita, el fabricante de ataúdes asistió, arriesgando su propia reputación en la comunidad para honrar a un hombre que le había mostrado un amor tan inusual el nacía de una fe profunda.

28

Stanimir Katanic

Perseguido desde 1950 hasta 1957 en Yugoslavia



Cuando Stanimir Katanic apareció ante una junta de reclutamiento yugoslava en su vigésimo cumpleaños en 1950, les dijo a los hombres que estaban sentados frente a él que haría cualquier tarea que se requiriera en el servicio militar siempre que no comprometieran su fe. Su posición fue clara: “No haré juramento de lealtad a un gobierno terrenal y me niego a usar un arma para matar a otra persona”.

En ese tiempo, todos los hombres de Yugoslavia debían presentarse al servicio militar cuando cumplían veinte años. Esto estaba en conflicto con la fe nazarena de Stanimir. Los nazarenos, movimiento anabautista de raíces eslavas, se oponían al servicio militar y a toda forma de violencia. Stanimir sabía que su silencioso desafío provocaría una dura respuesta, pero de todos modos se mantuvo en sus convicciones.

El joven fue enviado ante un juez militar, quien lo condenó a cuatro años de prisión. Tenía las manos atadas y lo

entregaron a una prisión en Foča. Los guardias le entregaron un sobretodo gris, lo asignaron a una habitación y durante el resto de su sentencia lo llamaron solo por su número de prisionero: 2032B.

Stanimir se encontró en una habitación que albergaba a más de doscientos prisioneros. Los pocos catres disponibles para dormir fueron asignados por antigüedad o reclamados por matones. Los guardias entregaron a cada prisionero dos mantas. Stanimir dormía sobre uno y se cubría con el otro. El suelo de la prisión era insoportablemente frío en invierno y el aire despiadadamente caliente en verano.

De cualquier manera, Stanimir no dormía mucho esas primeras noches. Muchos de los reclusos que compartían su espacio habían sido condenados por delitos violentos y tenían reputación de ser peligrosamente inestables. Los guardias también eran conocidos por su violencia. Pero, mientras otros presos eran atacados por compañeros de prisión o golpeados por guardias, Stanimir permanecía callado y apartado. Fue ignorado en gran medida. Había otros objetores de conciencia nazarenos en la prisión, pero los guardias los mantenían separados unos de otros para que no tuvieran el consuelo de la compañía.

Por las mañanas, los prisioneros eran llevados al patio. Sus guardias los obligaba a marchar en círculo durante una hora, con las manos atadas, los ojos al frente, sin hablar. Stanimir soportó esta rutina de castigo a través de una lluvia torrencial, un calor sofocante y un frío glacial.

Stanimir y los demás prisioneros formaban dos largas filas: una para la ración de papilla de la mañana y la otra para la ración de pan duro del día. En la línea de las papillas, sacaba su cuenco de donde siempre lo guardaba escondido en su chaleco, el servidor colocaba el agua con un cucharón y rápidamente volvía a meter el cuenco en su chaleco cuando terminaba. Escondía su pan debajo de sus dos mantas para más tarde en el día, pero rara vez lo encontraba a su regreso. Durante el día, Stanimir trabajaba en la carpintería, con la cabeza gacha y la boca cerrada, durante largas y tristes horas. Por las noches, hacía fila para tomar la ración de papilla de la tarde. Cada día, esperaba ansioso

para ver si había recibido un paquete de amigos o familiares, y aunque se enviaban muchos, pocos fueron entregados. Las pocas cartas que recibió las leyó una y otra vez, eran su único material de lectura. No se le permitía tener una Biblia.

Pasaron cuatro largos años y finalmente, la sentencia de Stanimir terminó. Cuando fue liberado, regresó a casa para casarse con Kata, una muchacha a la que conocía desde la infancia. Pronto estaban esperando a su primer hijo. Sus juicios en prisión habían sido brutales, pero ahora su perseverancia sería recompensada. Luego, solo diez meses después de su liberación, Stanimir recibió una carta exigiendo su comparecencia ante el tribunal.

El juez le preguntó: "¿Estás listo ahora para hacer lo correcto y defender honorablemente a tu país?" Stanimir respondió en voz baja, como había hecho la primera vez, que él no podía jurar lealtad a ningún gobierno, ni podía matar a otro ser humano.

La sentencia que siguió fue incluso más dura que la primera. El futuro padre fue declarado criminal político. Ni siquiera se le permitió hablar con su familia, con las manos atadas, lo llevaron a cumplir una nueva condena de cuatro años y medio en Goli Otok, una prisión de alta seguridad ubicada en una isla remota en el mar Adriático.

Sus días volvieron a estar llenos de trabajo pesado, temperaturas extremas, presos violentos y guardias crueles. Los días se convirtieron en semanas, luego en meses, luego en años. Esta isla ventosa estaba a un mundo de distancia de su esposa y del niño que nunca había conocido. Luego, por razones desconocidas, Stanimir fue liberado un año antes de lo estabecido.

Después de tres años y medio en Goli Otok, Stanimir Katanic se reunió con su esposa. Ella le presentó a un niño llamado Miroslav, era su hijo.

En 2014, Stanimir, ahora un hombre de 83 años que vive en Ohio con su esposa, Kata, contó su historia. Habló en idioma serbio y su hijo Miroslav fue su intérprete. Cuando se le preguntó: "Reflexionando sobre todos los años que pasó tras las rejas durante los mejores años de su vida en condiciones difíciles, alejado de su hogar, de su familia y de su hijo,

¿hubiera hecho algo diferente? “el anciano respondió: “Nunca busco atajos en mi fe, y tú tampoco deberías”.

Reportado por Marcia Lewandowski

29

Samuel Kakesa

Perseguido en 1964 en el Congo



Cuando Samuel Kakesa respondió a la llamada a su puerta, se encontró con un grupo de jeunesse, miembros de una milicia rebelde joven y andrajosa, de pie al otro lado. "Entendemos que tiene una radio de onda corta en su casa", le dijeron.

"Eso es correcto", respondió Samuel.

"Bueno, nuestro comandante, Pierre Mulele, necesita uno en nuestro cuartel general de Bush, y está seguro de que le complacerá donarlo a la causa del jeunesse".

Samuel se hizo a un lado y los rebeldes confiscaron el transmisor de radio de onda corta, la batería y la antena, que bajaron de una palmera cercana donde estaba colgada.

Sin la radio, Samuel, quien vivía con su esposa e hijos en Mukedi, estaba aislado del mundo exterior y no podía hacer su trabajo. La onda corta era su vínculo con los otros puestos de la misión

de su organización, *Congo Inland Mission* (ahora la Misión Intermenonita de África). Cuando los misioneros extranjeros quienes habían establecido la Iglesia Menonita del Congo abandonaron el país, Samuel se convirtió en el primer representante legal congoleño de la iglesia. Entre otras responsabilidades, fue el enlace entre su iglesia y el gobierno congoleño.

El gobierno estaba subsidiando los programas escolares y los salarios de los maestros, y era responsabilidad de Samuel distribuir este dinero a los destinatarios previstos en toda la provincia de Kwilu.

Fue poco después de enero de 1964, cuando el jeunesse había tomado la provincia de Kwilu. Su líder, Mulele, era un revolucionario maoísta que había pasado algún tiempo estudiando para el sacerdocio católico antes de dedicarse a la política. Se había desempeñado como ministro de educación congoleño en el gabinete del primer ministro Patrice Lumumba, pero cuando Lumumba fue asesinado en 1961, Mulele tomó las armas contra el nuevo régimen. En 1963 acompañó a un grupo de jóvenes congoleños a China para entrenarse en la guerra de grupos guerrilleros. La influencia maoísta impregnó el enfoque de la guerra de Mulele. Adaptó los escritos de Mao Zedong para desarrollar un código de conducta para uso rebelde:

1. Respeta a todos los hombres, incluso a los malos.

2. Compra los bienes de los aldeanos con toda honestidad y sin robar.

3. Devuelve las cosas prestadas a tiempo y sin problemas.

4. Pagua por las cosas que has roto y con buen espíritu.

5. No destruyas ni lastimes a otros.

6. No destruyas ni pisotees la tierra de otras personas.

7. Respeten a las mujeres y no se diviertan con ellas como les gustaría.

8. No hagas sufrir a tus prisioneros de guerra.

Pero, como Samuel Kakesa sabría tiempo después, Mulele y sus fuerzas jóvenes, enfrentados a las realidades de la guerra entre los grupos guerrilleros, en ocasiones fracasaban en mantener estos ideales bien intencionados.

Samuel esperaba no tener más tratos desagradables con los rebeldes, pero unas semanas más tarde regresaron. "El comandante Mulele quiere conocerte", dijeron. Estos no eran hombres a los se podía decir no a la ligera. Los combatientes escoltaron a Samuel de regreso a su cuartel general, este era un viaje de varios días. Allí lo alimentaron, le ofrecieron un lugar para dormir y le dijeron que se encontraría con Mulele por la mañana.

Al día siguiente fue llevado ante el comandante rebelde. "¿Eres el representante legal de una iglesia grande?" Preguntó Mulele. También añadió: "Grandes sumas de dinero pasan por tus manos para los maestros de las aldeas de tu región"

"Eso es correcto", dijo Samuel.

Mulele frunció el ceño y dijo "He estado recibiendo quejas de maestros que lo acusan de no entregar sus salarios a tiempo". Hizo un gesto mirando hacia una serie de cartas que estaban en su escritorio.

Samuel trató de explicar: "Desde que sus hombres llegaron a la zona, se cortó todo contacto con la sede de la iglesia en Tshikapa. No hay forma de que me transfieran los fondos, pero estoy seguro de que se están reteniendo los salarios de los maestros".

El comandante rebelde se reclinó en su silla y tamborileó con los dedos. Finalmente dijo: "Por el momento, eres nuestro prisionero. Hablaremos de nuevo pronto". Samuel fue llevado a un pequeño cubículo con piso de tierra hecho de palos y paja. El único mueble era un banco que se utilizaba como cama. A través de las rendijas de las paredes, Samuel observó cómo los rebeldes regresaban con bienes que habían robado y cautivos a quienes interrogar. Cualquiera que era acusado de oponerse al jeunesse recibía un duro castigo. Más de una vez, Samuel los vio matar a prisioneros en el patio.

Había pasado aproximadamente una semana, una semana de observación y espera. Entonces Samuel recibió un visitante, un amigo de Mukedi. Este amigo le pasó noticias de su casa y una muda de ropa del padre de Samuel.

Después de que el visitante se fuera, Samuel descubrió un pequeño Nuevo Testamento en idioma Gipende doblado en el paquete de ropa. Esto hizo que su tiempo en la celda abarrotada fuera más llevadero. Unos días después, Samuel se sorprendió al escuchar las voces familiares de sus colegas de la iglesia. Los rebeldes estaban usando su radio de onda corta robada y habían tropezado con la frecuencia utilizada por los misioneros. Por fin, pensó él, puedo probar mi historia.

Llamó a un guardia y pidió ver a Pierre Mulele. Cuando los guardias lo llevaron ante su comandante, Samuel dijo: “Si puedo probarte que toda la paga de los maestros que supuestamente he usado indebidamente está en Tshikapa, ¿me creerás?”

Incrédulo, Mulele preguntó: “¿Me lo probarás, y cómo?” La recepción en la radio fue irregular y los misioneros de Tshikapa no siempre estaban disponibles, pero Samuel decidió arriesgarse. “Mañana al mediodía”, dijo, “ven conmigo a ese cobertizo donde pusiste la radio de onda corta que se llevaron de mi casa, y demostraré que estoy diciendo la verdad”.

Al día siguiente, se reunieron a la hora asignada. Mulele advirtió a Samuel Kakesa que no usara la radio para pedir ayuda. “Si dices algo que pueda traicionarnos a nosotros o a nuestra causa, morirás en el acto”. Samuel se sentó en la silla y se llevó el micrófono a los labios. Usó las letras de identificación de Tshikapa. Su corazón latía con fuerza. Estaba estático.

Entonces se oyó una voz: “Kakesa, ¿eres tú? ¿Eres realmente tú? Llevo semanas intentando ponerme en contacto contigo ¿Dónde has estado? ¿Dónde estás ahora? Tenemos asuntos urgentes contigo. Hay mucho correo acumulado para tu área y también tenemos varios meses de salarios para los maestros por lo cual necesitamos estar en contacto contigo lo antes posible. Establece un día y una hora en que podamos encontrarnos contigo en Loange River, para que podamos llevarte todo esto”.

Samuel miró a Mulele y respondió: “Estoy bien, pero no puedo encontrarme contigo ahora”. Estoy rodeado de soldados. El asunto del correo y el dinero tendrá que esperar”. Apagó la radio, se puso de pie y le preguntó a Mulele: “¿Ahora me crees?”

El comandante respondió: "Sí, ahora te creo. Ya no eres un prisionero, pero no puedo permitir que abandones nuestro campamento. Eres una persona demasiado valiosa. Tienes mucho que ofrecer a nuestra causa".

Samuel fue llevado a la oficina de Mulele. Se le ordenó que transcribiera las notas escritas a mano del líder rebelde en una máquina de escribir. Samuel estaba contento de tener este nuevo papel para mantenerse ocupado, pero el contenido de las notas lo inquietaba. Entre otras cosas, estaba escribiendo instrucciones para cavar una zanja en medio de una carretera y camuflarla, creando una trampa mortal para los convoyes de vehículos que pasaban. También transcribió instrucciones sobre la mejor manera de incendiar edificios hechos de materiales permanentes. Un día se encontró con órdenes de obligar a un jefe de aldea que no estaba dispuesto a cumplir.

Finalmente, Samuel no pudo soportarlo más y pensó, estoy contribuyendo a la destrucción de mi propia patria y al sufrimiento de mi propia gente. Este movimiento violento me está utilizando. No podía oponerse físicamente a los rebeldes; sin duda lo matarían y, lo que es más importante, estaba decidido a practicar la no violencia. Así que decidió resistir a sus captores de otra manera: sin avergonzarse de su fe. Sabía el riesgo que estaba tomando. Las fuerzas de Mulele tenían como objetivo a los misioneros occidentales y sus asociados, y tres sacerdotes católicos belgas ya habían sido asesinados.

Todas las noches, Samuel caminaba a cierta distancia del campamento rebelde, se sentaba en un tronco y leía abiertamente el Nuevo Testamento que le había traído de contrabando su padre. No pasó mucho tiempo antes de que los rebeldes informaran a Mulele de lo que estaba haciendo. En ese momento, Samuel podría haber terminado su rutina para preservar su seguridad, pero decidió que no podía hacerlo y seguir siendo fiel a su Señor. Continuó su ritual vespertino a pesar del gran peligro.

Unos días después, el comandante rebelde se acercó a Samuel mientras leía su Nuevo Testamento. Se miraron en silencio durante un rato. Luego, sin decir nada, Mulele se dio la vuelta y caminó de regreso al campamento. Samuel volvió a su Nuevo Testamento y continuó orando.

Cuando regresó al campamento más tarde esa noche, Samuel estaba seguro de que los guardias lo sacarían al patio para castigarlo o incluso ejecutarlo, como los había visto hacer a otros muchas veces antes. No esperaba verlo al día siguiente. Pero llegó la noche y se fue, y nadie vino a sacarlo. El comandante Mulele debió haber decidido tolerar su actividad.

Un día, mientras leía su Biblia, Samuel pensó que escuchó una voz que decía: “Ve a Mukedi”. No lo sabía en ese momento, pero los creyentes en Mukedi habían estado orando para que se enfermara y lo enviaran al hospital para recibir tratamiento. Poco después, sus pies, manos y piernas comenzaron a hincharse, posiblemente una reacción diabética a la dieta con almidón. Mulele le dio permiso para ir a Mukedi para recibir tratamiento, acompañado de guardias.

Mientras tanto, en casa, la esposa de Samuel, Françoise, que estaba embarazada, comenzó a sangrar. El padre de Samuel la llevó a toda prisa en bicicleta al hospital de Mukedi. En el camino dio a luz a gemelos. El primero nació muerto. Ella y su recién nacido sobreviviente llegaron al hospital antes que Samuel. Cuando apareció inesperadamente en su habitación, ella apenas lo reconoció porque tenía las extremidades muy hinchadas.

Samuel pudo escapar del hospital al territorio controlado por el gobierno y poco después la rebelión fue aplastada. Samuel reasumió sus responsabilidades y dirigió los esfuerzos para establecer la iglesia en la región.

Después de su derrota, Mulele se escondió en el exilio. Tres años después, el presidente congoleño Mobutu le prometió la amnistía. Pero cuando el exlíder guerrillero regresó a Kinshasa fue juzgado y ejecutado, y su cuerpo fue arrojado al río Congo.

¿Por qué, cuando el rebelde comunista Pierre Mulele se encontró con Samuel Kakesa en oración y estudio de la Biblia, hizo la vista gorda ante la desafiante expresión de fe de su prisionero? Quizás recordó su propia devoción de antes. O pudo haber respetado el coraje del prisionero. O tal vez su estricto código de conducta maoísta detuvo su mano.

Pero, Samuel tuvo una interpretación diferente. Años más tarde, cuando se le preguntó sobre el encuentro, respondió: “Fue la mano de Dios la que lo detuvo. Estuve entre la vida y la muerte durante esos momentos, pero Dios todavía tenía más trabajo para mí”.

30

Kasai Kapata

Perseguido en 1964 en el Congo



En 1964, los rebeldes maoístas bajo el mando de Pierre Mulele controlaban la mayor parte de la región de Bandundu en el Congo. Muchos cristianos locales se escondían en los bosques mientras las fuerzas de Mulele destruían las misiones protestantes y católicas a la vez que buscaban adoctrinar a los ciudadanos con su tipo de comunismo. Entre las misiones que saquearon las fuerzas de Mulele, mientras expandían su control, se encontraban las ubicaciones de los Hermanos Menonitas en Matende y Lusemvu. Era solo cuestión de tiempo hasta que los rebeldes llegaran al área de Kafumba, donde Kasai Kapata servía en la misión local.

Kasai, hijo de un chamán, no era nuevo en la misión Kafumba; había recibido su educación allí. Se convirtió al cristianismo temprano en su juventud y ahora servía bajo la supervisión del pastor Djimbo Kabala como su secretario y asistente en la iglesia misionera. A medida que se acercaban los rebeldes, los misioneros huían a las ciudades de Kikwit y

Leopoldville (ahora Kinshasa), la capital de la nación. El pastor Kabala, quien no quería viajar lejos, se escondió con otros en los bosques. Kasai decidió llevar a su familia a su pueblo natal cerca de Gungo, pero cuando llegaron, encontraron que las fuerzas de Mulele ya habían ocupado el pueblo.

Kasai ya no podía correr más rápido que los rebeldes, por lo que aceptó el trabajo de proporcionarles comida. Los hombres de Mulele sabían que Kasai había sido un líder en la misión, por lo que a menudo hacían que su trabajo fuera especialmente difícil. Sin embargo, otros sufrieron cosas peores y Kasai aprovechó al máximo su situación. Reflexionando sobre este tiempo de trabajo forzoso, Kasai dijo más tarde: "Fue difícil para mí, como cristiano, ver las palizas y los asesinatos que estaban sucediendo, pero tuve la oportunidad de testificar a los rebeldes y ayudar a fomentar la paz entre los propios aldeanos".

Después de varios meses, Kasai decidió regresar a la misión de Kafumba para controlar a los miembros de la iglesia que aún vivían allí. Con el pretexto de volver a recoger algunas de las pertenencias de su familia, Kasai se dispuso a visitar su antigua casa. Cuando se acercó a la misión, un grupo de rebeldes de Mulele lo detuvo. Muchos lo conocían por su trabajo en la iglesia misionera. Algunos habían estado en sus clases de escuela dominical. Uno de los combatientes le entregó una azada y le dijo que cavara su propia tumba.

Mientras Kasai trabajaba, escuchó a los rebeldes discutir. Muchos de ellos querían matar al pastor, uno incluso se ofreció a pasar un camión por encima de su cabeza. Pero, algunos de sus ex alumnos de la escuela dominical querían mantenerlo con vida. No llegaron a un consenso, así que cuando la tumba fue lo suficientemente profunda, simplemente enterraron a Kasai hasta el cuello hasta que ellos pudieran llegar a una conclusión.

Durante los siguientes días y noches, Kasai permaneció enterrado en su propia tumba. Observaba y esperaba a que los rebeldes regresaran y lo mataran. Vio a esa experiencia como una prueba de parte de Dios. Kasai dijo más tarde: me pregunté si "¿perseveraría y me quedaría con mi llamado a ser pastor?" o "si esta experiencia rompería repentinamente la realidad del claro llamado de Dios solo un par de años antes".

La respuesta pronto fue revelada a sus captores, quienes notaron que su comportamiento no era el que estaban esperando. En lugar de volverse temeroso, ansioso o desesperado, Kasai se puso alegre. Mientras sentía los pies de los rebeldes que pasaban sobre su cabeza, les dijo: "Es bueno que esté aquí en esta tumba".

Sus captores estaban confundidos. ¿Se había vuelto loco su prisionero? Sus antiguos alumnos sabían mejor la respuesta: Kasai estaba lleno de amor por sus enemigos. Finalmente, después de tres días enterrado en la tumba, sus defensores convencieron a los demás rebeldes de que lo liberaran.

Una vez libre, continuó su viaje hacia la misión la cual había sido saqueada y destrozada por las fuerzas de Mulele. Se puso a la tarea de reconstruir la misión junto con los creyentes locales hasta que por fin los rebeldes fueron derrocados por las tropas del gobierno congoleño. Los soldados utilizaron la misión como base de operaciones mientras conducían a la rebelión Mulele desde Bandundu. Cuando ellos también se fueron, Kasai dirigió el esfuerzo para reunir a la congregación de los bosques y las ciudades circundantes a las que habían huido.

Más tarde se le pidió a Kasai que sirviera como capellán del hospital del gobierno en Pai-Kongila y como pastor de su congregación local. Sus esfuerzos eventualmente llevaron al nacimiento de diez congregaciones, compuestas por más de 2.300 miembros en total.

Cuando se le preguntó cómo sobrevivió a la terrible experiencia de ser enterrado vivo con una actitud tan alegre, Kasai dijo: "He descubierto que el Señor nos limpia a través de estas experiencias. Durante un tiempo de persecución, la iglesia se fortalece".

31

Iglesia Meserete Kristos

Perseguida desde 1974 hasta 1992 en Etiopía



Hoy en día, las iglesias anabautistas más grandes del mundo no están en Europa, donde comenzó el movimiento, ni en América, en donde se vio gran parte de su crecimiento, sino en el continente africano. En Etiopía, la Iglesia Meserete Kristos tiene más de doscientos mil miembros bautizados en 591 congregaciones y 863 centros de plantación de iglesias en todo el país. "Solo el año pasado, se bautizaron 17.345 personas", informó el misionero Carl Hansen en 2012.

La iglesia, aunque fuerte en número ahora, tuvo comienzos humildes en el país. Mientras que el cristianismo, principalmente en su forma ortodoxa local, tiene una historia antigua en Etiopía, Meserete Kristos (Cristo es la fundación) tiene sus raíces a mediados del siglo XX. En 1945, los misioneros menonitas llegaron a Etiopía para traer alivio después de la dura ocupación italiana, que

había durado desde 1936 hasta 1941. No reconocidos como misioneros por el gobierno, se enfocaron exclusivamente en los esfuerzos de socorro, abriendo un hospital y trayendo suministros muy necesarios para entonces. En 1948 se les concedió permiso para llevar a cabo la obra misionera, incluida la educación y la evangelización, ellos comenzaron de inmediato.

Tres años después, los esfuerzos misioneros dieron sus frutos: diez hombres estaban listos para convertirse en el primer grupo bautizado por menonitas en Etiopía. Hubo solo un problema, los hombres vivían en la ciudad central de Nazaret (rebautizada por el emperador Haile Selassie en honor a la aldea bíblica), esta ciudad formaba parte de una región oficialmente cerrada al proselitismo. Tratando de eludir la restricción, viajaron con los misioneros a la ciudad capital de Addis Abeba, un área "abierta". Fueron bautizados y regresaron a Nazaret, donde el gobernador local, enojado por la evasión, regañó a los misioneros. La fecha de este bautismo, el 16 de junio de 1951, es el día en que la Iglesia Meserete Kristos cuenta como su verdadero comienzo.

En enero de 1959, los líderes de la iglesia se reunieron en Nazaret para comenzar a discutir la transferencia de autoridad de los misioneros occidentales a los líderes etíopes. Fue un proceso gradual, pero en 1965 los miembros etíopes habían asumido posiciones de liderazgo ejecutivo, y los misioneros asumían funciones de apoyo.

Los años siguientes vieron crecimientos de formas inusuales e inesperadas. Una clase de inglés impartida por un misionero de Meserete Kristos usando el Evangelio de Juan como libro de texto condujo a la fundación de "*Heavenly Sunshine*", una iglesia apasionada y teológicamente carismática. Cuando la persecución comunista posterior obligó a *Heavenly Sunshine* y a las iglesias relacionadas a unirse a Meserete Kristos, trajeron consigo sus características espirituales distintivas, incluida la oración en masa, la guerra espiritual y el hablar en lenguas, lo que hizo que la cultura de Meserete Kristos fuera considerablemente más pentecostal que muchas otras iglesias anabautistas.

Sin embargo, este tiempo de crecimiento abierto no duraría para siempre. El 12 de septiembre de 1974 se dio un golpe de Estado que derrocó al emperador Haile Selassie

y puso fin a una monarquía que había gobernado Etiopía durante siglos y que también había resistido con éxito el colonialismo europeo que subyugaba a la mayor parte del continente africano. El régimen comunista, que reemplazó a la monarquía, trajo consigo reformas considerables. Muchas de estas reformas beneficiaron a una nación en medio de la agitación económica, el hambre y otros problemas importantes. Pero, de acuerdo con su ideología, el nuevo gobierno también reprimió la religión y restringió otras libertades civiles, promoviendo un marxismo ateo y prohibiendo la literatura y la expresión que pudieran competir con el pensamiento del gobierno.

De la noche a la mañana, Meserete Kristos se vio obligado a convertirse en una iglesia subterránea. Los documentos de la iglesia y los materiales de culto y estudios debían mantenerse ocultos y cuidadosamente escondidos cuando eran trasladados. Se obligó a los miembros de la iglesia, con el resto de la población, a asistir a cursos destinados a reeducarlos a través de la propaganda marxista y disuadirlos de realizar reuniones o ideas contrarrevolucionarias.

En 1977, la opresión se había agudizado. Una nueva ley establecía que no estaba permitido asistir a la iglesia a ninguna persona menor de treinta años. Aquellas que la violaran serían arrestadas. Los miembros jóvenes de la iglesia respondieron a esta prohibición vistiendose a una moda “más antigua” para evitar ser notados. Los actos de persecución manifiesta aumentaron gradualmente. Se alentó a los jóvenes alborotadores a acosar y atacar físicamente a los miembros de Meserete Kristos.

En 1978, los miembros de Meserete Kristos y los estudiantes asociados con una academia bíblica en Nazaret fueron llamados al kebele (oficina administrativa local) de la ciudad para ser interrogados. El kebele, encargado de implementar el adoctrinamiento marxista en la región, estaba en contra de toda religión. Con la esperanza de apropiarse de todo el sistema educativo para sus propósitos, tenía la intención de acosar a los estudiantes y al personal de la academia. “Querían golpearnos y meternos en la cárcel”, recordó años después Alemayehu, el administrador de la academia. En algunos momentos de las reuniones, los líderes kebele mostraban sus armas a los cristianos, intentando intimidarlos.

Finalmente, el kebele exigió que los estudiantes de la academia hicieran un juramento negando sus creencias. Esto provocó reuniones más tensas con el personal de la escuela. Después de un interrogatorio prolongado, Alemayehu finalmente dijo: “No puedes forzar nuestras mentes. Obedeceremos todo lo que no vaya en contra de nuestra religión. Pero si va en contra de nuestra religión, no le obedeceremos. Obedecemos a Dios. Nuestras mentes son propiedad de Dios”.

“Lo que no podamos resolver alrededor de la mesa”, respondieron inquietantemente los líderes de kebele, “lo resolveremos con nuestras armas”.

“Tus armas”, respondió el maestro cristiano, “son para protegernos, no para matarnos. Pero estamos listos y felices de morir por nuestra fe”. La situación se difuminó sin violencia, pero los estudiantes de la academia fueron detenidos y continuó el adoctrinamiento forzoso y el hostigamiento.

Alemayehu recuerda haber orado durante este tiempo: “Dios, ¿es realmente tan difícil seguirte? ¿Nuestros antepasados no han tenido este tipo de problema? Dios ¿Te dejo? ¿Pero adónde iría? No es mi deseo dejarte, pero la situación es apremiante”. Entonces Dios le habló a su corazón diciendo: “Puedes soportar esto y pasar a un mejor momento. Se paciente”. La paz entró en su alma.

Los miembros de la iglesia de Nazaret fueron encarcelados. Los kebele, desesperados por demostraciones de lealtad al régimen, exigieron que los creyentes levantaran la mano, que maldijeran a sus enemigos y gritaran: “¡La revolución está por encima de todo!” Los cristianos se negaron recibiendo palizas y detenciones como consecuencia. Los líderes de la iglesia hicieron un llamamiento a favor de sus hermanos y hermanas quienes sufrían, pero sus súplicas a los kebeles del país fueron en gran parte ineficaces.

Nathan Hege, uno de los primeros misioneros menonitas en llegar a Etiopía, escribió más tarde sobre el ridículo generalizado dirigido a los cristianos como parte de esta persecución:

De hecho, fue un momento terrible. El lector occidental en una sociedad democrática difícilmente podrá captar el alcance del ridículo acumulado

sobre los creyentes evangélicos. Los programas de radio y los artículos de los periódicos les llamaban constantemente extranjeros, agentes de la CIA, antiprogresistas, elementos reaccionarios, incluso perros. Sus experiencias fueron como las de los primeros cristianos, como dijo el apóstol Pablo: "Somos la escoria de la tierra, la basura del mundo" (1 Cor. 4:13). Sin embargo, como Pablo, cuando los creyentes eran maldecidos, bendecían; cuando fueron perseguidos, aguantaron; cuando fueron calumniados, respondieron amablemente.

Finalmente, en 1982, los trabajadores del gobierno llegaron a cada uno de los edificios de la iglesia con una directiva dura. "Esta iglesia se cerrará", anunciaron, "y será propiedad del gobierno etíope". El gobierno confiscó todas las oficinas, propiedades, edificios y cuentas bancarias de Meserete Kristos. Arrestaron a seis líderes clave de la iglesia: Kelifa Ali, Kiros Bihon, Shamsudin Abdo, Negash Kebede, Abebe Gorfe y Tilahun Beyene. Estos líderes serían encarcelados durante más de cuatro años en malas condiciones y bajo el constante temor de ser ejecutados. Las reuniones de la iglesia y el proselitismo estaban estrictamente prohibidos.

Sus líderes fueron encarcelados, sus iglesias tomadas, su estilo de vida burlado y vituperado, sus recursos confiscados, pero los cristianos de Meserete Kristos no fueron aplastados, comenzaron a realizar servicios en privado. Para eludir una ley que prohibía reunirse en grupos de más de cinco personas, la iglesia se desplegó para adorar, en grupos de cinco, en las casas de los miembros. El número de grupos superó con creces el número de pastores capacitados en la comunidad, por lo que las reuniones fueron dirigidas por laicos. Bajo constante peligro de allanamientos policiales, los miembros entraban y salían de las casas una a la vez, coordinando sus movimientos para evitar sospechas. La información fue comunicada a la iglesia dispersa de boca en boca.

La represión del gobierno contra la iglesia, combinada con la fidelidad de los creyentes, tuvo un efecto inesperado. La red de grupos de cinco personas significó que los miembros de la iglesia,

debían de compartir íntimamente en sus hogares con amigos cercanos y de confianza, y esto floreció. No había espacio para una religiosidad grandiosa. Y a medida que sus vecinos y amigos que no pertenecían a la iglesia se desilusionaban cada vez más con el gobierno marxista comenzaban a buscar la verdad, la asistencia a la iglesia aumentó. La Iglesia Meserete Kristos puedo haber dejado de existir oficialmente, pero nunca había estado más viva.

La iglesia creció de cinco mil a treinta y cuatro mil miembros durante diez años bajo tierra.

En 1992, el régimen cambió a sistemas más democráticos de gobierno de la nación. Después de una década de ocultamiento y crecimiento invisible, la Iglesia Meserete Kristos finalmente pudo resurgir y tomar posesión de algunas de sus propiedades que habían sido confiscadas. Dos años más tarde, en 1994, se fundó el Instituto Bíblico de la Iglesia Meserete Kristos, que más tarde se convertiría en Meserete Kristos College. Sus raíces se adentraron profundamente en los años clandestinos, cuando líderes como Yeshitila Mengistu, Kedir Dolchume, Tadesse Negawo, Siyum Gebretsadik y Shemelis Rega capacitaron informalmente a ancianos y evangelistas que operaban en la red de la iglesia. Esta capacidad de capacitar eficazmente a nuevos líderes, aprendida bajo la opresión, ha permitido el crecimiento explosivo, en número y testimonio, que la iglesia ha visto desde entonces.

El trabajo de la iglesia, en las complejas realidades culturales y sociales de Etiopía, continúa prosperando, creciendo y adaptándose. Seis compromisos básicos definen la vida y misión de la iglesia: testimonio, enseñanza, generosidad, compasión, ministerio carcelario y establecimiento de la paz. Hoy, Meserete Kristos modela estrategias para la evangelización, la educación, la acción social y la vida de la iglesia que son ejemplos para las congregaciones de todo el mundo. Mucho de esto es fruto de la persecución que tenía la intención de sofocar y aplastar a la iglesia, pero que en realidad solo esparció semillas llenas de vida en Etiopía.

32

Sarah Corson

Perseguida en 1980 en Bolivia



Era medianoche y la jungla estaba tranquila a la luz de la luna. A millas de cualquier ciudad Sarah Corson ciertamente no esperaba visitantes en la remota aldea sudamericana donde pasaba el verano. Sin embargo, mientras estaba de pie en el porche de su casa y se inclinaba para poner una manta sobre su hijo quien estaba dormido, escuchó un golpe repentino. Sobresaltada, vio que un soldado se había deslizado en el barril de agua. Mirando a través del claro, vio a muchos más soldados avanzando a través de las sombras hacia su cabaña.

Ese verano, la organización misionera estadounidense SIFAT (*Servants in Faith and Technology*) había enviado a Sarah, junto con un equipo de diecisiete jóvenes, a esta aldea boliviana como parte de un proyecto en curso para ayudar a los residentes empobrecidos a desarrollar prácticas agrícolas sostenibles.

Una junta militar se había adherido recientemente a las elecciones nacionales y se habían desatado disturbios en las zonas rurales. La junta sospechaba

que los misioneros estadounidenses estaban alentando la resistencia y habían decidido que era hora de eliminarlos de la ecuación.

Sarah estaba aterrorizada esa noche, su corazón latía tan rápido que pensó que sus vasos sanguíneos estallarían. Sabía era responsable de los miembros del equipo dentro de la casa, pero ni siquiera podía avisarles. Estaba paralizada de miedo.

Solo tuvo unos segundos para orar antes de que los soldados la encontraran.

“Dios, si tengo que morir”, oró ella, “cuida de mi familia. Y Dios, por favor quita este miedo. No quiero morir de miedo. Por favor ayúdame a morir confiada en ti”. De repente se dio cuenta de la presencia de Dios. Estaba lista para morir e incluso pensó que a través de la muerte su grupo podría lograr cosas que no habían podido lograr en vida.

Valientemente se acercó al soldado más cercano y pronunció palabras que nunca hubiera pensado decir por sí misma. “Bienvenido, hermano”, gritó. “Entra. No necesitas armas para visitarnos”.

El soldado saltó y dijo: “Yo no. No soy el único. Solo sigo órdenes. Ahí está el comandante, él es el indicado”.

Sarah levantó la voz y repitió: “Todos son bienvenidos. Todos son bienvenidos a nuestra casa”.

El comandante corrió hacia Sarah, empujó la boca de su rifle contra su estómago y la empujó a través de la puerta. Treinta soldados entraron corriendo en la casa y empezaron a sacar todo de los estantes y de los cajones en busca de armas. Estaban convencidos de que Sarah y su equipo tenían motivaciones políticas.

Sarah tomó una Biblia en español y buscó el Sermón del Monte. “Enseñamos acerca de Jesucristo”, dijo, “el Hijo de Dios, que vino a este mundo para salvarnos. También nos enseñó una forma mejor que pelear. Nos enseñó el camino del amor. Por Él puedo decirte que, aunque me mates, moriré amándote, porque Dios te ama. Para seguirlo a Él yo también tengo que amarte”.

“¡Eso es humanamente imposible!” exclamó el comandante de las tropas.

“Eso es cierto, señor”, respondió Sarah. “No es humanamente posible, pero con la ayuda de Dios lo es”.

“No lo creo”. Dijo el comandante.

“Puede probarlo señor. Sé que usted vino aquí para matarnos. Así que máteme lentamente si quiere probarlo. Córteme en pedazos poco a poco y verá que no puede hacer que lo odie. Moriré orando por usted, porque Dios lo ama y nosotros también lo amamos”.

Los soldados rodearon a los misioneros y a muchos aldeanos y estaban a punto de sacar a todos en camiones. De repente, el comandante cambió de opinión y ordenó bruscamente a las mujeres que regresaran a sus casas. Le dijo a Sarah que habrían sido violadas en grupo en el campamento de la jungla y que deseaba evitarles eso, pero que si se descubría que los había liberado probablemente pagaría él con su vida.

Los hombres no corrieron con la misma suerte, ellos fueron capturados, cargados en camiones y llevados de su pueblo. Antes de irse, un soldado dijo: “Podría haber peleado con cualquier cantidad de armas que tuvieras, pero hay algo aquí que no puedo entender y no puedo luchar contra eso”.

A medida que se acercaba el domingo, los aldeanos advirtieron a los misioneros que no realizaran el servicio religioso, ya que los militares asumirían que cualquier reunión tenía una agenda política. Sin embargo, el sábado por la noche, Sarah recibió un mensaje inesperado del comandante quien había allanado el pueblo; el comandante quería asistir a la iglesia el domingo y dijo que, si Sarah no venía a recogerlo en su vehículo, él caminaría las diez millas hasta el final y que estaría allí de todos modos.

La solicitud sonaba sospechosa, así que Sarah decidió que solo aquellos que estaban dispuestos a arriesgar sus vidas debían asistir a la iglesia el domingo. Ella envió un mensaje que decía: “Después de todo, tendremos un servicio, pero no están obligados a venir. De hecho, pueden perder la vida si vienen. Nadie sabe lo que hará este soldado. No vengan cuando suene la campana de la iglesia a menos que estén seguros de que Dios quiere que lo hagan”.

Cuando llegó la mañana del domingo, la iglesia estaba llena. Temblando en sus botas los aldeanos se reunieron. El comandante y su ayudante llegaron completamente armados y se sentaron en la congregación, sus rostros no indicaban si su propósito al venir era amistoso u hostil. Era costumbre que la congregación saludara personalmente a los visitantes con un apretón de manos y un abrazo durante una canción de bienvenida antes del servicio. Aunque Sarah no iba a pedir que hagan el saludo acostumbrado, ella no podía dejar de lado la canción. De todas maneras, la congregación espontáneamente comenzó a saludar a los dos visitantes con apretones de manos y abrazos. El primero en hacerlo dijo, mientras abrazaba al comandante: “Hermano, no nos gusta lo que le has hecho a nuestra aldea, pero esta es la casa de Dios, y Dios te ama, así que eres bienvenido aquí”. Los demás siguieron su ejemplo.

El comandante estaba completamente desconcertado. Se dirigió a la gente diciendo: “Nunca soñé que podría asaltar un pueblo, regresar y que ese pueblo me diera la bienvenida como a un hermano”. Señalando a Sarah, siguió diciendo: “Esa hermana me dijo el jueves por la noche que los cristianos aman a sus enemigos, pero yo no le creí entonces. Me lo ha probado esta mañana. . . Nunca antes creí que hubiera un Dios, pero lo que acabo de sentir es tan fuerte que nunca dudaré de la existencia de Dios mientras viva”.

Dos semanas después, todos los hombres que habían sido encarcelados fueron devueltos al pueblo. Las últimas palabras del comandante a Sarah se quedarían con ella el resto de su vida: “He peleado muchas batallas y matado a mucha gente. No fue nada para mí. Mi trabajo era simplemente exterminarlos. Pero nunca los conocí personalmente. Esta es la primera vez que conozco a mi enemigo cara a cara. Y creo que, si nos conociéramos entre las personas, nuestras armas no serían necesarias”.

33

Alexander Men

Muerto en 1990 en Semkhoz, Rusia



Alexander Men nació en Moscú el 22 de enero de 1935 de padres judíos. Su padre, Volf, era un judío no practicante, aunque todavía simpatizaba con la comunidad judía. La madre de Alexander, Elena, había estado involucrada en el movimiento sionista ruso cuando era joven; ahora era parte de la congregación de Serafim Batukov, un sacerdote de la "Iglesia de las Catacumbas", una rama clandestina de la Iglesia Ortodoxa Rusa que se negó a cooperar con el gobierno soviético. Cuando Alexander tenía siete meses, Batukov lo bautizó a él y a su madre. Los dos se mudaron luego a Zagorsk para unirse a la comunidad de fe de Batukov.

Cuando Alexander aún era joven, su padre fue arrestado por la policía secreta y enviado a un campo de trabajo en los Urales. Batukov entonces se convirtió en una figura paterna para el joven, nutriéndolo en la fe. Cuando Alexander tenía siete años, Batukov murió. En sus

palabras finales a la madre de Alexander, el sacerdote dijo: "Gracias a lo que estás soportando y a la forma seria en que lo estás criando, tu Alik algún día será un gran hombre". Posteriormente a la muerte de Batukov, el científico y teólogo Boris Vasilev, miembro de la iglesia, tomó al joven Alejandro bajo su protección.

Cuando Alejandro tenía trece años, se acercó al Seminario Teológico de Moscú, llamó con valentía a la puerta y pidió ser admitido. Aunque fue rechazado, el decano de estudiantes admiró el entusiasmo y el obvio intelecto del joven. Los dos comenzaron una amistad que duraría toda la vida. Sin inmutarse por su rechazo en el Seminario, Alexander continuó sus estudios. Cuando tenía catorce años, comenzó a escribir un volumen sobre la vida de Cristo. Este primer borrador eventualmente se convertiría en el primer volumen de su serie sobre la historia de las religiones mundiales.

En 1955 ingresó a la universidad en Moscú y luego se trasladó a Irkustsk, donde estudió biología. Su compañero de cuarto y compañero de estudios de biología era Gleb Yakunin, un ateo. A través de largas conversaciones, Alexander convenció a Yakunin de que se reincorporara a la Iglesia Ortodoxa Rusa, en la que había sido bautizado de niño. Yakunin se convertiría más tarde en sacerdote y defensor de los derechos humanos en la Unión Soviética. Eventualmente pasaría un tiempo en prisión por sus creencias abiertas.

La conversión de Yakunin podría haber sido el logro más significativo de Alexander mientras estaba en la escuela en Irkustsk. Pero le costó muy caro. Con la graduación a menos de un año de distancia, la escuela expulsó a Alejandro, acusándolo de ser "un miembro practicante de la iglesia". El joven usó esta etiqueta como insignia de honor.

Al regresar al camino que había iniciado cuando era un niño de solo trece años, Alexander ingresó al seminario en Zagorsk, y en 1958 se casó con Natasha Grigorienko. Más tarde ese año se convirtió en diácono. Se graduó del Seminario Teológico de Leningrado en 1960 y fue ordenado sacerdote.

El ministerio de Alejandro creció. Su escritura y predicación articularon un cristianismo rico e intelectualmente convincente,

desmantelando elocuentemente la posición soviética de que solo el ateísmo era validado por la ciencia. Sus libros circularon en *samizdat* (la prensa clandestina), atrayendo a la fe a miles de hombres y mujeres jóvenes.

Quizás se debió a su posición como un prominente oponente de los ideales soviéticos, pero el ministerio de Alejandro atrajo a miembros de la intelectualidad rusa. Entre los que bautizó estaban el compositor Alexander Galich, la comentarista cultural Nadezhda Mandelstam (cuyo esposo, el poeta Osip Mandelstam, murió en un campo de trabajo soviético) y el escritor Andrei Sinyavsky, quien pasó siete años en un gulag ruso. También fue pastor del director de cine Andrei Smirnov y del crítico literario Lev Annensky, y ofició los funerales de los famosos cantantes Vladimir Vysotsky y Viktor Shalamov.

Los escritos de Alexander también llamaron la atención de funcionarios gubernamentales menos comprensivos y de la jerarquía ortodoxa. Muchos líderes ortodoxos desaprobaron su énfasis en el ecumenismo. Algunos, llenos de prejuicios antisemitas, no podían mirar más allá de su herencia judía. La iglesia, buscando limitar su influencia, lo envió desde Moscú a la pequeña y apartada parroquia de Novaya Derevnya. En una traición a fuego lento, otros sacerdotes ortodoxos comenzaron a hablar en su contra a sus congregaciones, a la prensa y al gobierno también. Al notar su creciente aislamiento, las autoridades soviéticas vieron la oportunidad de silenciarlo.

La KGB observó en secreto a Alexander durante seis años. En 1985 y 1986 lo acosaron con registros e incautaciones de su propiedad. Se reunía con miembros de la KGB varias veces a la semana. Aunque amenazaron con deportarlo o encarcelarlo a menos que denunciara públicamente su ministerio, soportó la presión con tranquila determinación. Finalmente, admitió que, en el pasado, “no siempre se había comportado con la debida precaución y había cometido errores”. La KGB transformó esto en la denuncia que estaban buscando; Alejandro solo lo quiso decir como una confesión básica que cualquier cristiano podría hacer. Más tarde, cuando se le preguntó cómo había soportado todo

este acoso, Alexander respondió: “Soy un sacerdote, puedo hablar con cualquier persona. Para mí no es difícil”.

El final de la década de 1980 fue una época de cambios turbulentos para el pueblo ruso. A medida que se implementaba la perestroika, muchos rusos lo vieron como el fin de la opresión y el comienzo de la libertad tan esperada. Alejandro fue más cauteloso. Una vez le dijo a un grupo de jóvenes profesionales:

La gente ve la perestroika como una especie de panacea. “¡Ah! ¡Aquí está la solución para todo!” Pero esa no es la forma en que funciona. Vivimos las consecuencias de una patología histórica colosal. Nuestra iglesia, nuestra Rusia, ha sido prácticamente destruida y el daño sigue vivo: en el alma de la gente, en la ética del trabajo, en la familia y en la conciencia.

La Iglesia Ortodoxa Rusa, suprimida durante mucho tiempo, se estaba convirtiendo rápidamente en un símbolo del nacionalismo bajo el gobierno de Mikhail Gorbachev. Las advertencias de Alexander sobre una afiliación demasiado estrecha con las nuevas estructuras de poder resultaron reveladoras. El crecimiento del nacionalismo ruso también provocó un resurgimiento del antisemitismo en la nación y la iglesia. Alexander, un sacerdote ortodoxo de herencia judía, se pronunciaba contra el chovinismo, el antisemitismo y el falso patriotismo. Su popularidad hizo que los miembros conservadores del clero ortodoxo se sintieran incómodos. Muchos en su congregación local también eran judíos cristianos. En la aldea de Novaya Derevnya, se burlaron de la iglesia de Alejandro llamándola “la sinagoga”.

Cuando se levantaron las restricciones religiosas, Alejandro amplió su ministerio. Llegó a tener hasta veinte compromisos para hablar en público cada mes y comenzó a aparecer regularmente en radio y televisión. Solo en 1990, ayudó a desarrollar la Sociedad Bíblica Rusa, fundó la Universidad Ortodoxa Abierta y comenzó una revista, *El mundo de la Biblia*. ¿Cómo encontró el tiempo para estas nuevas iniciativas mientras mantenía sus deberes pastorales regulares? “Soy voluntario; Dios proporciona el tiempo”, dijo. Le dijo a su hermano que durante

esta libertad sin precedentes se sintió como “una flecha que finalmente brotó del arco”.

Pero viejos prejuicios acechaban el ministerio de Alejandro. Los fanáticos de la iglesia ortodoxa, enojados por su espíritu ecuménico, hablaron de Alejandro como un “católico secreto” o un “cripto-judío” incrustado en la iglesia para causar desunión. Se convirtió en objetivo de Pamyat (Memoria), una organización antisemita extremista de nacionalistas rusos. Culparon a los judíos de los problemas de Rusia durante el siglo anterior. El símbolo que Pamyat eligió para su movimiento fue un hacha.

En septiembre de 1990, le ofrecieron a Alexander el puesto de rector en una universidad cristiana de Moscú y lo invitaron a presentar un programa de televisión. Recibió cartas amenazantes, amenazándolo de muerte si aceptaba cualquiera de los dos puestos. Los manifestantes comenzaron a aparecer en sus conferencias. En una ocasión, un grupo gritó: “¡Fuera, Yid! ¡No nos hables de nuestra religión cristiana!”

El propio Alejandro tomó estas amenazas con calma, eligiendo ignorar algunas de las cartas amenazadoras y leyendo otras en público con el fin de quitarles el terror que pretendían difundir. Pensando que habría seguridad en el número de gente, amigos y feligreses comenzaron a acompañarlo en sus viajes o charlas.

Cuando un amigo sugirió que lo más seguro para Alejandro sería emigrar a Occidente, el sacerdote respondió: “¿Por qué? Si Dios no se ha apartado de mí, debo quedarme y servirle. Y si se ha alejado, ¿dónde podría esconderme?

La noche del 8 de septiembre de 1990, Alexander dio una conferencia en Moscú y en un momento dijo: Algunas hormigas construyen; algunas hormigas siembran y luego recogen la cosecha; y algunos simios pelean y tienen guerras, aunque no son tan crueles como las personas. Pero nada en la naturaleza, excepto el hombre, intenta pensar en el significado de la vida. Nada supera sus necesidades físicas naturales. Ninguna criatura viviente, a excepción de un ser humano, puede correr un riesgo, e incluso el riesgo de morir, por el bien de la verdad. Miles

de mártires que han vivido son un fenómeno único en la historia de nuestro sistema solar.

A la mañana siguiente, Alexander salió de su casa en Semkhoz alrededor de las 6:40 a.m., caminando por el sendero boscoso hacia la estación de tren local. Desde allí, viajaría en tren veinte millas hasta su iglesia parroquial de pinar. Era una rutina que repetía todos los domingos.

Sin embargo, esta mañana fue diferente. Solo veinte minutos después de que se fue, la esposa de Alexander, Natasha, se despertó con el sonido de un gemido proveniente del exterior de la casa. Al mirar hacia afuera, vio un cuerpo arrugado más allá de la puerta del jardín. Ella podía decir que, quienquiera que fuera esta persona, necesitaba ayuda, probablemente borracho, por lo que llamó a una ambulancia. El hombre no se movió. Se estaba reuniendo una multitud. Ella entonces abrió la puerta y salió. A medida que se acercaba, se percató lentamente de la realidad. Cuando las lágrimas empezaron a caer, le dijo a la multitud: "No me lo digan".

Era Alejandro. La sangre manaba de una herida de diez centímetros en la parte posterior de su cabeza. Ya estaba muerto.

La policía examinó las pruebas en el lugar del asesinato: una arboleda no lejos de la casa de Alexander. Finalmente, armaron una historia: "Un asesino desconocido saltó del bosque hacia él y le dio el golpe letal", informó el oficial de policía Stepan Astachkov. "Encontramos rastros de sangre y de una lucha. El hombre gravemente herido logró tambalearse hasta la puerta de su casa, donde cayó". El atacante había elegido un arma poco ortodoxa para el asalto: un hacha.

El funeral de Alejandro, celebrado en el patio de la iglesia a la que había servido, fue una reunión diversa. Los feligreses, amigos y familiares se mezclaron con los reporteros y figuras públicas a quienes Alejandro había influido durante su ministerio. Gleb Yakunin, el compañero de cuarto de Alexander en la universidad, pronunció un elogio. Ahora se desempeñaba como miembro del parlamento, pero ningún riesgo político le impedía presidir el funeral de su amigo.

La muerte de Alejandro fue ampliamente cubierta por la prensa rusa. Incluso Izvestia, el periódico patrocinado por el gobierno, escribió: “Fue el pastor de muchos defensores de los derechos humanos, presos de conciencia, perseguidos por las autoridades. Su trabajo al brindar apoyo espiritual a muchos intelectuales en desgracia le trajo verdaderos amigos, pero también verdaderos enemigos”. El presidente Mikhail Gorbachev exigió una investigación exhaustiva sobre el asesinato y la Iglesia Ortodoxa encargó su propia investigación.

Varias personas fueron detenidas, pero ninguna fue acusada. La policía finalmente dijo que el motivo más probable del asesinato fue el robo, ya que el maletín de Alexander había desaparecido después del ataque y el sendero del bosque tenía antecedentes de delitos. Los cercanos a Alejandro seguían creyendo que el asesinato era un asesinato planeado; recordaban las cartas amenazadoras que había recibido en los meses previos a su muerte. Algunos afirmaron que estaba en la parte superior de una lista de enemigos que había sido creada por Pamyat. Otros sospechaban que sus enfrentamientos anteriores con la KGB tenían algo que ver con el ataque.

Cualesquiera que sean las verdaderas circunstancias, el asesinato de Alejandro fue el momento culminante de una larga serie de persecuciones a lo largo de su ministerio. Estos ataques personales nunca lo disuadieron de seguir a Jesús, a quien amaba desde su niñez. Siempre creyó que la bondad de Dios triunfaría sobre el mal. Un periodista señaló que las palabras finales del último artículo de Alexander podrían haber sido su epitafio. Había escrito: “El caos que surge de la tiranía no perdurará. No importa cuánto dure la oscuridad, la noche no puede ser interminable. La palabra de Dios nos enseña a creer en la victoria de la luz”.

Adaptación del relato de Larry Woiwode

34

José Chuquín y Norman Tattersall

Muertos en 1991 en Lima, Perú



El 17 de mayo de 1991 marcó el undécimo aniversario de la fundación de Sendero Luminoso, un grupo guerrillero comunista conocido por su feroz oposición a la influencia externa en el Perú. Su guerra con el gobierno ya había cobrado decenas de miles de vidas en la empobrecida nación sudamericana.

Ese día, dos trabajadores ayudantes extranjeros, empleados por la organización de ayuda *World Vision*, condujeron por Lima, la capital de la nación. Norman Tattersall, un canadiense que había crecido como hijo de misioneros en Colombia, era el director interino de *World Vision* Perú. Había estado trabajando en Perú durante más de un año, realizando esfuerzos de socorro en Lima y en las ciudades circundantes, incluida la zona controlada por los rebeldes baluarte de Ayacucho. Pasó una parte significativa de su tiempo en la lucha contra la epidemia de cólera en Perú.

El compañero de Norman, José Chuquín, quinen fuera el presidente de la Iglesia Menonita de Colombia, y durante los últimos once años, el director de operaciones de *World Vision* al otro lado de la frontera en su Colombia natal, donde supervisaba a setecientos empleados y voluntarios. Actualmente estaba trabajando con Norman para ampliar sus esfuerzos en el Perú. José había nacido en La Florida, Colombia, en 1946. Creció en una pequeña finca de cafetera, asistió a la escuela menonita en Cachipay, Colombia, y finalmente fue a la universidad en Carolina del Norte. Allí conoció y se casó con Laura Broad en 1976, ellos tuvieron cinco hijos.

El trabajo de José surgió de su fuerte fe personal. Su trabajo era entregar ayuda de emergencia a los necesitados, como también para mejorar sus vidas y las comunidades. Dijo que estaba comprometido "no solo con la Iglesia Menonita de la que soy miembro, sino también a la iglesia integral, y especialmente a aquellos hermanos y hermanas cristianos que están ansiosos por aprender más sobre el desarrollo social integral".

Como líderes de una organización de ayuda cristiana financiada con fondos extranjeros, Norman y José eran los principales objetivos de Sendero Luminoso, cuyos miembros creían que los trabajadores humanitarios extranjeros y los misioneros socavaban sus esfuerzos por establecer un comunismo "puro". El personal de *World Vision* había recibido repetidas amenazas de muerte que etiquetaban a la organización como "un opio del pueblo", como Karl Marx había denigrado a la religión. Sendero Luminoso había emitido una demanda de que la organización abandonara el Perú. Sin embargo, y a pesar de estas amenazas, el trabajo continuaba.

Los dos hombres y su conductor, el miembro del personal José Zirena, fueron conduciendo por la ciudad hacia la oficina de *World Vision*. Era un tranquilo viernes por la mañana; los dos tenían programado salir de Lima el fin de semana. Cuando llegaron a su cuartel general, dos hombres se detuvieron junto a ellos. Hubo una ráfaga ensordecedora de disparos automáticos mientras los atacantes vaciaron sus armas en el vehículo. Docenas de municiones perforaron el automóvil a través del metal, asientos rotos y cristales rotos.

El conductor de alguna manera escapó de ser herido a pesar de la lluvia de balas. Los pasajeros no corrieron con la misma suerte. Norman murió de inmediato, con veinte heridas de bala en la cabeza y la parte superior del cuerpo. José resultó gravemente herido, recibiendo al menos veintidós balas, la mayoría en la parte inferior de su torso y piernas.

José fue trasladado de urgencia al hospital más cercano y luego trasladado en avión a

Norfolk, Virginia, donde fue sometido a siete horas de cirugía. Sus colegas y su familia oraron fervientemente por él mientras luchaba su por vida. También oraron por sus atacantes. Después de la surgía se informó que estaba mejorando, pero la mejora fue solo temporal. Sus heridas se infectaron y murió el 28 de mayo, once días después del ataque. Su cuerpo fue devuelto a Colombia para su entierro.

Una investigación profesional no logró encontrar pistas sobre quiénes pudieron ser los asesinos o confirmar el motivo del ataque. Ninguna persona o grupo se atribuyó la responsabilidad de los asesinatos, aunque la evidencia circunstancial sugería fuertemente que fue Sendero Luminoso.

Graeme Irvine, ex presidente de *World Vision* Australia, escribió sobre la muerte de José: "Para la mayoría de nosotros, incluso aquellos que viajan a lugares peligrosos, este tipo de violencia parece pertenecer sólo a películas y novelas. Pero en realidad, el mal siempre acecha en las sombras, especialmente donde los siervos de Jesucristo trabajan por el cambio y justicia entre los pobres".

EL Dr. Valdir Steuernagel, miembro brasileño de la junta internacional de la organización, escribió: "Esta es una hora dolorosa. . . Es muy difícil, donde el empobrecimiento experimentado por la mayoría de nuestras sociedades en América Latina lleva a un proceso donde la vida se vuelve muy barata, el rescatar la santidad de la vida. En medio de una sociedad en descomposición es todo un desafío. Pero hay que afrontarlo en el nombre de Jesús".

Debido al ataque y otros actos de violencia contra su personal y otros trabajadores extranjeros, *World Vision* se retiró del Perú al final de 1991, con la excepción de un reducido personal que permaneció en Lima.

Esto puso fin al apoyo crucial a unos veintitrés mil hogares en comunidades empobrecidas en todo el país. Pero esto no fue permanente. Hoy, la misión de *World Vision*, por el que José Chuquín y Norman Tattersall dieron la vida, vuelve a estar activo en Perú, con más de dieciocho mil niños recibir ayuda y educación.

35

Ktherine Wu

Perseguida en 1993 en Taiwán



En 1986, Katherine Wu, menonita de Hualien, Taiwán, estableció el Centro del Buen Pastor para atender a las niñas rescatadas de la prostitución. Katherine concibió el centro como un lugar para que estas niñas abusadas recibieran educación y aprendan nuevas habilidades para ayudarlas a buscar una mejor vocación y una vida mejor.

El centro fue una respuesta pacífica a una terrible crisis. Según algunos grupos de defensa de la niñez, sesenta mil niñas en el país trabajaban como prostitutas en ese momento. Cuando los aborígenes taiwaneses, las familias de la costa este de la isla, se enfrentaban a problemas económicos desesperados vendían a sus hijas para el comercio sexual.

Los delincuentes organizados que dirigen esta oscura "industria" no apreciaban que personas como Katherine dañara su "negocio". Una mañana de 1993, Katherine llegó al trabajo como de costumbre, preparándose para las tareas del día en el centro. Tres figuras encapuchadas

aparecieron detrás de ella y la agarraron. "Cuando me agarraron por primera vez, pensé que era un robo", escribió Katherine en un informe sobre el incidente. "Cuando me metieron trapos en la boca, pensé que alguien quería secuestrarme para conseguir algo de mi marido.

Cuando empezaron a golpearme, supe que era por mi trabajar en El Buen Pastor". Los tres atacantes golpearon a Katherine hasta dejarla casi inconsciente. Con lo último que le quedó de sus fuerzas, extendió la mano y tocó el timbre de la puerta. Los miembros del personal llegaron a la puerta y los atacantes salieron corriendo.

El personal llevó a Katherine al hospital. Mientras ella se recuperaba, sus amigos, su familia y el personal del El Buen Pastor venían a visitarla. Todos repetían el mismo consejo: debería dejar tu trabajo en el centro para poder salvarte. "La próxima vez podrían matarte", dijeron. Catalina les respondió con valentía: "Jesús ama a esas chicas, y yo también las amo". Su recuperación tomó varias semanas. Tan pronto como pudo, Katherine volvió a su trabajo. Pero la amenaza de otro ataque se cernía sobre todo lo que ella hacía. "Cuando camino al aire libre, siempre miro hacia atrás para ver si alguien me está siguiendo", le dijo a alguien poco después del ataque ¿Cómo podría seguir trabajando bajo tanto estrés? En una entrevista, ella atribuyó su perseverancia a la lectura de la Palabra de Dios y a la oración "momento a momento".

Los medios nacionales recogieron la historia de Katherine. No pasó mucho tiempo antes de que organizaciones particulares los taiwaneses e incluso el gobierno enviara ayuda para financiar a Katherine y a El Buen Pastor. Todo esto gracias en parte a la amplia publicidad en torno a la historia de Katherine. El gobierno aprobó leyes para prohibir el comercio sexual y proteger a los niños aborígenes. Pero Katherine no tomó esa victoria como excusa para relajar sus esfuerzos. Con su característico compromiso con los vulnerables, amplió el centro de alcanzar a ex prostitutas a un ministerio para todas mujeres maltratadas.

36

Ekklesiyar Yan'uwa a Nigeria

Perseguida desde 2009 hasta hoy en Nigeria



En 2009 en la mitad de la noche, militantes de Boko Haram entraron en la casa de Mónica Dna. Ante los ojos de Mónica, decapitaron al marido y degollaron a dos de sus tres hijos.

Entonces, giraron hacia ella, le cortaron el brazo izquierdo mientras lo levantaba en defensa, le cortaron garganta, la dejaron y la dieron por muerta. Un vecino la encontró aún con vida y la llevó al hospital. Seis años más tarde, después de numerosas cirugías, todavía necesitaba otras más. Pero lidiar con el trauma del ataque y la pérdida de su esposo e hijos fue incluso más difícil que recuperarse físicamente.

Ella logró aguantar solo por la fuerza que recibió de Jesús, y a través del apoyo de otras viudas desplazadas en Jos, la ciudad del centro de Nigeria donde encontró refugio. Mónica fue una de las más de 1,5 millones de personas desplazadas por violencia en áreas del noreste de Nigeria sujetas a ataques por parte de

la organización islamista Boko Haram. El grupo se formó por primera vez en 2002 a fin de oponerse a las fuerzas de seguridad del gobierno y la influencia occidental. Boko Haram a menudo se traduce como “la educación occidental está prohibida”.

En marzo de 2015, el líder del grupo, Abubakar Shekau, prometió formalmente lealtad al Estado Islámico en Irak y Siria (ISIS), y cambió el nombre oficial del grupo a Wilāyat Gharb

Ifrīqīyyah (provincia de África Occidental) del Estado Islámico. En ese tiempo, alrededor de veinte mil millas cuadradas de territorio estaban bajo su control.

Cuando los militantes comenzaron a aparecer en las aldeas, los residentes más tarde

recordaron, ellos afirmaban estar buscando una mezquita para rezar. Poco después, comenzaron a dar dinero para ayudar a los musulmanes a desarrollarse en sus negocios; muchos tomaron este dinero sin entender los propósitos de Boko Haram. Continuaron atacando algunas iglesias y a cristianos individuales. Con el tiempo, dieron a conocer su plan de derrocar al gobierno y crear un estado islámico. En 2009 lanzaron una campaña de asesinatos, bombardeos y secuestros dirigidos tanto a cristianos como a musulmanes que no cooperaban.

En abril de 2014, Boko Haram atrajo la atención del mundo entero cuando secuestró a

276 niñas de la escuela en la ciudad de Chibok. De las niñas secuestradas, 178 pertenecían a Ekklesiyar Yan'uwa a Nigeria (EYN), la Iglesia de los Hermanos en Nigeria. Esta iglesia fue fundada por misioneros estadounidenses en 1923 y la EYN eventualmente creció hasta convertirse en la denominación cristiana más grande en el noreste de Nigeria. EYN pertenece a la familia de iglesias anabautistas, cuyas raíces se remontan a la Reforma Radical del siglo XVI.

Un principio fundamental del anabautismo durante casi cinco siglos ha sido la no resistencia cristiana, una convicción por la que las iglesias anabautistas a menudo han pagado caro. Ahora los anabautistas nigerianos, moldeados por esta herencia de no violencia y de martirio, se encontraron llevándola adelante. De hecho, solo del 2013 la cantidad de cristianos anabautistas quienes murieron en manos de Boko Haram

es de tres veces más de lo que fueron asesinados en todas las persecuciones de la Europa del siglo XVI. Por el verano de 2015, más de diez mil miembros de EYN habían sido asesinados, y más de 170.000 miembros, incluidos 2.092 pastores y evangelistas, habían sido desplazados dentro de Nigeria o en países vecinos. Boko Haram había destruido 278 edificios de iglesias y 1.674 puntos de predicación. De los cincuenta distritos eclesiásticos de la denominación, solo siete estaban funcionando.

En octubre de 2014, militantes destruyó la sede nacional de EYN en Mubi, Adamawa, por lo que la iglesia estableció una sede temporal en la relativa seguridad de Jos, donde se habían reunido muchos miembros desplazados. Sin embargo, otros cristianos de Nigeria respondieron a la violencia de Boko Haram tomando las armas contra el grupo; algunas congregaciones incluso formaron una milicia. Por el contrario, los miembros de EYN se mantuvieron fieles en gran medida a sus convicciones no violentas. Como atestiguan sus historias, esta fidelidad a pesar de la persecución les permitió dar testimonio del camino de Cristo de paz y perdón, incluso hacia sus enemigos.

Las familias y las personas desplazadas comenzaron a llegar en grandes cantidades a Jos y otras áreas más seguras de Nigeria en la primavera de 2014. Cuando era posible, iban a vivir con familiares; pero, aún así, miles de una vez las personas sin familiares terminaron en campamentos de desplazados; otros acamparon afuera en los terrenos de los edificios de la iglesia.

El EYN compró tierras cerca de Jos y Abuja, la capital nacional, con el fin de construir viviendas temporales. Mientras tanto, muchas familias de EYN abrieron sus puertas para los recién llegados traumatizados. Una de esas familias, Janata y Markus Gamache, acogió hasta cincuenta y dos personas desplazadas a la vez. Por la noche, su sala llegaba a estar llena de mujeres y niños pequeños durmiendo en esteras, mientras que los niños mayores dormían en el patio cercado y los hombres acampaban afuera bajo los árboles. La mayor parte de las comidas se hacían en el patio trasero sobre un fuego de leñas, en grandes ollas apoyadas sobre piedras. Los invitados ayudaban a cocinar, ir de compras, comprar leña, limpiar, reparar el hogar

y trabajar en el negocio avícola de la familia.

Janata organizó todo y se encargó de que se hicieran todas las tareas del hogar. "Por supuesto que el trabajo ha aumentado", dijo ella, mostrando el cansancio en sus ojos. "Tenemos que desinfectar la alfombra y otras partes de la casa a menudo para prevenir enfermedades. Comprar toda la comida y los suministros a un precio más económico, tener diecisiete hijos aquí y compartir un solo baño es desafiante. Cuando se vuelve demasiado ruidoso por las noches, salgo, solo para tener un momento de tranquilidad".

Janata tenía la esperanza de que, con algunas de las áreas del noreste cada vez más estables, su hogar se reduciría gradualmente en número cuando algunos regresaran a casa. "No hemos podido cerrar nuestro corazón a los necesitados", dijo. "Es nuestra costumbre nigeriana, pero lo que es más importante, es lo que Dios nos pide: cuidar de las personas que han perdido sus hogares y su familia y no tienen nada y Dios es nuestra principal fuente de fortaleza".

Para Musa Ishaku Indawa, un miembro de EYN que vive como persona desplazada en Yola, los problemas comenzaron en noviembre de 2013. Cuando Boko Haram atacó Ngoshe, su ciudad natal, dañando iglesias, quemando sus casas, saqueando y robando los coches. Ellos también mataron al tío de Musa y a otros cuatro miembros de la iglesia. "Todo vivo con miedo", recordó Musa más tarde. "Algunos se quedaron en la ciudad, mientras otros huyeron al monte.

Pero antes de los ataques, los cristianos en mi área de origen [el 75 por ciento de la población] habían estado viviendo en paz con nuestros vecinos musulmanes".

Cinco meses después, en abril de 2014, los militantes de Boko Haram regresaron y sitiaron la ciudad, expulsando al ejército nigeriano. Musa lo relató así: desde las 7:30 de la noche hasta las 2:00 de la mañana, no hubo cese de los disparos. Estaba preocupado por mi esposa, que había dado a luz unas semanas antes, pero decidí que teníamos que irnos. Sostuve a nuestro bebé contra mi pecho, nos inclinamos y corrimos, confiando nuestra seguridad a Dios.

Solo vimos a un militante mientras huíamos a las montañas. Muchos otros al igual que nosotros también corrieron. Cuando pasó algún tiempo, regresamos a casa.

Pero, durante una reunión de la iglesia a principios de junio, escuchamos disparos y todos volvimos a correr hacia las montañas. Boko Haram saqueó y quemó más casas e iglesias; más miembros de la iglesia fueron asesinados. Los militantes también rodearon las montañas, matando a más de un centenar de hombres y secuestrando mujeres y niños. Finalmente, nuestra familia pudo irse al sur, a Mubi, donde alquilé una granja y comencé a cultivar. Luego de que Boko Haram se apoderara de la cercana ciudad de Michika, dejamos Mubi y viajamos más al sur, a Yola. Después de nueve meses en la montaña, mi madre huyó y nos enteramos de que mi padre había muerto. Ahora mi madre está en Yola con nosotros. Sin embargo, incluso ahora, la gente todavía se esconde en las montañas; algunos de ellos han muerto de hambre.

“No podemos vivir para Cristo sin pasar por dificultades”, agregó Musa. “Durante todo este tiempo, oré continuamente y confié que, si Dios quería que sobreviviéramos, nos protegería y nos daría la fuerza”.

Al igual que Musa, Rifkaty Bitrus y su familia huyeron a las montañas cuando Boko Haram atacó a Ngoshe. Pero en su caso, la fuga falló. Los militantes los persiguieron y secuestraron a Rifkaty y sus dos hijas, de uno y cuatro años, junto con muchas otras mujeres y niñas.

En el campamento de Boko Haram, los mantuvieron en una casa cerradas y vigiladas. No sufrieron daños, pero se vieron obligados a realizar trabajos como el triturar aceite de palma y buscar agua, pero permanecían con la puerta cerrada con llave cuando regresaban del trabajo. “Nos llamaron incrédulos”, dijo, “y amenazaron con matarnos como vacas si no nos convertíamos al islam. Tuvimos que usar el velo musulmán, pero ninguno de nosotros se convirtió”.

Después de tres semanas, Rifkaty logró escapar durante la noche sin que el guardia se diera cuenta. Ayudó a su hija de cuatro años a atravesar la pared y luego ella misma se subió a ella con su bebé a la espalda. Con otras quince mujeres, se escondieron en las montañas y cruzaron la frontera con Camerún. Allí se reunió con su esposo, y juntos se mudaron a un campamento cerca de Jos. Rifkaty, aunque estaba agradecida de estar viva, todavía no sabía si los miembros de su familia que se quedaron en Ngoshe habían sobrevivido.

Algunos miembros de EYN arriesgaron sus vidas para salvar a sus vecinos. En febrero de 2014, Ibrahim Dauda supo que tenía que hacer algo para ayudar a su vecina, una mujer que sangraba mucho después de la muerte de su hijo en un aborto espontáneo. A pesar de los peligros de las fuerzas cercanas de Boko Haram, Ibrahim la llevó al otro lado de la frontera a un hospital en Camerún. Como no tenía suficiente dinero para la cirugía que ella necesitaba, le dio al médico lo que tenía y, dejando sus documentos de identificación y la tarjeta de membresía de la iglesia en el hospital, les dijo que regresaría con el resto del dinero.

Seis militantes de Boko Haram lo detuvieron en la frontera. Ibrahim explicó que tenía que volver a casa para conseguir el dinero para la cirugía de la mujer. Lo dejaron ir. Esperando que le tendieran una emboscada cuando regresara con el dinero, regresó por un camino diferente. Pagó el hospital y la mujer vivió.

Frente a una persecución tan intensa, no todos los miembros de la iglesia pudieron aferrarse a sus convicciones. Algunos, cuando fueron amenazados por Boko Haram, o habiendo presenciado la tortura o el asesinato de miembros de su familia, optaron por abandonar las enseñanzas de su iglesia y tomaron las armas en defensa propia o en represalia. Otros se unieron a denominaciones que habían formado sus propias milicias cristianas. Algunos incluso intentaron salvarse a sí mismos y a sus familias convirtiéndose al islam. Pero tales casos fueron las excepciones; la mayoría de los miembros e iglesias de EYN se mantuvieron fieles a su herencia de paz.

Adamu Bello, pastor de una iglesia EYN en Maiduguri, la capital del estado de Borno, recibió varias visitas de pequeños grupos de hombres que se presentaron como militantes de Boko Haram, posiblemente para ponerlo a prueba o posiblemente para matarlo.

"Debido a que fui criado como musulmán", dijo más tarde, "sé cómo piensan y cómo calmarlos y así hacer las paces. Siempre les hablé con respeto, tratándolos como seres humanos, tratando de entenderlos". Cada vez, les preguntaba por sus problemas y oraba con ellos. Cuando se iban, enviaba a un miembro de la iglesia para que los acompañara por un camino de regreso para que el ejército nigeriano no los matara. "Hago esto porque los amo", les decía.

Un día, Adamu habló con el hombre que lavó su coche sobre su preocupación por los jóvenes de Boko Haram. "Cuando el ejército nigeriano los encuentra, los mata de inmediato", le dijo, "pero si yo fuera un líder político, los perdonaría si aceptaran dejar de luchar. No mataría a ninguno de los capturados, pero haría que me los trajeran. Los escucharía, trataría de entenderlos y haría algo acerca de los problemas por los que están enojados". En ese momento, no se dio cuenta de que estaba hablando con un comandante de Boko Haram.

Algún tiempo después, mientras conducía con su familia, fue detenido y rodeado por un gran contingente de Boko Haram. Bello esperaba ser asesinado, pero un militante miró por la ventanilla del automóvil y lo reconoció. "Es un buen hombre", les dijo a los demás. A Bello, le dijo: "Puedes pasar". La familia siguió su camino sin incidentes.

En un taller de EYN para la curación del trauma y la reconciliación, Ibrahim Dauda, el hombre que se enfrentó a Boko Haram para ayudar a su vecina enferma, les dijo a los otros participantes:

"Conozco a las personas que me robaron las vacas, las cabras, el generador, la motocicleta y cosas de mi casa. Cuando llegué a mi primer taller de curación de traumas, estaba amargado y no estaba listo para perdonar a Boko Haram.

Creía que se debía hacer justicia antes de que pudiera considerar el perdón. Ahora puedo perdonar. Incluso llamé a los miembros de Boko Haram y les dije que los había perdonado. Estaban sorprendidos; algunos me agradecieron. Cuando perdonas, tienes nueva libertad".

"No es fácil", agregó Gabriel Vanco, de Uba. "Todo el trabajo de mi vida, mi granja avícola, veintiuna vacas, mis cosechas cosechadas, todo fue robado. Es difícil volver a casa y ver que uno de tus vecinos usa tu ropa o tus muebles en su casa, pero debemos perdonar para estar libres de la carga del odio. Y es solo por la gracia de Dios que podemos hacerlo".

Sabían que la reconciliación sería necesaria si las comunidades del noreste de Nigeria alguna vez esperaban reconstruirse. Si bien los episodios de violencia entre musulmanes y cristianos no tenían precedentes en la región, antes de Boko Haram las dos religiones habían coexistido en su mayoría pacíficamente. Ahora, muchos sobrevivientes estaban comprensiblemente amargados. "Ninguno de nuestros amigos musulmanes nos ayudó durante los ataques", dijo una mujer, parada en el lugar de un edificio de una iglesia incendiada cerca de Mubi, la ciudad donde decenas de personas murieron en los ataques islamistas en 2012. "Algunos ayudaron a Boko Haram a llevarlos a cabo. . Ahora no hay confianza entre musulmanes y cristianos aquí", agregó ella.

Otros supervivientes tenían historias más esperanzadoras que contar. Cuando Shawulu T. Zhigila, un pastor de EYN, se escondía de las fuerzas de Boko Haram en Ngoshe, los vecinos musulmanes lo llevaron a sus casas para esconderlo y protegerlo. Continuaron llamándolo ocasionalmente después de eso, diciendo que estaban contentos de que todavía estuviera vivo.

Tales actos de compasión van en ambos sentidos, según James Musa, otro pastor de EYN: "Cuando damos ayuda material y servicios, se los damos a los miembros de EYN, pero cuando es posible también a otros - cristianos o musulmanes - de la zona que los necesita. Todos están experimentando los mismos problemas". Contó cómo los miembros de EYN en Madagali, Adamawa, dieron apoyo y medicina a una mujer musulmana enferma que había sido abandonada por su familia cuando

Boko Haram atacó la ciudad. Ella les dijo: “De ahora en adelante seré cristiana”.

En mayo de 2015, el campamento interreligioso de desplazados internos de Gurku, un proyecto iniciado por Markus Gamache y otros miembros de EYN, se inauguró oficialmente con una celebración alegre. Las 162 familias musulmanas y cristianas que se mudaron allí habían perdido hogares y medios de subsistencia a causa de la violencia. Ahora se estaban instalando en nuevas casas de tres habitaciones que habían ayudado a construir con ladrillos de barro hechos a mano. Cada familia cultivaría en una parcela de tierra mientras ayudaba a construir una escuela y una clínica. Representando a muchas tribus e idiomas, vivirían juntos como modelo para las relaciones positivas entre cristianos y musulmanes.

Para algunos miembros de EYN, el trabajo de reconciliación no se limitó a hacer las paces con sus vecinos musulmanes. Intentaron llegar al corazón de los propios combatientes de Boko Haram. En noviembre de 2013, la Dra. Rebecca Dali, miembro de EYN quien coordina una organización de ayuda, estaba entregando suministros en el campo de refugiados de Gawar en Camerún cuando un hombre del que sospechaba que era un militante de Boko Haram le pidió que se reuniera con él en privado y le dijo: “Quiero hablar contigo porque tienes el espíritu del amor”. Rebecca recordó más tarde:

“Admitió ser un luchador de Boko Haram que había matado a más de treinta y dos personas. Le pedí que dejara eso y siguiera a Jesús. Mientras oraba por él, lloró y aceptó a Cristo como su Señor y Salvador. Dijo que tendría que hacer esto en secreto al principio, ya que su vida estaría en peligro, pero con el tiempo podría practicar su fe públicamente. Lo conecté con uno de los pastores de EYN en el campamento”.

En otra ocasión, Rebecca se dirigía a Chibok para entregar suministros de socorro cuando dos militantes detuvieron su automóvil y la obligaron a seguirlos hacia el monte. Caminando tras ellos, agonizaba,

imaginando su muerte inminente. Ella oró en silencio: “Dios, si quieres que muera, lo aceptaré, pero si quieres que siga haciendo este trabajo, protégeme y déjame vivir”.

Veinte militantes la rodearon y uno le dijo: “Está bien, te vamos a matar. ¿No tienes miedo?” “No”, respondió ella. “No tengo miedo. Incluso si muero, sé a dónde voy: al cielo”.

“¿A dónde van los Boko Haram”, le preguntó uno, “al cielo o al infierno?”

“No lo sé, pero estoy orando para que sigas el camino correcto. Siempre tienes una segunda oportunidad. En un segundo, puedes cambiar tu vida e ir al cielo”.

Él respondió: “Eres una buena persona. No te tocaremos”. Reconociendo que ella estaba dando alimentos y suministros a los musulmanes, agregó: “¡Ve y haz tu trabajo!” Cuando se fue, Rebecca les dijo que oraría por ellos.

“La gente necesita ayuda desesperadamente, así que continuaré este trabajo a pesar del peligro”, dijo Rebecca más tarde. “Dios me salvó la vida, por lo que el resto de mi vida es una ventaja. Y ahora saben que distribuyo ayuda a cristianos, musulmanes y no cristianos, e incluso tengo un musulmán en mi personal, así que me dejaron pasar. Cuando los del Boko Haram llegaron a Mubi y atacaron, dañaron la sede de la EYN. Pero no tocaron el almacén con suministros de socorro”.

Muchos miembros de la iglesia dicen que su fe fue reforzada y fortalecida a través de esta terrible experiencia. Un joven, pariente de Markus Gamache, dijo: “Cuando fui capturado por Boko Haram y obligado a unirme a ellos, recibí 250.000 nairas, un arma y municiones. Se esperaba que todos matáramos a uno o dos de nuestros hermanos de sangre. Si te negabas, te matarían y recuperarían lo que te habían dado”.

Por un tiempo, dijo el joven, se las arregló para evitar participar en las redadas, saqueos o matanzas con una excusa para irse

para emergencias familiares. Pero sabía que no podría aguantar mucho más. “Tampoco me tragué el 'encanto', la droga que te dan que te hace dócil e incapaz de pensar por ti mismo”.

Antes de su captura, se había desviado de su fe cristiana, pero como sabía que lo que Boko Haram quería que hiciera era malvado, volvió a sus creencias. En cautiverio, él y varios otros cristianos se comunicaron en secreto sobre cómo escapar. Finalmente, se las arregló para escapar al monte y ponerse en contacto con Markus.

“A menudo, los cristianos que han estado con Boko Haram pero han escapado no son aceptados nuevamente en la comunidad cristiana”, explicó Markus, “pero la gente de la congregación EYN aquí lo ha aceptado. Y ahora su fe y determinación de vivirlo se han visto fortalecidas por lo que pasó”.

Al igual que este joven, la iglesia en su conjunto se fortaleció a través de las dificultades que encontró. En la conferencia anual de EYN en 2015, el Rev. Samuel Dali dio voz a la experiencia de la iglesia: “Hemos sido gravemente heridos. Al principio nos sentimos confusos, frustrados e inseguros sobre el futuro, pero nunca hemos dejado de operar. Hemos hecho algunos progresos dolorosos y nos estamos recuperando y ganando fuerza”.

Tales palabras de esperanza no pudieron borrar los horrores que la iglesia había experimentado o las dificultades que se avecinaban. Muchos miembros de EYN todavía eran vulnerables y los miembros desplazados a menudo se sentían desconectados de la iglesia. Aquellos que regresen a sus comunidades de origen enfrentarían el tremendo desafío de reconstruir y hacer frente al trauma y las relaciones heridas. En estudios bíblicos y sermones, los miembros de EYN a menudo hablaban de la persecución que enfrentaron los primeros cristianos. Adoptaron Filipenses 1:21 como tema del año: “Porque para mí, el vivir es Cristo y el morir es ganancia”.

Sin embargo, a pesar de los desafíos, muchos miembros de EYN dijeron que la crisis había intensificado su amor y cuidado mutuos. Y paradójicamente, la dispersión de la iglesia EYN había extendido su testimonio a nuevas áreas de Nigeria e incluso a países vecinos.

“Los cristianos fieles no deben temer a la muerte, sino tener esperanza y seguir la dirección de Dios para servir”, dijo el reverendo Dali al personal de EYN. “Debemos seguir a Cristo, ya sea que Boko Haram sea una amenaza o no. Si vivimos para Cristo, Boko Haram no tiene poder sobre nosotros”.

Escrito por Peggy Gish

Preguntas de reflexión y discusión

Estas historias están destinadas a ser compartidas. Después de haber leído una o más de ellas con tu familia, congregación, clase o grupo de discusión, usa algunas o todas estas preguntas para iniciar una conversación y ayudar a aplicar estas historias a nuestras vidas hoy.

1. Según tu opinión ¿Qué cosa hace que alguien se convierta en un mártir cristiano?

2. ¿A causa de qué cosas puntuales sobre tu fe estás personalmente dispuesta/o a sufrir y morir? ¿Qué cosa es no-negociable para ti?

3. Si te pidieran dar cuentas de tu fe, ¿estarías lista/o y serías capaz de hacerlo? ¿Si no lo estás, por qué no?

4. En muchas de estas historias, los cristianos y cristianas sufrieron a causa de su osadía. ¿Qué pasaría si te volvieras más osado u osada acerca de tu fe? ¿Qué te impide ser más audaz y tener más apertura?

5. Muchas de estas historias muestran cómo Cristo les da fuerza a sus seguidores para enfrentar la oposición. ¿Has experimentado esto alguna vez?

6. Tertuliano dijo una vez: "La sangre de los mártires es la semilla de la iglesia". ¿Cómo usa Dios la persecución para difundir el evangelio?

7. Si la iglesia es más vigorosa bajo la prueba y la tribulación. Entonces, ¿por qué buscamos una vida libre de peligros?

8. ¿Qué importancia tiene en el testimonio de cristianos y cristianas el vivir en no la no violencia?

9. ¿Debería un cristiano o cristiana evitar activamente al estado? Si es así, ¿cuándo y en qué medida?

10. Trabajar por la justicia y recibir sufrimiento como resultado, ¿es lo mismo que dar testimonio del evangelio? ¿Es esta distinción importante?

11. ¿Crees que los cristianos, incluidos los de América del Norte y Europa, se enfrentan una hostilidad cada vez mayor? Si es así ¿Cuáles son las causas?

12. En el pasado, muchos mártires sufrieron en manos de las autoridades religiosas. ¿Crees que esto puede volver a suceder?

13. En el Nuevo Testamento leemos cómo los primeros cristianos apoyaban a los que eran perseguidos ¿Cómo podríamos practicar esto hoy en día con mayor fidelidad?

14. ¿Cómo te han afectado estas historias?

Notas y fuentes

Introducción: partes de la introducción, pero en una forma muy diferente, aparecen en el libro *"The Complex Legacy of the Martyrs Mirror"* por John D. Roth, *The Mennonite Quarterly Review,* 87 (Julio 2013), 277–316.

Esteban: resumen del libro de *Hechos de los Apóstoles*, cap. 2-7. Citas directas tomadas de la Biblia, Nueva Versión Internacional, copyright ©1973, 1978, 1984, 2011 por Biblica, Inc. Utilizado con permiso. Todos los derechos reservados.

Policarpo: tomado de tres diferentes fuentes: "*The Martyrdom of Polycarp*" in *The Ante-Nicene Fathers,* editado por Philip Schaff, et al., traducido por Marcus Dods (Peabody, MA: Hendrickson Publishers, 1996) la mayoría de las partes. *History of the Church* en *Nicene and Post-Nicene Fathers, Series 2: Eusebius,* editado por Philip Schaff, et al. (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1984) incluye comentarios muy válidos de parte de Eusebio. Finalmente, *Irenaeus, Against Heresies,* traducido por Philip Schaff; editado por Alexander Roberts, et al. (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2001) contiene detalles sobre los primeros años de la vida y carácter de Policarpo.

Justino Mártir: extraído de la colección de Philip Schaff's sobre Justino Mártir en *The Ante-Nicene Fathers*. La introducción y las notas textuales de Schaff dan más detalles a la historia que los que se han incluido aquí.

Agatónica, Papilo y Carpo: basado en "*Martyrdom of Carpus, Papylus, and Agathonicê" (third century) in The Acts of the Christian Martyrs*, traducido del Latin por Herbert Musu- rillo (Oxford: Oxford University Press, 1972). Una fuente griega incluso anterior, y probablemente más confiable, informa que Agatónica no fue condenada a muerte, sino que simplemente se arrojó sobre la pira de fuego de los otros dos mártires.

Perpetua: basado totalmente en "*Acts of Perpetua and Felicitas*" en *The Ante-Nicene Fathers*. La mayoría de los expertos están de acuerdo con Tertuliano, el autor del trabajo, quien usó el diario y las cartas de Perpetua y Saturo como fuentes, esto alrededor del 230 *A.D*

Taraco, Probo y Andrónico: basado en los relatos en *Martyrs Mirror of the Defenseless Christians*, por Thieleman J. van Braght, traducido por Joseph Sohm (Scottdale, PA: Herald Press, 1938).

Marcelo Tánger: basado en una biografía de Marcelo publicado en *In Communion 47* (Fall 2007), una publicación de la Orthodox Peace Fellowship. Citas adicionales e informaciones fueron extraídas de *The Apostolic Tradition of Hippolytus*, traducido por Burton S. Easton (Cambridge University Press, 1934).

Juan Huss: basado en los artículos de Elesha Coffman, Thomas A. Fudge, y Maartje M. Abbenhuis en *Christian History and Biography 68* (October 2000).

Michael y Margaretha Sattler: basado en principio en *Anabaptist Portraits*, por John Allen Moore (Scottdale, PA: Herald Press, 1984). Relatos en el *Espejo de los Mártires* ofrecieron detalles valiosos acerca del juicio de Sattler. Otros detalles fueron extraídos de *The Radical Reformation,* por George H. Williams (Philadelphia: Westminster Press, 1962).

Weynken Claes: basado en su totalidad en el *Espejo de los Mártires*.

Willian Tyndale: basado en varias fuentes, incluidos el relato en *Foxe's Book of Martyrs*, por John Foxe, editado por William Byron Forbush (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1967); *El Espejo de los Mártires*, por van Braght; *God's Bestseller*, por Brian Moynahan (New York: St. Martin's Press, 2002); *Tyndale: The Man Who Gave God an English Voice*, por David Teems (Nashville, TN: Thomas Nelson, 2012); y *Christian History and Biography 16* (October 1987).

Jakob y Katharina Hutter: basado en *The Chronicle of the Hutterian Brethren, vol. 1* (Rifton, NY: Plough, 1987) y *Johann Loserth's entry on Jakob Hutter in the Global Anabaptist Mennonite Encyclopedia*. Ver también en Werner O. Packull, *Hutterite Beginnings: Communitarian Experiments during the Reformation* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995).

Anna Janz: basado primariamente en los relatos de la muerte de Anna Janz en *El Espejo de los Mártires*. Gerald Mast proveyó detalles adicionales tomados de la edición en alemán de *El Espejo de los Mártires* y de *Profiles of Anabaptist Women*. Editado por C. Arnold Snyder y Linda A. Huebert Hecht (Waterloo, ON: Wilfrid Laurier University Press, 1996).

Dirk Willems: basado en su totalidad en *El Espejo de los Mártires*.

Veronika Löhans: adaptado de *Behold the Lamb: A Brief History of the Moravian Church"* por Peter Hoover (manuscrito no publicado). También

de *Moravian mission in St. Thomas and particularly the life of Rebecca Freundlich*, ver la biografía de Jon Sensbach, *Rebecca's Revival: Creating Black Christianity in the Atlantic World* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006).

Jakob Hochsteler: basado en *William F. Hochstetler's introductory essay in The Descendants of Jacob Hochstetler*, por Harvey Hostetler (Elgin, IL: Brethren Publishing House, 1912).

Gnadenhütten: escrito por Craig Atwood, profesor de historia en Moravian College, para este libro. Las fuentes incluyen *Moravian Women's Memoirs: Their Related Lives, 1750–1820,* editado por Katherine Faull (Syracuse, NY: Syracuse University Press, 1997); *A History of Bethlehem,* Pennsylvania 1741–1892, por Joseph Mortimer Levering (Bethlehem, PA: Times Publishing Company, 1903); y *The American Family of Rev. Obadiah Holmes*, por J. T. Holmes (Columbus, OH: 1915).

Joseph y Michael Hofer: adaptación del libro *"The Martyrs of Alcatraz",* por Duane Stoltzfus, Plough Quarterly 1 (Summer 2014). Para el relato extendido del libro ver *Stoltzfus's Pacifists in Chains* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2013).

Emmanuel Swartzendruber: citas y cartas extraídas de *Writing Peace: The Unheard Voices of Great War Mennonite Objectors*, por Melanie Springer Mock (Telford, PA: Pandora Press, 2003).

Regina Rosenberg: basado en *Writing Peace: The Unheard Voices of Great War Mennonite Objectors*, por Melanie Springer Mock (Telford, PA: Pandora Press, 2003).

Eberhard y Emmy Arnold: las fuentes incluyen el *Emmy Arnold's memoir, A Joyful Pilgrimage: My Life in Community* (Farmington, PA: Plough, 1999) y la biografía de Markus Baum, *Against the Wind: Eberhard Arnold and the Bruderhof* (Farmington, PA: Plough, 1998).

Johann Kornelius Martens: basado en el ensayo biográfico por Peter Letkemann, y traducido por John Roth. Detalles adicionales tomados de los relatos de Aron Toews en *Mennonite Martyrs* (Hillsboro, KS: Kindred Press, 1990).

Ahn Ei Sook: basado en el relato personal de la resistencia de Ahn Sook al régimen japonés: *If I Perish* (Chicago: Moody Press, 1977).

Jakob Rempel: basado en muchos relatos de la vida de Rempel, primariamente en *Mennonite Martyrs,* en los que se encuentran

básicamente fuentes y recolección de los relatos de los miembros de familias. Algunos detalles adicionales fueron obtenidos del artículo de Harold S. Bender acerca de Rempel en *The Mennonite Encyclopedia*.

Clarence Jordan: basado primariamente en el ensayo biográfico en *Clarence Jordan: Essential Writings* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 2003). Más detalles fueron extraídos de artículos publicados durante la vida de Jordan y en el tiempo de su muerte.

Richard y Sabina Wurmbrand: extraído de tres de los libros de Richard Wurmbrand: *In God's Underground* (Bartlesville, OK: Living Sacrifice Books, 1968), *Tortured for Christ* (Bartlesville, OK: Living Sacrifice Books, 1967) y *If Prison Walls Could Speak* (Bartlesville, OK: Living Sacrifice Books, 1972).

Tulio Pedraza: basado en el artículo de Elizabeth Miller para la página web de *Bearing Witness Stories Project (martyrstories.org).* Miller entrevistó a la familia de Pedraza en mayo de 2011, también extrajo algunos *fragmentos de "Hechos y crónicas menonitas en Colombia", Vol. I,* un manuscrito no publicado de Raúl Pedraza Álvarez y de un ensayo de 1952 no publicado escrito por Gerald Stucky.

Stamir Katanic: basado en el artículo de Marcia Lewandowski, publicado primeramente en la página web de *Witness Stories Project (martyrstories.org).* Lewandowski entrevistó a Katanic en Ohio en octubre de 2014.

Samuel Kakesa: basado en un capítulo del trabajo de Kekasa en *The Jesus Tribe*: *Grace Stories from Congo's Mennonites,* por Vincent Ndandula y Jim Bertsche (Elkhart, IN: Institute for Mennonite Studies, 2012). Detalles adicionales tomados de *Light the World,* por Faith Eidse (Victoria, BC: Freisen Press, 2012).

Kasai Kapata: basado en *Profiles of Mennonite Faith 23* (Spring 2003), adaptación de "Kasai y Balakashi Kapata", por Byron Burkholder, en *They Saw His Glory: Stories of Conversion and Service* (Mennonite Brethren Board of Missions and Services, 1984).

Iglesia Meserete Kristos: basado en el libro de Nathan Hege, *Beyond Our Prayers* (Scottdale, PA: Herald Press, 1998).

Sarah Corson: basado en *"Welcoming the Enemy",* por Sarah Corson, *Sojourners 12, no. 4* (April 1983).

Alexander Men: una adaptación del ensayo biográfico "*A Martyr Who Lives*" en *Martyrs,* de Larry Woiwode y editado por Susan Bergman (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1996). Detalles adicionales extraídos de nuevos artículos durante la investigación sobre la muerte de Men.

José Chuquín y Norman Tattersall: extraído de las noticias sobre la muerte de José Chuquín y Norman Tattersall. Detalles adicionales vinieron del *libro Best Things in the Worst Times*, por Graeme Irvine (World Vision International, 1996).

Katherine Wu: basado en los artículos de Sheldon Sawatsky sobre el trabajo de Wu, publicado primero en la página web de *Witness Stories Project (martyrstories.org)*. Las informaciones adicionales provienen *de "Beating of Taiwanese Mennonite Pastor Most Likely Due to Her Efforts to Provide Refuge to Child Prostitutes",* por Carla Reimer and Chris Leuz, The Mennonite (1993).

Ekklesiyar Yan´uwa a Nigeria: adaptación de "*Learning to Love Boko Haram",* por Peggy Gish, Plough Quarterly 6 (Autumn 2015).

Reconocimientos

Decenas de personas han contribuido con historias para este libro y otras más dieron sus consejos. Algunas de estas personas merecen una mención especial, como John D. Roth y Elizabeth Miller del *Bearing Witness Stories Project* (Siendo Testigos) quienes llevaron a cabo investigaciones, proporcionaron y tradujeron materiales de fuente primaria, participaron en la selección de historias y brindaron asesoramiento editorial en cada etapa del proyecto. Así también Paul J. Pastor y Kyle Rohane quienes editaron cuidadosamente (y a menudo volvieron a redactar) cada historia para unificar el tono y la voz del libro en su conjunto.

Al comité directivo del *Bearing Witness Stories Project* (Siendo Testigos) que actuó como caja de resonancia para muchas preguntas y sugerencias. Varios miembros del comité incluso enviaron historias que hemos incluido aquí. Estamos especialmente agradecidos a Chester Weaver, Gerald Mast, Nelson Kraybill, Devin Manzullo-Thomas y Johannes Dyck por su papel activo, también a Lisa Weaver, Stephen Russell y Peter Letkemann por su apoyo.

Agradecemos igualmente a Duane Stoltzfus del Goshen College por permitirnos usar su artículo sobre los mártires huteritas de la Primera Guerra Mundial; a Craig Atwood del Moravian College por investigar y escribir la historia de Gnadenhütten; a Peter Hoover por conceder el permiso para usar sus relatos de Veronika Löhans y Regina Rosenberg; a Michael W. Holmes de Bethel University por su consejo sobre la historia de Policarpo; y a Peggy Gish por sus informes sobre el terreno sobre la iglesia perseguida en Nigeria.

Proyecto Siendo Testigos

El Proyecto Siendo Testigos invita a las comunidades anabautistas de todo el mundo a compartir sus historias de discipulado radical, con la esperanza de inspirar una mayor fidelidad a Jesucristo y fortalecer la unidad de la iglesia.

Durante el siglo XVI, más de tres mil anabautistas murieron por su fe y miles más sufrieron tortura, encarcelamiento y destierro de sus hogares. Muchas de estas historias se incluyeron en el libro *Espejo de los Mártires* de Thieleman van Braght, publicado en 1660. Aunque los anabautistas han seguido sufriendo por su fe desde entonces, todavía no se ha hecho una colección comparable de historias.

El objetivo de este proyecto es recopilar nuevas historias de tantos grupos e individuos como quieran participar y compartirlas lo más ampliamente posible. El sitio web *martyrstories.org* y este libro son dos pasos para hacer que las historias sean accesibles a personas de todo el mundo. El proyecto se centra principalmente en historias de anabautistas que voluntariamente han sufrido, muerto o experimentado alguna privación significativa por la causa de Cristo, a la manera del Cristo que no se defendió, y quienes han expresado su fe a través del bautismo de creyentes desde el interior de una iglesia eclesial identificable en el contexto, de una manera que inspire fidelidad. Si tiene una historia que contribuir, visite *martyrstories.org* para obtener más detalles.